

LOLA LÓPEZ DE LACALLE

# MELOCOTONES DE VIÑA



En la inmediata postguerra, Pilar y Paulina, dos sencillas vecinas de un pueblo de la Rioja Alavesa, temerosas de Dios, que nunca se han saltado una misa en una fiesta de guardar, comparten un terrible secreto. Viuda una con dos hijos, después de que su marido fuese cuneteado por los falangistas, y madre de doce criaturas la otra, tejerán una urdimbre de lealtad para protegerse a sí mismas y a sus familias, incluso más allá de la muerte. Serán la una para la otra como los melocotoneros que se plantaban entre las vides para detectar tempranamente el oídio y tratar de preservarlas así del temible hongo. Muchos años después, una nieta de ambas descubrirá, sin pretenderlo, las claves de un pacto de silencio en el que, de un modo u otro, participó todo el pueblo. Y comprenderá que Pilar y Paulina, aquellas vecinas sencillas, temerosas de Dios, que nunca se saltaron una misa en una fiesta de guardar, fueron mujeres verdaderamente extraordinarias.

Lola López de Lacalle

---

## **Melocotones de viña**



Título original: *Melocotones de viña*  
Lola López de Lacalle, 2018

---

Revisión: 1.0  
30/03/2019

*A mi abuela de Laguardia,  
que me contó historias,  
y a mi abuela de Lemona,  
las llevaba escritas en la cara*



# PRIMERA PARTE

## PAULINA

*Octubre de 1954*

**D**esde la mañana temprano, unos pinchazos vagos, espaciados, le atravesaban fugaces los riñones. Pero solo cuando el zumbido de las moscas, que volaban en círculos sobre los hinchados racimos, comenzó a irritarle, y su cuerpo agujoneado por el dolor a retorcerse, cayó en la cuenta de que estaba a punto de parir.

Doblada sobre sí misma, intentando mitigar el latigazo que amenazaba con partirla en dos, Paulina miraba las vides tan preñadas como ella y se enfadaba con aquella criatura terca como una mula, empeñada en llegar al mundo antes de que hubieran terminado de vendimiar.

—¿Viene ya, madre?

Era Sofía, la segunda de sus hijas, quien lo preguntaba.

—Creo que sí. Me voy a casa, no sea que le dé por nacer aquí. Quedaos tu hermano y tú, que aún hay mucha faena. Cuando hayáis llenado los cunachos, los cargáis en el burro y subís. Si todo va bien, mañana bajaré a ayudaros.

—¿Se va sola? —Ahora era Francisco, el mayor de sus hijos varones, quien intentaba retenerla—. No se mueva, madre, que corro a buscar a don Eutimio.

—Déjalo, hijo, que igual no lo encuentras. Además, el médico está para otras cosas. No os preocupéis, algún carro me recogerá por el camino.

El sol del mediodía abrasaba. Mientras subía la cuesta, Paulina rogaba a Dios que le permitiera parir en casa y no en la cuneta, como si fuera un animal. Aquel era su último hijo. ¡Ya estaba bien! Doce con el que iba a nacer. «Por estas», dijo llevándose a los labios dos dedos formando una cruz, «que nunca

más se me ha de abultar la barriga».

Caminaba ligera hasta que una nueva contracción la detuvo. A duras penas consiguió cobijarse bajo la sombra de la higuera que languidecía a un lado del camino. Apoyada en su tronco, jadeaba furiosa tratando de aliviar la embestida de su cuerpo. Al tormento del dolor, se le unía ahora el de la sed. No podía dejar de pensar en el chorro de agua clara que manaba sin descanso del caño del pilón; en la charca amansada y fresca que formaba al caer en el lavadero. Sentía la boca como un agujero endurecido. Quería tumbarse bajo aquella sombra rayada, abandonarse y que pasara lo que tuviera que pasar; pero sabía que no iba a hacerlo, su determinación siempre era mayor que cualquiera de sus fatigas.

Un sol cegador le golpeó en los ojos cuando salió de nuevo al camino. Si no era capaz de olvidarse de la sed y el dolor, no lo conseguiría. Pensó en los hijos que habían quedado en la viña; niños aún y trabajando de la mañana a la noche. En ella, siempre preñada, o con un recién nacido colgado del pecho. «Solamente las mujeres sin marido trabajan tanto. ¿Por qué tiene usted que hacerlo todo si no es viuda?», se le encaraba Francisco. Nunca permitió que ninguno de sus hijos cuestionara la autoridad del padre. Un sopapo a tiempo los persuadía.

La ternura que sentía al pensar en ellos la ayudaba ahora a seguir caminando. Lucía era la mayor. Tenía dieciocho años y ya preparaba su boda con Gregorio, el hijo de la Pilar y Genaro. Buena gente. Su hija no podía haber elegido mejor. La Pilar y ella habían sido compañeras de juegos en la infancia, amigas en la adolescencia y hermanas desde que el dolor, la rabia y aquel secreto que compartían uniera sus vidas para siempre.

Al poco de acabar «la cruzada nacional», se llevaron a Genaro, el marido de Pilar; ellas creyeron que por ser el hijo del maestro fusilado al comienzo de la guerra. Las dos mujeres emprendieron entonces una desesperada carrera contra reloj para encontrarlo. Llamaron a la puerta de todas las fuerzas vivas del lugar suplicando su liberación. Buscaron también el favor del reducido grupo de italianos que, tras la guerra, se había quedado a vivir en el pueblo. Nadie pudo ayudarlas. Al amanecer del tercer día, Tomás, el de la plazuela, lo encontró en la tapia del cementerio, con un orificio de bala en la frente del que aún manaba sangre.



Qué difícil era olvidarse del calor y de aquella punzada hirviente que de cuándo en cuándo le rompía el aliento. Pero no podía perder el tiempo lamentándose: se sujetó la tripa y encaró el repecho. Lucía era tan delicada como la vajilla de porcelana blanca con borde dorado que había visto en casa de la boticaria. Tenía los ojos almendrados del padre y el azul intenso de los de la abuela paterna. Había heredado su aire distinguido y también su salud quebradiza. Nunca pudo ayudarla en el campo o en las tareas más duras. La última vez que la mandó al lavadero le costó una pulmonía y, si bajaba a las viñas, volvía con las manos en carne viva; por no hablar de los mosquitos, que la desollaban.

Sofía, la segunda, era fuerte como ella, podía con todo y, aunque alguna vez protestaba —«la señorita a bordar y yo a hacer los trabajos más duros»—, ponía el mismo entusiasmo en vendimiar que en romper con un punzón el hielo del lavadero, donde frotaba y refrotaba la ropa, hasta que las manos se le amorataban y dejaba de sentir las. Rosa también era fuerte, aunque un poco melindrosa, y luego estaba Francisco, cuatro años más joven, porque Severino estuvo tres en el Servicio Militar. ¿Francisco tenía 11 o 12 años? No lo recordaba. Era el primer varón, rubio como Lucía, larguirucho, aquejado de hambre crónica. El siguiente chico, Matías...

—Paulina, Paulina, ¿estás bien?

—La criatura... que viene... —alcanzó a decir con un hilillo de voz.

La subieron al carro y la acomodaron entre los canastos.

—Avisar a la Pilar —les pidió cuando llegaron al pueblo.

No tuvo tiempo de subir los escalones de su casa. La convicción de que el niño llegaba la inmovilizó en el banco del portalón. Allí la encontró su amiga con la criatura en brazos.

—Cógela, Pilar, es una niña. Mi última hija —le dijo.

—¡Qué hermosa es...! ¡Si está criada! —respondió Pilar.

—Voy a ponerle tu nombre.

Su amiga esbozó una sonrisa. Entre ellas sobraban las palabras. Su amistad no necesitaba aderezos.

Seguramente ya se conocían, pero el primer recuerdo que Paulina conservaba de Pilar se remontaba a la mañana en que la vio frente a la puerta de la escuela. Aferrada a la falda de su madre, la niña se negaba a cruzar la

puerta. Paulina le ofreció su mano: entraron juntas.

A Paulina le fascinaba aquella niña de pelo encarnado y ojos tan verdes, como la piel de los melocotones sin madurar. Pronto se convirtió en su valedora y era capaz de batirse el cobre con quienes la llamaban «bastarda», «la colorada» o atribuían su paternidad al Diablo. Brava como era, no medía sus fuerzas, ni las de sus adversarios, y se enzarzaba en peleas desiguales, que le dejaban el cuerpo sembrado de golpes y moretones. Poco le importaba. En cuanto escuchaba una palabra ofensiva o veía un mal gesto hacia su amiga, se enredaba en tirones de pelo, sopapos y patadas.

Fue la hermana que no tuvo. Crecieron juntas, compartieron juegos y confidencias, alegrías y sinsabores y establecieron entre ellas y los suyos un vínculo de lealtad que perduró más allá de la muerte. Fue el apoyo que no siempre encontró en su marido.

Desde que se casó supo que tendría que trabajar duro. Severino, su esposo, era el herrero del pueblo, un hombre que echaba la partida en el Círculo Carlista con el cura, el boticario y el alcalde, y ella... la hija del seronero. Nunca creyó que la miraría. Casi enloqueció de alegría cuando aquel hombre de mirada intensa, un poco farolero pero guapo a rabiar, le pidió relaciones. Se casaron un año después y enseguida llegaron los hijos, uno por año; solo tuvo una tregua entre Rosa y Francisco.

Lo cuidó como a un príncipe de Oriente. Le servía la comida aparte, para que nadie le molestara, y, mientras todos se conformaban con un plato de patatas con sebo, ella le preparaba pequeños manjares, como patas de cordero, mollejas, carrilleras... Los hijos se turnaban para rebañar el plato; siempre les dejaba algo.

Severino pertenecía a una renombrada familia de joters y tocaba la dulzaina, el requinto y algún otro instrumento. Era un hombre de su época: buen cazador, aficionado a las cartas y amigo de meriendas con los amigos, pero falto de interés por las cuestiones domésticas, algo que Paulina disculpaba aludiendo a su condición de artista. Siempre lo consideró superior a ella. Jamás discutió su autoridad, pero ella gobernó la casa, los campos y, hasta que pudo, la herrería.

Esa noche, al subir de la fragua, su esposo no se sorprendió al encontrarla con un nuevo hijo en brazos. Cuando lo oyó llegar, Paulina se levantó a

prepararle la cena, después volvió a acostarse: al día siguiente había que seguir vendimiando.

## PILAR

*Junio de 1955*

**E**l pueblo dormía. Solo el parloteo alborotado de algunos jóvenes, que con paso vacilante abandonaban las bodegas, y el trino de los pájaros al despertar rompía el silencio.

El autobús para Vitoria salía al amanecer. De pie, junto a la fuente, Pilar esperaba. Bajo la tenue luz de la mañana, las calles mostraban con descaro las huellas del día anterior: la paja que las alfombraba, la que habitualmente se utilizaba para cubrir los carajones de los mulos, aparecía ahora mezclada con los pegotes oscuros que las vaquillas habían dejado a su paso. Un olor entre acre y dulzón flotaba en el aire. A medio día no habría quien parara del hedor y las moscas. Tendrían que baldear las calles con agua del pilón.

Hacía tiempo que Pilar había decidido bajar a la ciudad en cuanto acabaran las fiestas. Quería huir de los «¿qué se te ha perdido a ti en Vitoria...?», «¡mira que soy tonta, si aún te tienen que quedar primas carnales!, porque la hija pequeña de tu tía Eufrosia se casó allí, ¿verdad?».

Pero sobre todo quería evitar que aquel viaje llegara a oídos de su amiga, que, de haberlo sabido, se habría empeñado en acompañarla. ¡No era terca ni nada la Paulina! Y mucho menos deseaba que conociera el motivo. Ya la estaba oyendo: «Por Dios, Pilar, ¿es que has perdido el juicio? ¿Cómo se te ocurre pensar algo así?». Ya era difícil tomar aquella decisión, como para tener que discutirla con Paulina.

Ni a su hijo se lo había dicho. Le había mencionado de corrido que pensaba visitar a la Engracia, pero no le había dicho cuándo iría. A él, menos que a nadie, se lo contaría. Después maquillaría razones y lo soltaría con

despreocupación, con alegría incluso, como si alejar a su niña de casa no le partiera el alma.

Se sentía mareada. El olor a gasoil se mezclaba con el del sudor de los viajeros. Apenas le llegaba el aire a los pulmones. Quería gritar. Solo había sentido una angustia semejante cuando buscaba a Genaro. Lo que sucedió después fue otro dolor. Luego vino la rabia que no le dejó un momento de sosiego, pero que le ayudó a continuar con la vida. Pero cuando aquella noche vio al hijo de aquel mal nacido cortejar a su hija, el pasado la atrapó de nuevo.

Pensó en su esposo y supo que estaba haciendo lo que debía. ¡Cuánto lo echaba de menos! ¡Qué sola estaba! Una punzada de gratitud le cruzó el pecho. Paulina seguía con ella. Era la única que no se había ido; su abuelo, su madre, Genaro, todos habían muerto.

Sonrió al pensar en su amiga. Le gustaba la determinación con que encaraba la vida. Su afán por superarse, por pulir sus torpezas. Era alegre y ocurrente; si ella andaba cerca, todo era más fácil. Su naturaleza resuelta le hacía parecer descarada, algo que salpimentaba su vida y la de los que la rodeaban. Tenía el genio vivo y una vehemencia que azotaba de pronto como un vendaval, para terminar, apenas un momento después, convertida en brisa veraniega.

Su obstinación le salvó la vida. Solo el arrojó con que su madre y ella se la disputaron a la muerte logró rescatarla del abismo al que cayó. Después, cada una plantó un melocotonero en la viña de la otra, para que cumpliera con su labor protectora de la vid y porque esa fue la forma que tuvieron de decirse que cada una se convertía en guardiana de la otra y los suyos.

El nacimiento de Pilar fue uno de los acontecimientos más comentados de su época. No se le conoció padre. Su madre bajó a Vitoria a servir siendo apenas una niña y regresó preñada. La llegada al mundo de aquella criatura de pelo encarnado e inmensos ojos verdes desató las lenguas y la curiosidad de los vecinos. Se hicieron todo tipo de cábalas. Unos murmuraban que era la hija de un rico industrial —unas veces inglés; otras, irlandés, según quién lo contara— asentado en la ciudad. Para otros, el padre era un militar en visita oficial, a quien su madre sirvió con especial devoción. Todos en el pueblo aseguraban saber de buena tinta de quién era hija la Pilar, pero lo cierto es que

ni su madre ni su abuelo se lo contaron a nadie. Ni siquiera al cura, que bajo amenaza de excomunión lo exigía. Solo al crecer supo la niña el nombre de su progenitor. Su madre no imaginaba que, al decírselo, acabaría de cuajo con su sueño de que un caballero de pelo rojo vendría a buscarla en su caballo alado, para llevarla a un lugar donde todos fueran como ellos.

Pronto se acostumbraron los vecinos a aquella niña y la aceptaron como se acepta al cojo, o al que nació con cualquier malformación. Únicamente los más pequeños se lo pusieron difícil.

Era asustadiza, pero, gracias a la seguridad que Paulina le transmitió, llegó a sentirse igual entre sus iguales. Después, cuando los chicos dejaron de martirizarla y consiguió vivir sin sobresaltos, emergió en ella un ser bueno, dulce y cariñoso.

De modales exquisitos, algo que Paulina atribuía al origen del padre, a pesar de que su amiga le había contado que su progenitor era en realidad un comerciante de aceitunas procedente del sur, Pilar no dejaba indiferente a nadie. Parecía que el universo se hubiera aliado a su favor, para crear un ser tan extraordinario.

Su madre nunca se casó. Cuando el abuelo murió, arrendó las tierras a unos parientes y se dedicó a la costura. Era una buena modista. Se le iba el día entre patronas, hilos y tizas de colores, cortando y cosiendo la ropa de temporada de las señoras de postín. También trabajaba para un par de comercios de la ciudad y para quien le pudiera pagar.

Pilar había terminado la escuela y a duras penas podía su madre retenerla en casa. No había manera de interesarla por los festones, las chorreras o los bодоques. En cuanto se descuidaba, dejaba de lado la labor y bajaba a los campos a ayudar a Paulina. Era imposible mantenerla alejada de su amiga. Su madre temía que acabara convertida en una campesina deslenguada y tosca como ella.

Bajo la protección de un pariente, la mandó a Vitoria a estudiar corte y confección. Había cumplido los catorce y era toda una belleza. Aquella niña pecosilla, de cutis enrojecido y pelo pajizo, se había convertido en una muchacha de piel de porcelana y cabello de fuego. Allí se encontró con Genaro, el hijo del maestro, que estudiaba el último curso de bachillerato. Paseaban juntos los domingos.

Cuando el curso acabó, los dos regresaron al pueblo. Él con su flamante título de bachiller; ella, sin el de corte y confección. Genaro volvió a marchar el otoño siguiente para iniciar sus estudios de perito en Bilbao. Para entonces ya se habían hecho novios. Pilar y Paulina volvían a ser inseparables.

Ahora, encogida en el asiento del autobús, con las manos sobre el regazo y los hombros encorvados, Pilar lloraba sin aspavientos dejando que las lágrimas aflojaran el nudo que la ahogaba. Lloraba mansamente, como solo saben hacerlo las mujeres humildes. Cuando el autobús llegó a la ciudad, tenía la cara enrojecida y los ojos abrasados, pero estaba serena.

A las diez en punto, tocaba la aldaba del entresuelo en el portal número tres de la Cuesta de San Francisco, de donde salió unos minutos después acompañada de su prima Engracia. Se dirigieron al colegio de las Ursulinas.

El autobús de vuelta a Laguardia salía a las doce. Pilar se despidió de su prima y subió. Ojalá no se equivocara. Tomar aquella decisión le partía el alma, pero tenía que alejar a Marina del pueblo. No podía permitir que la rondara el hijo de quien arruinó su vida. Nunca más volvería a quedarse paralizada ante los caprichos del destino. Estaba obrando como debía. Se había jurado defender a los suyos y lo estaba haciendo.

La Sierra de Cantabria se alzaba imponente a un lado de la carretera. Aquel era su paisaje, el que no quiso abandonar cuando a Genaro le ofrecieron trabajo en una fundición de Bilbao. Nunca se lo confesó, pero le aterraba la idea de dejar atrás la seguridad del pueblo. Él no insistió. Solo después de su muerte supo Pilar lo tentadora que debió de resultarle la oferta. Fue, sin duda, su gran oportunidad profesional.

Años después, cuando reunió el valor para reencontrarse con los objetos de su esposo y leyó la carta que le habían enviado desde Bilbao, quedó boquiabierta al conocer la cantidad que le ofrecían. Encontró también una copia calcada en papel carbón con su respuesta, en la que decía sentirse halagado por la oferta, que, sin embargo, se veía obligado a rechazar, debido a la incipiente falta de seguridad en la villa, de la que los diarios ya daban cuenta. Esa fue, sin duda, su mayor declaración de amor.

¡Cuánto le debió doler! «Genaro, Genaro», musitó en silencio. Otra vez las malditas lágrimas que aparecían sin que nadie las llamara. Quería pasar desapercibida, pero con aquellos chorretones anegándole el rostro era

imposible. Sintió en el hombro el contacto de una mano. Desde el otro lado del pasillo, una anciana vestida de negro le tendía un trozo de tela blanca.

—Pasará, todo pasa —le dijo, y acto seguido puso en sus manos un puñado de cerezas que sacó de una cesta.

—Ya verás qué dulces.

Antes de que Pilar pudiera darle las gracias, la anciana había cerrado los ojos.

También ella intentó dormir, pero no pudo. Los pensamientos la torturaban. El desinterés que mostró en el asunto fue su forma de resistirse. Ese fue sin duda su error. Su falta de coraje llevó a Genaro a la muerte. Si la guerra los hubiera encontrado en Bilbao, él estaría vivo.

Tenía que detener aquellas ideas que la atormentaban y amenazaban con hacerle perder el juicio. ¿Es que nunca iba a poder enterrar el pasado? ¿Acaso los años que vivió tranquila fueron solo una tregua? ¿Es que su vida iba ser un continuo penar?

Sofocada por el calor y agotada de luchar contra aquel vaivén de sentimientos, Pilar llegó al pueblo a la hora de la siesta. Se negaba a que el horror tomara de nuevo las riendas de su vida. Sin embargo, no sabía cómo evitarlo. Entró en casa; su hija dormía. Bajo el zaguán de la puerta, la observó: era guapa su niña y dulce y lista, muy lista... Estaba haciendo lo que debía. La zozobra y la angustia comenzaron a ceder dando paso a una sensación de paz y quietud. Un cansancio infinito se apoderó de ella. Entró en su habitación y se tumbó en la cama. Ya había anochecido cuando despertó al oír la voz de su hijo. Venía a cenar con Lucía, su esposa. Se levantó feliz.



## CAMPANADAS DE BODA

*Noviembre de 1954*

Faltaban cuatro meses para la boda de su hija Lucía, y Paulina tenía tanto que hacer, que apenas le quedaban horas para dormir. Aquella mañana había sacado a los hijos mayores de la cama y mucho antes de que amaneciera ya estaban los tres en la fragua. Enzarzados en una dura pelea contra el sueño: Matías apenas conseguía inflar el fuelle pequeño haciéndolo resoplar con desgana, mientras Francisco golpeaba somnoliento el yunque que pretendía afilar. «Por lo menos, aquí estarán más calientes que en la escuela», pensó, mientras enfriaba los hierros en una de las pilas.

Esa noche había caído la primera nevada de aquel otoño con trazas de invierno. Al atardecer, un aire gélido había traspasado los picos de la sierra acabando con los últimos vestigios otoñales. Asomado a cada recodo de la calle, lo oyeron aullar con la furia de un animal herido, aventando todo lo que encontraba a su paso. Se calmó de madrugada. Un olor a nieve quedó flotando en el aire.

Paulina no se sorprendió cuando por la mañana encontró la calle alfombrada de blanco. Dos de los hijos pequeños se habían metido en su cama tiritando de frío. «Mejor», se dijo, «ahora tendrá que volver; con este tiempo se acabó la caza».

Era urgente que su marido regresara para hacerse cargo de la herrería. Ella no podía con todo y, además, en casa, las cosas andaban manga por hombro. Desde que Lucía preparaba su boda, Sofía trabajaba en la bodega Palacios y Rosa en el hospital de Leza, era Dolores, la cuarta de las chicas, quien se ocupaba de los pequeños.

Apenas unos años mayor que ellos, y de temperamento nervioso, Dolores encontraba muchas dificultades para imponer su autoridad. Más de una noche la había encontrado dolida por la indiferencia y las burlas de sus hermanos pequeños.

Y además tenía que ocuparse de que la casa de los novios estuviera a punto para el día de la boda. Después de que Gregorio la encalara, Pilar y Paulina arenaron suelos, enjabonaron puertas y ventanas, orearon la lana de los colchones y restañaron viejos utensilios de cocina. Por la noche, acompañada del llanto de algún niño desvelado, Paulina le robaba horas al sueño para dejar a punto su traje de novia: el que llevaría su hija.

Con la misma prisa, aunque con más alegría y un nerviosismo a flor de piel, Lucía y Marina, la hija de Pilar, que casi tenía quince años, cosían cortinas, tejían colchas y bordaban sábanas. Una semana antes de la boda, solo faltaban los muebles.

Un carro tirado por dos mulos subía por la carretera de Logroño. Lucía lo vio desde la ventana. Eran sus muebles. Nerviosa y emocionada, corrió a buscar a su madre.

—Que ya vienen, madre. Que ya están aquí... Dese prisa, que habrán llegado ya.

—Tranquila, *chiguita*, ya voy —le dijo Paulina quitándose el pesado delantal—. Sigue con el yunque, Francisco.

Se atusó el pelo y salió a la calle. A mitad de camino se dio la vuelta. Hacía frío, y con las prisas había olvidado ponerse la toquilla. Regresó a buscarla.

—Que están delante de la casa. Desde aquí los veo.

—Tira tú, que ahora voy.

«¡Cuidado con la pata de la cama, no vaya a rozar la puerta!». «Aparta Teodora, que te van a dar con la esquina de la mesa». «Gira un poco a la derecha, que así no entra».

Ansiosas por comprobar si la hija de Paulina iba a tener un arreo de campanillas, como algunas afirmaban, o tendría que conformarse con toscos muebles de pino como los suyos, las vecinas se arracimaban frente a la puerta de la casa. Cuando todo estuvo en su sitio, Paulina las invitó a entrar. Entre guiños de complicidad, desperdigadas por la habitación, las mujeres

admiraron el cabezal labrado de la cama y el armario de tres puertas con espejo ovalado, en el que casi podían verse de cuerpo entero. Fue muy elogiado el delicado trabajo de las sillas, con sus patas torneadas, y las finas vetas de la madera... Ninguna se sintió decepcionada. En pocas casas se veían muebles como aquellos.

Cuando se fueron, Paulina y Pilar volvieron a fregar suelos, vistieron la cama con la colcha de ganchillo que Marina había tejido, colgaron cortinas, cubrieron la mesa camilla y, con el último rayo de sol iluminando la habitación, sonrieron satisfechas.

—¡Ay, madre! ¡Esto es un sueño! ¡Ay, madre! ¿Cómo va a pagar usted todo esto?

—No te preocupes, *chiguita*, tú no ibas a salir de casa con una mano delante y otra detrás. Si tengo que lavar las sábanas de otras y vendimiar viñas que no sean las nuestras, lo haré —contestó Paulina resuelta.

Sonrientes y felices, cogidicas del bracete, las tres mujeres regresaron a sus quehaceres.

Severino llegó al atardecer del día siguiente y esparció por la cocina varias docenas de perdices y palomas.

—Me han dicho que, si nos preparas la mitad para cenar en el Círculo, podemos quedarnos la otra mitad. Dice el alcalde que nadie guisa los pájaros como tú.

Paulina sonrió: aquella noche sus hijos cenarían lo mismo que el alcalde. Puso a los pequeños a desplumarlas y comenzó a preparar la salsa.

## LA JOTA DE LOS HERREROS

*Marzo de 1955*

*Se necesita salero  
para cantar bien la jota.  
Se necesita salero  
pulmón y buena garganta  
y ser hijo del herrero  
y ser hijo del herrero  
para cantar bien la jota.*

**E**n la iglesia de Santa María de los Reyes no cabía un alma más. Se casaba una herrérica y todo el pueblo había acudido a oír cantar a la familia de la novia.

Paulina observaba a su hija satisfecha. El traje negro se le ajustaba al cuerpo como un guante. Había hecho un buen trabajo. Era una suerte que, después de tantos años, el paño se hubiera conservado en tan buen estado. Solo había tenido que darle la vuelta para que los brillos y el tono parduzco que la tela había adquirido con el paso del tiempo hubieran desaparecido. Parecía que Lucía lo estrenaba.

Sobre el moño, que su hermana Sofía le había atornillado a la nuca, llevaba una mantilla de blonda blanca, regalo de Pilar, su suegra. Las medias de seda, compradas en Vitoria, se las había regalado la boticaria, y los zapatos

de ante negro, con medio tacón, pertenecían a una de sus abuelas, que los conservaba envueltos en trapos de gamuza. En la solapa izquierda de la chaqueta, brillaba la única joya que poseían los seroneros y que regalaban a sus primogénitas el día de la boda: un broche en forma de hoja con filigranas de plata y una perla en el centro. Nadie conocía su origen. A Paulina se lo dio su madre y a esta la suya. Durante las noches de invierno, sentadas alrededor de la mesa camilla, al amparo del brasero, las hermanas tejían historias fantásticas sobre la joya. Pero lo cierto era que ni la madre ni la abuela conocían su procedencia.

Gregorio, enfundado en un traje oscuro, destacaba por su elegancia. Solo le faltaba el bastón de mando para que lo confundieran con una autoridad. Del bolsillo de la chaqueta, asomaba el pico de un pañuelo de batista blanco, tan almidonado como la camisa, blanca también, que llevaba. Al cuello, una corbata gris. Lucía sonrió al verlo: iba muy repeinado, con el pelo echado hacía atrás. ¡Imponente! Paulina y Pilar, de verde una y marrón la otra, cubiertas las dos por mantillas de encaje negro, parecían muy a gusto en su papel de anfitrionas.

Como un enjambre de abejas atraído por la miel, las hermanas de la novia zumbaban a su alrededor. Un rizo escapado del moño, el broche que se había torcido, una mota de polvo en la chaqueta... Cualquier excusa servía para tocar a la novia.

Las portentosas gargantas de los herreros entonaron el Ave María. Sus voces retumbaban entre las piedras acentuando la solemnidad del templo. De pie en el altar, junto a su hijo, Pilar rogaba a la Virgen que aquel hijo suyo, criado sin padre, encontrara la felicidad junto a Lucía, a la que quería como a una hija. Arropada por su prole, en la primera fila de bancos, Paulina se abandonaba a la emoción.

Una jota compuesta por el padre y los tíos de la novia para la ocasión fue el detonante para que las lágrimas corrieran entre los asistentes. La emoción alcanzó su punto álgido cuando, al terminar la ceremonia, la familia honró la memoria de Sotero, el padre de Severino, primer herrero de la familia, cantando la *Jota de los Herreros*. Aquella fue una ceremonia de pañuelos y mangas de camisa restregados furtivamente por la nariz y los ojos.

El cortejo, encabezado por varios dulzaineros y un atabalero, salió de la

iglesia haciendo sonar sus instrumentos y enfiló la calle Mayor para doblar a la izquierda hasta la casa de la abuela materna de la novia.

La señora Telesfora había desenterrado unos reales de la cueva, que empleó en comprar varias ristras de chorizos y que sirvió junto a una cántara del mejor vino de su bodega. La sed, el apetito y la curiosidad de los vecinos quedaron saciados por igual. El dinero de la abuela alcanzó también para pagar la comida. Si no hubiera sido por ella, Lucía no hubiera podido dar su banquete de bodas.

A la caída del sol, la plaza del ayuntamiento se convirtió en el punto de reunión. Todo el pueblo acudió al baile. Agotada tras una jota, Paulina era incapaz de resistirse a un pasodoble. Alegre por naturaleza, no podía sujetar los pies cuando oía sonar la música. Disfrutó de lo lindo. Bailó con su marido, con sus hijos, con su madre, con su amiga y con quien se lo pidió. Apartados del jolgorio, los novios se comían con la mirada, aguardando ansiosos el momento de encontrarse a solas. Fue Pilar quien los animó:

—¿Pero qué hacéis aún aquí? ¡Anda y marchaos, que ya estáis tardando!

Alentados por sus palabras, lanzaron un beso que Marina y Sofia recogieron al vuelo y se perdieron en la oscuridad.

## LUCÍA Y GREGORIO

*Primavera de 1955*

**F**ueron de viaje de novios a Logroño. Una semana, la más feliz de sus vidas. Volvieron radiantes, cargados de regalos para la familia.

Todos coincidían en que eran la pareja más enamorada que habían visto, y era cierto. Lucía nunca creyó que pudiera ser tan feliz. Vivía en un sueño del que temía despertar. Su marido era la persona más dulce y generosa que había conocido. Acostumbrada a la forma de proceder de su padre, que ejercía de amo y señor de la casa, sentir que a Gregorio le importara más el bienestar de ella que el suyo propio la conmovía. Y además estaba enamorada. El corazón se le desbocaba cada tarde cuando se acercaba la hora de que regresara del trabajo. Lo esperaba en la cocina con un caldero de agua caliente para el aseo. Después, hacían una merienda cena y, si la urgencia del amor les daba tregua, visitaban a Pilar y a Marina.

Poco antes de casarse, Gregorio había comenzado a trabajar en las bodegas Palacios. Fue su madre quien lo convenció.

—Yo aún estoy fuerte y puedo hacerme cargo del huerto y de las viñas. Cuando llegue la época de vendimia, todos echaremos una mano, pero ahora debes llevar un jornal a casa, para que Lucía, tú y lo que algún día haya de venir tengáis una buena vida.

—Pero, madre, yo no quiero que usted trabaje tanto. A mí me gustaría que se quedara en casa, guisando y cosiendo.

—¿Y para quién habría de guisar y coser tanto?

—Pues... para la Marina y para usted.

Acostumbrada a trabajar duro, Pilar no pensaba sentarse a ver pasar el

día, con una labor entre las manos.

—Eso no es para mi genio. Sabes que me gusta cuidar de las viñas, ver madurar las uvas. No podría quedarme en casa...

—Pero madre... —protestaba el muchacho, sabiendo que había perdido la batalla.

—Dale a tu mujer pequeños caprichos que le hagan la vida más agradable. Viviendo del campo, siempre estamos a expensas de lo que quieran pagarnos y el dinero se acaba antes de que llegue una nueva cosecha.

—Pero también tengo que cuidar de usted y de la Marina, y no quiero que se revienten a trabajar.

—Anda ya, zalamero. No vamos a darle más vueltas a este asunto. Bien puedes tú bajar a ayudarnos al salir de la bodega cuando lo necesitemos.

Tras esta conversación, madre e hijo sellaron un acuerdo que permitió a Gregorio disfrutar de su flamante condición de recién casado sin tener que preocuparse de su madre y de su hermana.

Cada mañana, Lucía abría las ventanas de su casa y las vecinas podían oler la felicidad que aquellas paredes rezumaban. La oían cantar mientras hacía la cama, barría los suelos o tendía la ropa. Después, bajaba ligera a ver a su madre. Mucho antes de llegar, ya oía el alboroto de los hermanos pequeños. Era feliz, muy feliz: se había casado con el hombre que quería, tenía su propia casa y, sin embargo, ¡cuánto los echaba de menos!

Su llegada se vivía cada día como un gran acontecimiento. Los pequeños corrían a abrazarla como si llevaran semanas sin verla. Ella les lavaba la cara, los peinaba, los vestía y, sobre todo, se los comía a besos. Ayudaba después a Dolores a encender el fuego y, si la madre y los hermanos no habían bajado a las viñas, se acercaba a la herrería.

Le gustaba sentarse en un banquito de madera junto al fuego y observarlos mientras trabajaban. Los adoraba a todos, pero sentía debilidad por Francisco, aquel muchacho de piernas largas y rodillas huesudas que parecían a punto de taladrar las perneras del pantalón. Tenía los ojos curiosos, el gesto grave y la mirada siempre atenta a los deseos de la madre. De pequeño, repartía su comida con los hermanos menores, más torpes y lentos a la hora de llegar al puchero que la madre colocaba en el centro de la mesa. Cuando la abuela se dio cuenta de que apenas comía, empezó a guardar en el bolsillo del delantal



pequeños trozos de pan, alguna nuez, un poco de queso... A escondidas, cuando nadie los miraba, se los metía en la boca. Aquel pequeño secreto avivó la complicidad y el cariño que siempre se tuvieron.

También Lucía les llevaba algo: un huevo, que ella se quitaría de la cena pretextando una repentina falta de apetito, un pedazo de pan, algún chorizo de la sarta que su suegra le mandó... Aquellos chicos trabajaban duro y en casa de su madre eran muchos a repartir. Alargaba tanto el tiempo que todos los días salía corriendo calle Mayor arriba a preparar la comida de Gregorio. Subía feliz.

## LAS FIESTAS

*Junio de 1955*

**L**egó el mes de junio y con él San Juan, día grande de las fiestas patronales. Los vecinos salieron a la calle dispuestos a vivirlas con entusiasmo. El pueblo se transformó.

Un enjambre de chiquillos, varios hijos de Paulina entre ellos, corría calle arriba perseguido por los cabezudos. Escondidos en los portales, más por calmar la ansiedad que sentían que por escapar de sus golpes, trataban de despistarlos.

Los niños bajaban después hasta el recinto ferial, donde pasaban horas y horas observándolo todo. Con el real que la abuela les dio, montaron en el asmático carrusel que parecía a punto de detenerse en cada vuelta. Desde las barcas metálicas, agitaban excitados las manos y saludaban a quien pasara frente a ellos. Toda una experiencia de la que hablaron durante días y que tardarían en olvidar. Con los ojos bien abiertos y la boca hecha agua, se quedaban parados frente al caldero metálico donde una mujer, rebozada en un delantal, hacía crecer el algodón de azúcar. Era cuestión de tiempo que alguien les comprara un palito.

—No muerdas, solo chupa —se enfadaba Blanca, la de Paulina, pero su hermano Víctor hundía la boca en la nube rosada y escapaba con un trozo de algodón pegado a la nariz.

La caseta de los tiros era otra de sus atracciones favoritas. Los tiradores terminaban tropezando con algún mocoso enredado entre sus piernas, que, a pesar de no levantar más de un palmo del suelo, creía conocer mejor que nadie la desviación exacta de la mirilla, el ángulo que describiría el perdigón al

salir o cómo debían sujetar la escopeta. Era entonces cuando, espantados por los gritos del cliente y las maldiciones del barraquero, salían corriendo calle arriba.

La pelota a mano era el deporte que más seguidores tenía. Durante las fiestas se jugaban importantes torneos en las modalidades de adultos, jóvenes y niños. Matías, el segundo de los chicos de Paulina, era un gran pelotari. Una tarde llegó a casa con una chapa colgada del cuello, que le acreditaba como campeón provincial en la categoría de alevines. Los hermanos pequeños, orgullosos del triunfo de Matías, lucieron por turnos la medalla que abrillantaban a escupitajo limpio, restregándola después en las mangas de sus jerséis.

Acabados los partidos, se organizaban meriendas en las bodegas y, al anochecer, había baile en la plaza. Severino siempre estaba ocupado, lo mismo tenía que acompañar a las autoridades a misa mayor que hacer el paseíllo antes de que soltaran las vacas o tocar en la verbena. Paulina y Pilar asistían a todos los eventos que sus obligaciones les permitían.

A Paulina le gustaba la música. Ya podía estar triste que, en cuanto oía cantar o tocar un instrumento, todos los males se le pasaban. Pero la debilidad de las dos mujeres eran las vaquillas. Aun ahora, con hijos ya casaderos, tenían que esforzarse para no correr delante de ellas. Lo habían hecho desde jóvenes. Cuando los hijos crecieron, no les pareció apropiado compartir carrera con ellos y tuvieron que resignarse a ocupar un buen lugar en la calle. ¡Con qué emoción jaleaban a los mozos, les avisaban de la cercanía de una vaca o se enfadaban ante una mala carrera! Fue también durante esas fiestas cuando se proyectó en el pueblo la primera película que vieron. Un forastero provisto de megáfono anunció la llegada, directamente desde América, del film que había emocionado a medio mundo. La más conmovedora historia de amor jamás vista.

El día señalado, Pilar, Paulina y las hijas mayores de ambas, cada una con su banquito, se dirigieron a la bajera, cedida por un vecino, donde se proyectaría la película. A pesar de que el párroco, so pena de excomunión, lo había prohibido, fueron muchos los que se acercaron a verla.

Una sábana atravesada por un burdo zurcido hacía las veces de pantalla. Las imágenes que vieron las dejaron boquiabiertas: por allí desfilaron

apuestos galanes, perdidamente enamorados de mujeres tan frágiles y delicadas que parecían a punto de quebrarse cada vez que suspiraban. Mujeres de rostro desteñido, vestidas de seda y tafetán, con el cabello recogido en trenzas y tirabuzones adornado con lazos y perifollos. Damas de gesto contenido, a las que un batallón de criadas negras servía con auténtica devoción. Todas eran así, excepto la protagonista: una mujer bellísima, obstinada y valiente, capaz, como ellas, de enfrentarse a cualquier dificultad para sacar adelante a los suyos.

Partidos por el costurón, vieron los primeros negros de su vida. Les sorprendieron los diferentes tonos de piel que entre ellos había, el grosor de sus labios, su cabello enmarañado y sobre todo... lo buenos mozos que eran.

Las jóvenes se sonrojaban con los besos de los enamorados y, aunque nunca fue una mojigata, Paulina no podía evitar una tosecilla nerviosa cada vez que los protagonistas daban rienda suelta a sus emociones.

Al acabar la película, casi todas las mujeres tenían los ojos enrojecidos y más de una hipaba ruidosamente.

Sofía rompió el silencio.

—No llore, madre, que esto no es de verdad.

—Calla, *chiguita*, si lo acabo de ver.

Les costó convencerla de que aquello no era cierto.

—Que ya lo sé —se enfadaba—, pero parecía tan de verdad como que nosotras estamos aquí.

Mientras volvían a casa, Paulina no podía dejar de pensar en la película.

—¡Pobres negricos! ¡Hay que ver la mala vida que llevan!

Ni por un momento pensó que su vida era casi tan dura como la de ellos. Que también ella trabajaba de sol a sol, vivía sin comodidades y pasaba apuros para alimentar a su familia; pero era su vida, la única que conocía, la misma que tenían Pilar y la mayoría de las mujeres de aquel pueblo. Y, aunque a veces renegaba de ella, no se sentía desgraciada.

Ese día nació una de las grandes aficiones que Paulina conservó hasta la muerte.

Fue también durante aquellas fiestas cuando comenzó a fraguarse la desdicha de Pilar. Aunque no se lo dijo a nadie, no perdió de vista a su hija. La segunda vez que la vio con el hijo del *Rubio*, tomó la decisión. A pesar del

calor, pasó el resto del verano con el corazón helado.

Ajena a las preocupaciones de su amiga, Paulina era feliz viendo granar las uvas. Solo quedaba cruzar los dedos y rogar al cielo para que los librara de las tormentas. De las ramas pardas de los melocotoneros plantados entre las vides, para detectar los ataques de oidio, colgaban los frutos, verdes aún, pero suaves y delicados al tacto. En la pequeña huerta que cultivaba, maduraban las hortalizas. El olivo que marcaba la linde de sus tierras había dado una buena cosecha de aceitunas e incluso la higuera parecía haber medrado aquel año. Tras muchas horas de desvelos, el campo resplandecía.

Pilar, inmersa de nuevo en la desdicha, era incapaz de conmoverse ante el milagro de la naturaleza.

## MARINA

*Junio de 1955, durante las fiestas*

**H**abía caído la noche, el haz de luz que la farola proyectaba sobre la calle mojada reflejaba dos siluetas en movimiento. Al asomarse a la ventana, Pilar vio dos sombras a la entrada del callejón: eran su hija y el hijo del *Rubio*. Quizá fuera la risa nerviosa de Marina la que la alertó. No lo recordaba, pero la visión de su hija intentando zafarse alegremente del beso que el muchacho pretendía darle la paralizó.

Tuvieron que pasar unos segundos antes de que recobrar el dominio de sus actos y controlara el titubeo de su voz.

—¡Marina, sube! —gritó autoritaria.

La joven entró en la cocina cabizbaja. Su madre respiró hondo.

—¿Quién estaba contigo? —disparó a bocajarro.

—Germán.

—¿Qué Germán?

—El de la Angelines.

—¿El hijo del *Rubio*?

—¿Qué rubio dice usted, madre? El Germán no tiene padre. Murió cuando él era pequeño.

Una oleada de calor la obligó a acercarse a la ventana. El sudor le resbalaba por la frente, las manos húmedas, la respiración pesada. Tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no perder el equilibrio. Marina la miraba sorprendida.

—¿Está bien, madre? Siéntese —le dijo mientras la cogía del brazo y la conducía hasta una silla.

No, no estaba bien. La rabia escapaba sin control de su pecho. Se sentía furiosa con la vida, con ella, con su hija. Tantos buenos mozos en el pueblo y la muy tonta había ido a fijarse en aquel. ¡Cómo le gustaba enredar al destino! Tantos años intentando olvidar y ahora...

Aún recordaba aquella mirada afilada como el viento de la sierra. Aún podía sentir... No. No iba a permitirlo. No volvería a revivir aquel maldito día. La rabia y el dolor no gobernarían de nuevo su vida.

—No quiero verte más con él.

Pilar era muy estricta con su hija, mucho más que Paulina con las suyas. Más de una vez la había despedido con un «recuerda que no tienes padre», palabras que la joven no olvidaba cuando en el baile algún joven dejaba caer la mano, como por descuido, donde no debía.

—¿Me has oído, Marina? No quiero que te acerques a él, ni que vuelvas a mirarlo. ¿Me has entendido?

—¿Y eso por qué, madre?

—¡Porque lo digo yo, mocosa, más que mocosa! ¡Y no se te ocurra contestarme que aún te has de llevar una tunda!

—Voy a hacer dieciséis años. No soy ninguna mocosa.

—¿Y qué? Aún eres una cabeza hueca y además ese mocete no te conviene.

Pilar se acercó a la ventana y la cerró con brusquedad. Lo estaba haciendo mal. Muy mal. Su hija era casi tan testaruda como ella.

—¿Y por qué no me conviene, madre? ¿Es que ha pensado en un príncipe para mí?

El bofetón sonó tan fuerte que hasta Pilar se sobresaltó.

—¡Anda a la cama sin chistar! —gritó.

Cuando la joven salió de la cocina, Pilar se derrumbó. Marina era su bien máspreciado, su niña. Sabía que imponiéndose no conseguiría nada. Tenía que hablarle, convencerla de que era demasiado joven para pensar en novios. Que ella merecía mucho más que una vida de trabajo y privaciones. Estaba segura de que entraría en razón. Buscaría una de esas mañanas de domingo, cuando la joven se ovillaba a su lado en la cama, hambrienta de caricias. Le diría que no quería verla cargada de hijos antes de cumplir los veinte, deslomada por el trabajo a los treinta y agotada por la vida a los cuarenta. Le hablaría de sus angustias de viuda, de una vida de privaciones. Le hablaría de Paulina...

## PILAR Y PAULINA

*Enero de 1940*

**D**esde ese día Pilar no encontró descanso. Los viejos fantasmas volvieron a colarse en su habitación y cobraron vida, alargándose entre las sombras. En un duermevela inquietante, revivió aquellos días.

Su madre fue quien la avisó. «Se han llevado a Genaro».

Esa frase marcó su destino: sabía lo que significaba. «Ha sido al salir de casa. Dos hombres se le han echado encima, lo han sacado del callejón a trompazos y lo han arrastrado calle arriba. Lo ha visto el mocete de la Clara, que estaba fumando en la ventana».

Ella no preguntó, dejó a Gregorio al cuidado de la abuela y desde la calle llamó a su amiga.

—¡Paulina, baja!

—¡Sube tú, Pilar, que aún he de...!

—¡Baja, Paulina, baja!

Paulina se echó una manta encima y corrió escaleras abajo.

—Se lo han llevado —le dijo Pilar al verla.

Se abrazaron cubiertas por la manta. Pilar rompió a llorar.

—No voy a volver a verlo. Lo sé... —sollozó.

—Aunque tengamos que poner el pueblo patas arribas, lo hemos de encontrar. Vamos a la iglesia a buscar a don Pascual.

El discurso del párroco las confundió:

—Aun a costa de que por el camino quede algún inocente, que, por otra parte, no siempre lo son, la autoridad debe manejar el timón con mano firme.



No podemos dejar que nos tiemble el pulso a la hora de impartir castigos ejemplarizantes. El enemigo acecha agazapado esperando vernos dudar. Y, por otro lado, ¿qué podemos hacer nosotros salvo acatar la voluntad del Altísimo? Valor, hijas mías, valor.

—¿Está diciendo que Genaro ha hecho algo malo? —preguntó Paulina mirándolo de frente—. ¿Es eso lo que está diciendo?

—Eres tú muy brava, seronera. Un poquito de humildad no te vendría mal.

—Y a usted un poquito de compasión. ¿Va a ayudarnos a encontrarlo?

Don Pascual se puso rojo como la grana, los ojos le brillaban de rabia. No estaba acostumbrado a aguantar las impertinencias de los campesinos y menos de mujeres. Si pedían ayuda, que lo hicieran con humildad. Además, ya estaba harto, los hombres vivían a su libre albedrío, sin ningún temor de Dios, y, cuando se metían en líos, mandaban a sus mujeres a interceder por ellos. Y por si esto fuera poco, el marido de Pilar no frecuentaba la iglesia. Todo el mundo sabía que su padre había sido ajusticiado por rojo. De casta le venía al galgo. No iba a permitir que aquellas dos descaradas lo sacaran de sus casillas. Él era un hombre de Dios. Respiró hondo, cambió la expresión de su cara por la sonrisa más beatífica que rescató de su memoria y habló con solemnidad.

—Resignación, hijas, resignación.

Paulina arrastró a Pilar fuera de la iglesia dejando al cura con su mueca de bondad estampada en el rostro. Ninguna dijo nada; las dos sabían a dónde debían ir. Cogidas de la mano, arrebujadas bajo la manta, se dirigieron al cuartel de la Guardia Civil. La nieve comenzaba a cuajar.

—Tendrás que llevarle ropa, pero no mucha, porque ya has de ver que en un par de días estará en casa. Lo han confundido con alguien. Seguro. Todo el mundo sabe lo bueno que es Genaro y que nunca se ha metido en política. Ya verás, Pilar, ya... —decía Paulina intentando animar a su amiga.

—Ay, Paulina, Dios te oiga. Mira que si...

—Quia, Pilar, no pienses en eso, que no puede ser. Mujer...

—¡Qué frío tiene que hacer en el calabozo! —murmuraba Pilar ahogando el llanto.

Dispuestas a esperar el tiempo que hiciera falta, bajo una nevada que ya arreciaba, las dos mujeres iban pasando de la esperanza al desconsuelo, pero continuaban paradas frente a la puerta del cuartel de la Guardia Civil, porque

creían que Genaro estaba dentro. Por eso, cuando el vigilante de la puerta les gritó que se fueran, «que aquí no está», se miraron sin saber qué hacer.

—Queremos ver al capitán —acertó a decir Paulina.

—¡Que os vayáis he dicho! ¡Que no está aquí!

—No nos moveremos hasta que hayamos hablado con el capitán —gritó Pilar intentando imprimir firmeza a su voz.

—Allá vosotras. Por mí, como si os quedáis hasta congelaros.

La voluntad de las dos mujeres no iba a quebrarse tan fácilmente. Casi una hora después continuaban solicitando a gritos la presencia del capitán. Alarmada por las voces y conmovida por su tenacidad, la esposa del oficial exigió a su marido que las recibiera.

—¿Qué queréis? —les dijo de mala gana, sentado frente a una mesa de bordes desconchados, en el desnudo y frío despacho al que las hicieron pasar.

No las invitó a sentarse, tampoco ellas lo hubieran hecho. Permanecieron de pie, mirando al hombre rechoncho que achinaba los ojos bajo unas gruesas lentes. Pilar comenzó a hablar:

—Se han llevado a mi marido Genaro —le costaba contener el castañeteo de los dientes—. Genaro Viana. Y yo... señor... excelencia... temo que... No sé dónde está...

—¿Y a mí qué me cuenta? ¿Acaso afirma que son miembros de la Benemérita quiénes se lo han llevado?

—No. No, señor... No sé quién... esta mañana... —ahogó un sollozo— cuando salía de casa.

—Pues nosotros no hemos sido y ahora hagan el favor de no hacerme perder más el tiempo.

Las dos mujeres se encontraron de nuevo en la calle en medio de una fuerte nevada.

—¿Y dónde lo buscamos ahora? —preguntó Pilar sacudida por fuertes temblores.

—Igual lo han llevado a la cárcel. Vamos donde el alcalde —contestó Paulina.

El alguacil tenía orden de no dejar entrar a nadie.

—Déjame pasar, que tengo que hablar con él.

Y, como no se retirara, Paulina lo apartó de un empujón y franqueó

decidida la puerta de la alcaldía.

—¡Hombre, si tenemos aquí a la herrera! ¿Qué tripa se te ha roto? ¿O andas buscando a tu marido? —ironizó el alcalde.

—Busco a Genaro, al marido de la Pilar. Unos hombres se lo han llevado esta mañana al salir de casa.

—A mal sitio vienes. Aquí no está.

—Ya lo imagino. Vengo a preguntarte si lo has mandado meter en la cárcel.

—La cárcel está vacía. Pregunta en el cuartelillo. Yo no sé nada.

—De allí venimos y tampoco saben.

—¿Y a mí qué me dices...?

—Vengo a decirte que lo busques —añadió Paulina plantada frente a él—. Que revuelvas el pueblo de arriba abajo y lo encuentres. Genaro no ha hecho nada malo. Ayúdanos antes de que sea demasiado tarde.

—A su padre lo fusilaron por rojo, ¿no?

—Solo era el maestro. Y lo sabes.

—¿Y tú que me darás a cambio, herrera?

Paulina irguió los hombros y se dispuso a salir del despacho; cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, se giró y lo miró con desprecio.

—No tienes entrañas —le escupió.

Las dos mujeres caminaban sin saber a dónde dirigirse bajo la manta ensopada. Pilar se apoyaba en el brazo de Paulina. Llevaban el desconsuelo pintado en la cara. Las miradas de la gente con la que se cruzaban, esquivas unas y compasivas otras, revelaban que la noticia había corrido de boca en boca. De pronto, Paulina echó a correr.

—Sube a casa, Pilar, que ahora voy.

—¿A dónde vas?

—¡Sube a casa...!

Había reconocido a Luigi Pavoni. Sabía pocas cosas de él. Ni siquiera que se llamaba así. Pero al verlo corrió tras él hasta alcanzarlo. Era uno de los fascistas italianos que durante la guerra había venido a luchar con el ejército nacional. Ahora vivía en la calleja de al lado de la herrería. Sabía también que, movidos por la compasión, o quizá por el recuerdo del hambre que ellos mismos habían pasado en su país, repartían comida entre los niños del pueblo. Al acabar la guerra, Pavoni y un par de jóvenes que andaban enviados con

muchachas de la zona, quizá por amor, o porque solo podían regresar a un lugar más mísero, se quedaron en el pueblo. Paulina se cruzaba con él a menudo. Era amable y educado y tenía una sonrisa que a ella siempre le pareció que le nacía de dentro.

—Señor, señor. Discúlpeme, señor...

El italiano se detuvo y la miró con curiosidad.

—Perdone el atrevimiento, señor... pero necesito que me ayude —le dijo apurada.

Volvía a nevar. El joven la cogió del brazo y la condujo hasta el portalón de su casa.

—Dígame, *signora*. *Come posso* ayudarla?

Consciente de que debía utilizar las palabras precisas, Paulina se esforzó por serenarse y hablar de forma pausada. Le contó que se habían llevado al marido de su amiga y que estaban aterradas, porque a su padre lo habían ejecutado durante la guerra. Le habló de Genaro, recto como nadie, trabajador, alejado de juergas de taberna y politiqueos, y le relató el peregrinaje que Pilar y ella habían emprendido aquella mañana. Le suplicó que les ayudara.

En las palabras de Luigi, una mezcla de italiano y español mal hablado, Paulina identificó la voluntad de ayudarlas.

—*Ora vai a casa con la sua amiga, yo aviso quando sapró cualcosa.*

Al salir a la calle, vio que la tormenta se había colgado de las peñas y lanzaba destellos azulados sobre un cielo plomizo. Se le encogió el corazón. Seguía nevando.

## LA FAMILIA DEL RUBIO

*Junio de 1955*

**P**ilar se sintió aliviada cuando se lo contó a su amiga.

—No te enfades con ella, es tan testaruda como tú, si le prohíbes que lo vea, ya te digo yo que lo va a seguir haciendo.

—¿Y si comienza a rondarla? No se acompaña a una moceta a casa, si no se quiere algo de ella.

En eso Pilar tenía razón.

—Quia, mujer, dile que no sea tan tonta como para echarse novio tan pronto.

—Como si fuera fácil —refunfuñó su amiga abandonando la cocina.

—¿Y dices que se llama Germán? —preguntó Paulina pensativa.

Hacía años que no lo había visto, y, si se había cruzado con él, no lo había reconocido. Lo recordaba siendo un chiquillo desarrapado que, como los suyos, corría por la calle con los mocos colgando.

De la edad de Lucía, cuando aquello... debía de tener unos tres años. En la escuela, compartió mesa con su hija, y la niña lo llevó un día a casa. «Es que su madre ha bajado a Logroño. ¿Si pudiera usted darle de comer...?». Paulina lo observó mientras comía. Aunque lo vio sonreír, le pareció un niño triste. De vez en cuando, sentía sus ojos clavados en ella. Al devolverle la mirada, él bajaba la vista, como si le hubiera sorprendido haciendo algo que no debía. Se le partió el alma.

Su recuerdo comenzó a atormentarla. En un intento desesperado por olvidarlo, prohibió a su hija que lo llevara de nuevo a casa. No podía vivir con la inquietud que su recuerdo le producía. Temía enfermar de pena y no

podía permitírsele, sabía que, si eso sucedía, repartirían a sus hijos entre parientes y vecinos, que los acogerían con el mismo entusiasmo que si una maldición bíblica los hubiera azotado.

Tras varias semanas de desasosiego, consiguió desdibujar su rostro, su expresión de animalillo acorralado. Ahora recordaba que tenía la misma nariz que su padre, los mismos labios finos, y que sus ojos eran azules como los de él, pero solo en el color eran iguales. Los del padre eran fríos como el viento que barría los picos de la sierra y los del niño, mansos, como el agua de las lagunas. «Quizá haya heredado la sangre de su madre», pensó.

La Angelines parecía una buena mujer. Aunque poco más que un saludo era todo lo que habían llegado a intercambiar, siempre le pareció una persona de bien. No se equivocó.

Cuando su marido murió, todos pensaron que se iría, pero no fue así. «Igual no tiene a dónde ir», aventuró algún vecino.

Habían llegado siendo el niño aún de mantas. Alguien dijo que de un pueblo de la montaña. Al contrario que su esposo, que pronto empezó a hacerse notar, la Angelines, tímida, apocada incluso, apenas se relacionaba con nadie, aunque colaboró con la Sección Femenina en los comedores sociales y en las tómbolas de caridad, recogiendo fondos para enviarlos al frente.

Su marido, al que todos apodaban *el Rubio*, era un hombre soberbio, arrogante y peligroso. Frecuentaba los grupos más reaccionarios de la derecha. Le gustaba vestirse con la camisa azul y la boina roja de la Falange, caminaba por la calle como si el pueblo fuera su feudo y disfrutaba atemorizando a la gente humilde, a la que, brazo en alto, obligaba a cantar el *Cara al sol*. Quien se negaba lo pagaba caro.

Quizá porque le avergonzaba que la vieran magullada, ya fuera con un brazo amoratado, un ojo tumefacto o el labio partido, la Angelines no tardó en recluirse en casa.

—No la he visto en todo el verano, ni por San Juan ha salido. A veces me da por pensar que ese animal la ha matado —le susurró Pilar a Paulina al pasar frente a su casa.

Las dos amigas aminoraron el paso. Buscaban algún indicio de que seguía viva. Lo encontraron en la colada recién tendida en la parte de atrás de la

vivienda.

—*Pa'mi* genio iba aguantar esas palizas —respondió Paulina con rabia—. Más le valdría coger al mocete y marcharse por donde vino.

—Pobre mujer, cualquier día le da un mal golpe y... —sentenciaba Pilar.

No ejerció de viuda al fallecer su marido. Nadie la oyó lamentarse, ni la vio llorar. Se comportó con la misma discreción de siempre, aunque, apenas un mes después, había ganado peso y empezaba a salir a la calle. Ya no tenía de qué avergonzarse. Sus antiguas amistades, las mismas que nunca movieron un dedo mientras vivía su calvario particular, le aconsejaron mostrarse un poco más afligida. Les escuchó, les dio las gracias y siguió, o quizá comenzó con su vida.

Por unos reales y la comida para ella y su hijo, trabajó en la casa y las viñas de una familia adinerada. Por la noche, regresaba a casa con un hatillo de ropa para planchar. Más de una mañana amaneció sobre la mesa de la cocina, entre sábanas y camisas. Los vecinos hacían cábalas de cuánto tiempo aguantaría allí, pero se quedó y mostró una resolución que nadie le había conocido hasta entonces.

Años después, se empleó de cocinera en el hospital de Leza. Sus compañeras, con las que hacía el camino a pie, la describían como una buena persona, dispuesta siempre a hacer un favor a quien se lo pidiera. Jamás habló del pasado.

## PILAR HABLA CON MARINA

*Junio de 1955*

**F**ue Pilar quien se coló en la cama de su hija. Con la llegada del alba, había logrado serenarse y era capaz de razonar. Aunque el pasado la persiguiera, ya no podría alcanzarla.

Se asustó. Su reacción había sido exagerada. No tenía nada de particular que un mocete acompañara a Marina a casa. Lo raro habría sido que ninguno se hubiera fijado en ella. Otra cosa era que el destino quisiera jugarle una mala pasada. Esa era otra cuestión...

Como una leona protegiendo a sus cachorros, había enseñado uñas y dientes cuando creía que algún peligro los amenazaba, pero esa forma de conducirse ya no le servía. Ahora debía actuar con sutileza. La noche anterior había perdido el control y se había mostrado autoritaria. Ese no era el camino.

Miró a su hija mientras dormía. A la débil luz de la luna, distinguió el contorno ovalado de su rostro. Lo acarició. Sintió la tibieza de su cuerpo, la tersura de su piel. Los remordimientos la aguijoneaban de nuevo. No pudo ocuparse de ella cuando nació.

Marina llegó al mundo mientras su madre vivía enredada en el odio y la rabia, pero el nacimiento de la niña rompió su frágil equilibrio, dando paso a un desconsuelo tan grande que cualquier nimiedad la conducía a violentos e inexplicables ataques de llanto. Solo con ver a la pequeña en su cuna, Pilar rompía a llorar. El futuro se presentaba incierto: sus hijos no tenían padre y ella había perdido al hombre que juró quererla y protegerla hasta el último día de su vida, y lo cumplió.

Le bastaba despertar junto a él para ser feliz. Era pobre, vivía sin



comodidades, trabajaba duro, a veces pasaba hambre... pero tenía a su lado a un hombre que la amaba y la respetaba como nunca se atrevió a soñar. El tacto áspero de sus manos callosas deslizándose por su piel provocaba en ella auténticos destellos de pasión. Era afortunada. Tenía lo que quería. No había otra cosa que deseara más que compartir la vida con su esposo. Algunas noches, un pinchazo en el pecho la despertaba angustiada. Temía que su felicidad se rompiera. Apretaba entonces las manos hasta que el dolor de las uñas hundiéndose en la carne lo ocupaba todo y conseguía alejar de su mente los malos presagios. Miraba a Genaro dormido a su lado y agradecía a Dios, a la vida o a quien fuera que le hubiera dado aquel compañero. Sabía que la mayoría de las mujeres que conocía jamás alcanzarían una dicha semejante. Su amiga Paulina, sin ir más lejos, estaba casada con un hombre que solo la tenía en cuenta a la hora de trabajar, criar a los hijos y desahogarse cuando le venía en gana; y no era un mal marido, porque solo de cuándo en cuándo bebía y no la pegaba.

Tras el nacimiento de Marina, le faltó valor para enfrentarse al futuro. ¿Cómo iba a criar a aquella niña, si hasta respirar le dolía? A duras penas consiguieron interesarla de nuevo en la vida. Paulina se llevó a Gregorio y lo cuidó como a un hijo más, mientras la madre de Pilar se ocupaba de la recién nacida. Las dos mujeres se turnaron en la habitación de Pilar cuando solo podía llorar. Un año le costó expulsar el dolor. Un año entero para despedirse de una vida feliz y aceptar la orfandad en que ella y sus hijos quedaron. Un año para llorar su desdicha.

Cuando por fin se recuperó, solo un gesto áspero en la mirada y la risa fácil que nunca recuperó fueron el precio que aparentemente tuvo que pagar.

Pilar se hizo un hueco en la cama de su hija y la abrazó. Marina la rehuía. Su hija estaba enfadada, le sobraban razones; no la había tratado bien. Pero unos minutos después, los brazos de la joven se enroscaban en su cuello.

—¿Por qué me habló así, madre? Yo no hice nada malo.

—Porque no quiero verte convertida en una desgraciada. Tengo miedo de que te ciegue el amor y, antes de que te hayas dado cuenta, te encuentres con un marido que pasa las noches en la taberna y te hace un hijo tras otro. Y sobre todo, Marina, porque no quiero que ese sea el hijo del *Rubio*. Un hombre de mala calaña que nos trajo la desgracia.

—¿Es Germán el hijo de ese que dice usted, madre?

—Sí.

—¿Tan malo fue?

—Mucho, hija mía, mucho. Júrame, Marina, júrame por la memoria de tu padre, que no dejarás que se te acerque.

—Pero, madre, él no tiene la culpa...

—¿A ti te gusta el mocete?

—No sé. Es simpático y me río con él.

Era suficiente. Aunque la obedeciera, estaría obrando en contra de los dictados de su corazón.

## LUIGI PAVONI

*Sicilia, 1918*

**L**as guerras jamás saldan cuentas. Mientras los vencedores satisfacen sus más bajos instintos envueltos en la bandera de la legalidad, los vencidos, cegados por el rencor y la ira, acrecientan día a día su odio. Siempre es igual. Aquel pueblo no era diferente al suyo.

Luigi nació en una aldea del interior de Sicilia el año que acabó la Gran Guerra. Llegó al mundo en plena época de hambre y miseria. Desde pequeño fue un niño despierto que aprendió a acallar el estruendo de sus tripas con las peladuras que les disputaba a los cerdos de la Marquesa. Su familia, como todas las del pueblo, se dedicaba al pastoreo y al cuidado del latifundio de sus señores. Su madre murió cuando él tenía siete años dejando un marido huraño, un hermano sordomudo y dos hijos que no habían aprendido a ganarse el sustento.

Era su madre, junto al hermano, la encargada de arar los campos, sulfatar las vides y cuidar de los frutales del Marqués. El padre se dedicaba al pastoreo. A la muerte de su esposa, él ocupó su lugar, y los niños se hicieron cargo del rebaño. Luigi y su hermano Tonnino, que entonces tenía cinco años, tuvieron que dejar atrás la protección familiar para subir al monte a pastorear.

Durante un tiempo, Luigi se despertaba aterrado en mitad de la noche. Soñaba que un gran agujero negro lo engullía; intentaba correr, pero tenía que volver atrás y coger en brazos a su hermano, que se quedaba paralizado. Era entonces, con el corazón a punto de estallar, empapado en sudor y con la respiración entrecortada, cuando despertaba. Ese sueño y el recuerdo de un surco recto, perfecto, que iban dejando en la nieve las ruedas del carro que

tiraba el caballo del Marqués lo persiguieron durante años. Dentro, en un basto ataúd de tablas mal clavadas, iba el cuerpo de su hermano camino del cementerio. El niño no pudo sobreponerse a unas fiebres que en pocos días lo consumieron. Fue Luigi quien lo bajó del monte medio muerto.

Tan grande era su desamparo que Gianni, un viejo pastor curtido en la indiferencia, se apiadó de él y lo tomó bajo su protección, preservándolo del hambre y del frío, incluso le regaló su viejo tabardo de piel de oveja para que durmiera caliente las noches de invierno. Poco a poco, el viejo consiguió limar las aristas del afilado vacío en el que cayó. Le contaba historias de contrabandistas y le enseñó a leer.

El cura, orgulloso de que el muchacho conociera el significado de las palabras, pidió al Marqués que le permitiera subir al monte alguno de los libros de su biblioteca. A partir de ese día, vivir adquirió una nueva dimensión para Luigi. Nunca se sintió tan libre. Siguió cuidando del rebaño, pero ahora sabía que el mundo no empezaba y acababa en aquellos montes pelados, que existían otros lugares, otras gentes, otras formas de vivir.

La ocasión de conocerlos se presentó cuando, animado por el noble, se alistó en el ejército para luchar en España. Su batallón fue destinado al norte.

Al acabar la guerra no se decidía a volver a casa. Su madre, Tommino y Gianni habían muerto. Solo un padre huraño y un tío amargado le esperaban. Además, aquel lugar era tan bueno como cualquier otro para empezar una nueva vida; y, si en algún momento la nostalgia le lamía el alma, podía contemplar las suaves ondulaciones cubiertas de viñedos que tanto le recordaban a su pueblo.

Allí se quedó. Junto a varios compatriotas se instaló en un pajar vacío. No se ganaban mal la vida. Uno trabajaba de chófer en la capital, otro era albañil y él arreglaba radios, bicicletas... cualquier artilugio que cayera en sus manos. Pronto pudieron alquilar una casa.

## LUIGI BUSCA A GENARO

*Enero de 1940*

La fragua estaba en el número 47 de la calle Mayor, muy cerca del callejón donde Luigi vivía. Más de una vez buscó el italiano una excusa para subir los tres escalones que la separaban de la calle. Tenía algo mágico aquel lugar; le gustaba tirar del cordel que colgaba del techo para llenar de aire el gran fuelle, que a duras penas Paulina y sus hijos conseguían hinchar. Tenazas, martillos, tornos y taladros se alineaban sobre el gran mostrador en el que trabajaban. En un rincón, había dos inmensas piletas de agua donde enfriaban los hierros y, en el centro, la chimenea en la que los templaban. A Luigi le hubiera gustado trabajar con ellos y disfrutar del ambiente que allí se respiraba. La estampa de la mujer enfundada en un pesado mandil, manejando el fuelle y el yunque, o forjando como cualquier hombre, le enternecía, nunca escatimaba una sonrisa a quienes la rodeaban. Quería ayudarla. Por ella y por sus hijos. En la mirada de aquellos niños, reconocía su propia inocencia. La suya y la de su hermano.

Si al marido de su amiga no lo había detenido la Guardia Civil, el asunto se complicaba. En aquellos tiempos eran muchos los que saldaban viejas cuentas con un tiro en la nuca.

—*Questa mattina è scomparso un uomo è uscito da casa sua e non è più tornato. Sai niente?* —preguntó a sus compañeros.

—*Chi è?*

—*Sua moglie è un'amica della ferrala, un uomo alto, dalla carnagione scura. Si chiama Gennaro.*

No sabían nada. Les puso al corriente de los detalles y les pidió que

indagaran con discreción.

A pesar de que habían preguntado a sus conocidos, a la hora de la cena, seguían sin saber quién se había llevado a Genaro. Luigi había pasado por al Círculo Carlista y el local de la Falange, pero en ninguno de los dos lugares le dijeron nada. Un muchacho esquivo y nervioso le abrió la puerta en la sede de los camisas azules. No respondió a sus preguntas, aunque le permitió entrar. Lo despacharon con prisas. Estaban ocupados preparando un acto de desagravio a la enseña nacional.

Al salir, se dio de bruces con aquel al que apodaban *el Rubio*.

—¿Qué vienes a hacer aquí, espagueti? —le preguntó con gesto airado.

—Estoy buscando información sobre el paradero de Genaro Viana. ¿Sabes algo?

—¿Y para qué quieres saberlo? —inquirió irritado.

—Me lo ha pedido su familia.

—¿Ahora ayudas al enemigo?

—Ayudo a una mujer.

—No sé qué haces aún aquí. Vuelve a tu país. Aquí no hay sitio para traidores. Apenas ha terminado la guerra y ya andas en tratos con ellos.

Luigi no respondió. Se excusó alegando cierta prisa y continuó su camino. Sentía clavada en su nuca la mirada turbia del *Rubio*.

Sentado frente a un vaso de vino, a la débil luz de una vela, Luigi reflexionaba. Genaro no tenía enemigos, por lo menos conocidos, eso le habían dicho, y era poco probable que sus captores fueran de otro lugar. Los vecinos lo describían como un hombre serio, cabal, al que no se le conocía filiación política, ni se le oyó manifestar odio ni rencor contra nadie. El asesinato de su padre más parecía una acción indiscriminada contra los maestros de la República que hacia su persona. Había preguntado sobre posibles deudas que la familia pudiera tener, o si actuaban como prestamistas. No era el caso. Vivían de sus viñas, no trabajaban para nadie, ni contrataban peones. Antes de la guerra, Genaro había trabajado como perito industrial en una empresa a las afueras del pueblo, que cerró cuando empezó la contienda. Ahí no había nada sospechoso. Quizá fuera una venganza por algún desaire de su mujer. Le aseguraron que a la Pilar no se le conoció más novio que Genaro. «¿Y si alguien se hubiera encaprichado de ella?».

Tan enfrascado estaba en sus reflexiones, que no oyó el ruido de la piedra que golpeaba el cristal. Cuando por fin se asomó, vio que un hombre agitaba los brazos desde la calle invitándolo a bajar.

Descendió las escaleras alumbrándose con una vela. El desconocido le pidió que la apagara.

—Genaro está retenido en una casa de la calleja Esquide —le oyó decir.

—Cómo *lo sai*? —preguntó Luigi en el mismo tono de voz.

—Qué más da eso ahora.

—*Chi* lo tiene?

—Una brigada compuesta por fuerzas reaccionarias, que ha decidido limpiar el pueblo de lo que ellos llaman indeseables.

—*Chi è* al mando?

—Ese que llaman *el Rubio*.

—¿Y tú *come lo sai*?

—Escucha con atención. Sé que te han pedido ayuda. No hagas nada. Nosotros nos ocupamos.

No se había acostado aún cuando escuchó varios disparos. Su primer impulso fue salir corriendo; uno de sus compañeros lo detuvo.

—*Non fare il matto. Resta nel letto*.

No dijo nada, se metió en la cama con la ropa puesta esperando que vinieran a detenerlo. Al amanecer, el sueño lo había vencido.

El corrillo furtivo que se había formado en la plazuela, frente a la iglesia de San Juan, se desordenó al verlo. Ahora estaba seguro de que no lo había soñado. Aquella noche habían disparado a alguien. Probablemente al hombre con quien había hablado.

Paulina mandó a sus hijos al patio cuando lo vio entrar.

—¿Quién era? —preguntó Luigi sin preámbulos.

—Un desconocido, no era de este pueblo —respondió ella—. Parece que no estaba solo, dicen que otro hombre salió huyendo en la oscuridad.

—*Dove suceso*?

—Cerca de la iglesia de arriba.

—Se sabe *chi à stato*?

Paulina no lo sabía y tampoco estaba dispuesta a seguir hablando del asunto. Quería información sobre Genaro.

—No se sabe, y... ¿Genaro? ¿Qué hay de Genaro?

No le habló de la visita del desconocido. Solo habría conseguido asustarla. Le contó que él y sus compañeros seguían buscándolo y que al anochecer pasaría de nuevo por la fragua.

Pilar llegó cuando él salía. A duras penas habían conseguido retenerla en casa la tarde anterior. Solo la promesa de que el italiano les ayudaría le había dado una pizca de sosiego, pero la noche había sido larga y la noticia de que un hombre había aparecido con el pecho cosido a balazos en mitad de la calle había despertado en ella los peores presagios.

—Señor... —susurró Pilar, cogiéndole las manos.

Luigi volvió a entrar.

—*Signora* —respondió Luigi— voy a *far* todo lo que pueda.

Un primo de Paulina, que vivía al final del angosto callejón, le contó que había una casa deshabitada en la calleja Esquide. Le aseguró que, a pesar de llevar más de un año cerrada, había visto entrar y salir gente en los últimos meses. Siempre de noche.

La llave estaba echada. Golpeó la puerta y esperó. Nadie. Pegó el oído a la cerradura: ningún ruido. Oculto en el portal del primo de Paulina, vigiló todo el día. Al anochecer, *el Rubio* y el joven que le había abierto la puerta de la Falange, tras mirar furtivamente a ambos lados de la calle, entraron en la casa. Luigi esperó en su escondite. Unos minutos después los vio salir. El muchacho llevaba unas botas en la mano.

Siguió al *Rubio* camino de su casa. Al llegar a la plaza, se acercó a él y le suplicó que se apiadara de Genaro. *El Rubio* sacó una pistola del bolsillo y le apuntó al pecho.

—Me da lo mismo uno que dos. Quítate de en medio o disparo.

—*Per favore* —imploró Luigi.

Con un destello de arrogancia en la mirada, *el Rubio* descorrió el seguro del arma, «pum», dijo presionando ligeramente el gatillo.

Todo estaba perdido. Luigi se volvió y, lentamente, con un cansancio infinito, bajó la calle Mayor, camino de la herrería.

Sentadas frente a un fuego que ardía mustio, como sin ganas, las dos mujeres le esperaban. Luigi les habló de la visita de la noche anterior, de la casa deshabitada, de su conversación con *el Rubio*... Pilar corrió a la calleja



Esquide llamando a gritos a su marido. Sus palabras retumbaban en las paredes del callejón y devolvían el lamento más desgarrador que jamás se había escuchado en el pueblo. Aporreó la puerta sin recibir respuesta alguna. Sus súplicas encogían el alma. En muchas casas comenzaron a rezar el rosario.

Le trajeron la noticia al amanecer, cuando ya no podía sostenerse en pie y tenía las manos en carne viva. Lo habían encontrado frente a la tapia del cementerio con un tiro en la frente. De la herida aún manaba sangre.

## GENARO

*Enero de 1940*

**D**espertó en mitad de la noche. Tenía frío. Pilar tampoco dormía.  
—¿Ya es de día? —le preguntó al sentirlo.  
—Duerme, que aún es pronto.

El cálido abrazo de su esposa lo consoló del desamparo que sentía. Halló en su pecho el sosiego que la ansiedad le robaba. Con la cabeza apoyada en el arco de su cuello, fundido su cuerpo con el de ella en una amalgama ardiente, entrelazadas las manos, trataba de acompasar el ritmo de su respiración al de ella, pero esa mañana se sentía especialmente inquieto. Tampoco el recuerdo del hijo que dormía en la habitación de al lado logró calmarlo. Incapaz de dominar la desazón, se levantó y caminó por la casa como un oso enjaulado.

Hacía poco que la guerra había acabado y los desmanes y humillaciones, lejos de calmarse, se sucedían. Gentes de mala ralea se habían erigido en guardianes de las leyes que ellos mismos dictaban y que obligaban a cumplir al resto de los vecinos. De entre todos ellos, el más temido por su crueldad era aquel al que apodaban *el Rubio*.

Las palizas, los paseillos, incluso los asesinatos a sangre fría estaban a la orden del día. Su padre había muerto a manos de aquellos justicieros. Ahora temía que hubiera llegado su hora. Hacía tiempo que *el Rubio* se la tenía jurada:

—Si eres hombre para meterte en la cama con esa real hembra, también has de serlo para luchar. ¡Gallina! ¡Medio hombre! ¡Algún día te hemos de dar lo que te mereces! ¿No será un cojón lo que te falta en vez de un riñón? —vociferaba entre carcajadas mientras le echaba la mano a la entrepierna.

Llevaba tiempo aguantando sus amenazas. Él, que era un hombre templado y no estaba dispuesto a caer en provocaciones, bajaba la cabeza y aligeraba el paso en cuanto lo veía, pero bien sabía Dios el esfuerzo que le costaba.

—Escapa, cobarde. Escapa como un borrego asustado, que ya te ha de llegar también la hora...

«Que no te encuentren, Genaro. Más vale cargar con el sambenito de cobarde que estar muerto», le decía su esposa. También él pensaba lo mismo. Había aprendido a guardarse el amor propio. «No les des ocasión, que no tengan momento, ni motivo», le repetía.

Extremó las precauciones. Salía de casa antes del amanecer, cuando aún no había nadie en la calle. Tampoco lo echaba de menos: le gustaba leer y era una suerte que hubiera podido conservar la biblioteca de su padre. Ahora el pequeño Gregorio, su esposa y los libros eran toda su vida, pero sabía que no podría continuar así indefinidamente. En cuanto el sol derritiera la nieve, tendría que bajar a las viñas.

La vida en el pueblo había llegado a convertirse en un infierno durante la guerra. Por si no fuera suficiente convivir con la crueldad, también habían tenido que hacerlo con el abuso. Desde el ayuntamiento se sucedían las peticiones de colaboración para enviar aguinaldos a los soldados que se hallaban en el frente, o suscribir un fondo nacional a favor del combatiente. El alcalde —«desde este vergel inmaculado de amor al pueblo, que es nuestra villa»— arengaba a los vecinos desde la balconada de la casa consistorial para que contribuyeran con alguna cantidad de dinero a la colecta que él mismo encabezaba. También la iglesia reclamaba su parte y pedía donativos para sufragar un nuevo manto a la Virgen del Pilar y para el acto de desagravio del Sagrado Corazón de Jesús.

La gente llana, la que apenas tenía qué comer, era llamada a entregar lo que no poseía. En muchas casas ya no quedaban ni patatas y algunos vecinos, viendo que el hambre carcomía los estómagos de sus hijos, se declararon pobres de solemnidad. Su sustento pasaba entonces a depender del municipio, quien semanalmente debía entregarles un litro de aceite, tres kilos y medio de legumbres y un kilo de pan. Una herida para el orgullo difícil de sobrellevar.

Aun siendo la situación tan crítica, las autoridades provinciales ignoraban la realidad de la mayoría de los vecinos y continuaban organizando grandes

fastos, como el vino de honor que se dio para festejar a los jefes y oficiales de la Legión Córdor.

Aquella mañana los pensamientos torturaban a Genaro. Se sentía agobiado. Necesitaba llenar de aire los pulmones. Seguro que un paseo le calmaría. Se vistió y se dispuso a salir, pero antes entró en la habitación de su hijo. Bajo la insegura luz de la vela que le acercó al rostro, el niño sonreía. Quizá soñaba con una montaña de pirulís, con las caricias de su madre o con las bromas del padre que tanto le divertían. Contempló sus manos descansando sobre el embozo de la sábana. Las besó. Sintió que una corriente de ternura le recorría de la cabeza a los pies. Entornó después la puerta de la habitación conyugal. Pilar dormía. Su rostro inmóvil quedaba enmarcado por los rizos cobrizos de su cabello. Por su perfil, apenas intuido, parecía serena. Esperaban un nuevo hijo. Sabía que no era un buen momento para traer criaturas al mundo. No habían podido evitarlo.

Genaro cargaba sobre los hombros con la responsabilidad del bienestar de los suyos. Era su obligación cuidar de ellos y procurarles una vida mejor. No pensaba eludirla. Hacía semanas que una idea le rondaba la cabeza: debían irse. Aunque sus raíces en aquella tierra tuvieran la misma hondura que las de las vides que les daban sustento, debían marcharse, quizá a una aldea, un lugar más pequeño donde no hubiera sitio para tanta maldad. Lo hablaría con Pilar cuando volviera del paseo. Sí. Debían irse.

Esa idea le tranquilizó, los caballos que atronaban su pecho dejaron de galopar. Una sensación de alivio le entonó el corazón. Sonriendo, se echó encima la pelliza heredada de su padre y salió a la calle.

Apenas había salido del portal, cuando le pareció que dos sombras se movían a la entrada del callejón. Era noche cerrada, no pudo ver más. Instintivamente se giró para volver a casa. No tuvo tiempo de llegar al portal, dos pares de brazos lo inmovilizaron y se lo llevaron en volandas calle arriba. Solo un grito ronco, medio ahogado de espanto, salió de su boca, antes de que se la taparan, al distinguir el rostro de uno de sus captores: era *el Rubio*.

Entornó los párpados para acomodarlos a la hondura de una noche ciega. Apenas había caminado unos metros cuando se detuvieron, lo empujaron y cayó. El hielo duro y frío le golpeó las costillas. Le costaba mantenerse en pie. Una y otra vez resbalaba y volvía a caer.

Desde el suelo tapizado de blanco, veía danzar las sombras de sus captores: juraban, maldecían, buscaban algo. Creyó entender que unas llaves. Las casas situadas a ambos lados de la calle estaban muy próximas entre sí, casi podía tocar las piedras de las fachadas si extendía las manos. Por lo poco que habían caminado y la estrechez de la calle, supo que estaban en la calleja Esquide. Sintió cierto alivio al comprobar que no habían salido del pueblo.

El chirrido de unos goznes oxidados resonó a su espalda. Volvieron a ponerlo en pie y, sin ningún miramiento, lo empujaron dentro de un portal. La luz del candil iluminó el rostro del otro captor: era el hijo de la Tomasa, un muchacho medio retrasado que frecuentaba la Falange y reía las gracias de los mandamases. En volandas, lo hicieron bajar por los húmedos escalones de la cueva. La tierra mojada se le escurría entre los dedos cuando clavaba las uñas en la pared para evitar caerse. Más de una vez resbaló y rodó escaleras abajo. Volvían a ponerlo en pie.

Supo que era el fin: ¿por qué, si no, le habían permitido ver la cara de sus captores y lo arrojaban a una cueva donde nadie lo encontraría?

—Un rojo menos, seguro que ahora se respira mejor —dijo el idiota, repitiendo las palabras tantas veces escuchadas a sus jefes.

*El Rubio* propinó al tonto un amistoso manotazo en el hombro, que el Tomasón celebró con grandes risotadas, mientras se dirigía a Genaro:

—Y tú, comunista de mierda, aquí te vas a pudrir. Lo que quede de ti lo hemos de echar a las barricadas. Aunque seguro que agrias el vino.

Sacó después del bolsillo de su gabán un reloj y miró la hora.

—Si me doy prisa, aún puedo encontrarme a tu mujer en la cama.

Y sin decir más, consciente del efecto que sus palabras causaban en Genaro, se dirigió a la escalera llevándose un candil medio sofocado y la risa tonta del idiota.

El terror le recorrió la espalda. ¡Por Dios, que no tocasen a su mujer! ¡Que hicieran con él lo que quisieran! ¡Pero a la Pilar no!

Pasó el día sin agua ni comida. Horas interminables de miedo y rabia, de llanto y furia. Después de que el frío y la humedad le hubieran chupado los huesos, de que los peores presagios sobre su futuro y el de su familia le helaran la sangre, de que la amargura salara sus viejas heridas hasta dejarlas en carne viva, oyó de nuevo el estruendo de la puerta al abrirse.

Dos sombras en movimiento, que la débil luz del farol encogía y agrandaba en el techo, descendían por la escalera: eran *el Rubio* y Tomasón. El lelo se acercó y sin mediar palabra le propinó una patada en los riñones que le cortó la respiración. Su acompañante le agarró de la pechera y le obligó a levantarse.

—Arriba, cabronazo. Nos vamos.

Genaro lo miró con el último resquicio de curiosidad que le quedaba.

—La que han liado la zorra de tu mujer y la metomentodo de la herrera. Esas dos pécoras han puesto el pueblo patas arriba. Cuando acabe contigo, ya me ocuparé de ellas, ya les llegará su turno, ya.

No pudo ocultar un gesto de orgullo.

—Mire, jefe, mire, aún tiene ganas de reírse —bramó el tonto, mientras le retorció el brazo.

—Tira *pa'rriba*, mala bestia, no sea que me arrepienta y te dé matarile aquí mismo.

Genaro se agachó para recoger sus botas, pero, antes de que pudiera hacerlo, el tonto le propinó una nueva patada en los riñones y tiró de él escaleras arriba.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Volvía a ser de noche. Los pies desnudos se le pegaban en el hielo viscoso y seco, impidiéndole caminar. Tomasón, viendo que no avanzaba, se lo echó al hombro y, como un fardo, lo sacó del pueblo por la puerta de San Antonio.

Fuera de las murallas, los esperaba un hombre con el rostro embozado. Debía de llevar un buen rato al sereno porque los dientes le castañeteaban. Sus manos desnudas sujetaban las bridas de un animal nervioso.

—Cargadlo en el mulo y llevadlo donde ya sabéis —ordenó *el Rubio*—, Ah, y no se os ocurra buscarme. Ya os diré lo que tenéis que hacer, ¿está claro?

Debía de estarlo, porque ninguno de los dos dijo nada. Echaron al prisionero encima del animal y bajaron hacia la carretera de Logroño. A la altura de la iglesia de San Juan, el sonido de varios disparos paralizó el corazón de Genaro.

—El jefe, que ha dado suela a alguien —anunció el idiota.

—Calla, por Dios, no vaya a ser que nos oigan.

Apenas fue un susurro, pero aun así Genaro reconoció al dueño de aquellas palabras: era Hilario, su vecino, el viudo sin hijos, con el que Pilar y él compartieron su comida en alguna ocasión, el mismo al que prestaron unos reales cuando el oidio atacó sus viñedos.

—Hilario... ¿tú...?

Cayó en un sueño pesado y negro, hasta que el sol de la mañana se le enredó en las pestañas y le encendió las pupilas. Bizqueó un rato deslumbrado por la luz del amanecer, radiante y limpia como la sonrisa de su hijo.

Estaba en el interior de una casilla, atado de pies y manos. Tomasón roncaba a su lado con el semblante de un niño satisfecho. Al poco, este despertó en medio de un estruendo fétido y, soltándose el cordel de los pantalones, salió a la calle dejando tras de sí un retumbo de cornetín y un aroma apestoso. En la puerta se recortaba la silueta del hombre del pasamontañas.

—¿Por qué, Hilario?

No hubo respuesta.

—Ni la Pilar ni yo te hemos reclamado nunca nada. Aquello está olvidado. ¿Por qué, Hilario, por qué? ¿Qué mal te hemos hecho...?

—¡Cállate. Cállate ya...!

—Si voy a morir, quiero saber...

—¿Te crees que eres mejor que yo? —gritó Hilario fuera de sí—. Te crees que valgo menos que un carajón de mulo, ¿verdad? ¡Tan buenos... tan jodidamente buenos los dos! Siempre dispuestos a repartir caridad, con esa asquerosa mueca de compasión en la cara. Vosotros... tan felices. Tan... Os odio... Yo también tenía derecho. También yo quería a mi Luisa y se me fue. Se me fue llena de pústulas, aullando de dolor... ¿Qué sabrás tú? ¿Qué sabrás tú de mi pena, de mis noches jurando y maldiciendo...

Hilario se derrumbó, con la cabeza sujeta entre las manos, pequeño e insignificante, cayó al suelo sollozando. Los ojos de Genaro se llenaron de lágrimas, respiraba con dificultad, el odio de su vecino le ahogaba, cerró los ojos y suspiró. Ahora comprendía que, mientras lo socorría, estaba firmando su sentencia de muerte.

## PILAR LE CUENTA SUS PLANES A MARINA

*Agosto de 1955*

—¡**Q**ue voy a cumplir dieciséis años, madre! ¡Que no tengo edad para ir al colegio!

—Ya lo creo que la tienes, siempre has sido muy espabilada para los números y esas cosas de los libros —añadía Pilar con vehemencia—. ¡Si hasta puedes ser maestra, como tu abuelo! Mira, *chiguita*, más vale tarde que nunca. Un par de años o tres con las monjas y vuelves convertida en maestra.

Y se entusiasmaba tanto que la estrujaba entre sus brazos hasta dejarla sin respiración, mientras le esparcía un rosario de besos por la cara.

—Es que tú vales mucho, hija mía, eres lista, simpática y tienes muy buen fondo. Los mocetes te adorarán. Mira, si no, los pequeños de la Paulina, que se vuelven locos en cuanto te ven... Ya te imagino con tu bata blanca rodeada de chiquillos...

—Pero madre... —protestaba Marina, cada vez más desarmada—. ¡Que eso tiene que costar mucho y usted no tiene dinero!

—No te preocupes. Lo tengo todo pensado. Aún no he tocado lo que saqué de vender la casa de mi madre.

—¿Y lo va a gastar en mí?

—¡Pues claro! ¡No estaría orgullosa ni nada tu abuela! Ella siempre decía que eras muy lista. ¡Yo sí que he sido tonta! Tenía que haberte mandado al colegio cuando acabaste la escuela. Y no se hable más. Mañana mismo vamos a Vitoria a encargarnos del uniforme.

Y Marina callaba ante el discurso apasionado de su madre. Estaba rara



últimamente. Cambiaba de humor varias veces al día. Se levantaba triste y alicaída, pero el paso de las horas la animaba. Dormía poco. Las bolsas de color agua-vino que rodeaban sus ojos hablaban de muchas noches en vela. Más de una mañana de aquel mes de agosto, la sintió salir al Rosario de la Aurora, después de haberla oído revolverse durante toda la noche en su cama. A veces, la sorprendía con el gesto ausente y una mueca de dolor en los labios; sin embargo, en cuanto la veía, recomponía el gesto y se le avivaba la mirada. Y, ahora, ese empeño porque fuera maestra... ¡Estaba muy rara su madre!

A Marina le costaba creer que quisiera alejarla de su lado. Ella jamás la hubiera dejado sola, pero, mientras su falta de argumentos mermaba la intensidad de sus protestas, la insistencia y el entusiasmo de su madre crecía, y ahora, después de una semana de oír su discurso apasionado, había logrado ilusionarla.

Se recogería el pelo en un moño alto, como el que llevaba la hija del alcalde. Seguro que Lucía podría hacerle un traje sastre con la chaqueta ceñida a la cintura y una falda tubo por debajo de la rodilla. No sabía si lo quería azul o gris, tendría que pensarlo. Respecto a los zapatos, no tenía duda: rojos de tacón.

Hasta comenzaba a fantasear cómo sería su vida en la ciudad. Había estado muy ocupada ayudando a Lucía a preparar su arreo, y ahora, pasada la boda, se aburría. Encerrada en casa con una labor entre las manos, se le agitaba el pecho cuando desde la ventana oía charlar, reír o gritar a la gente en la calle. Hubiera deseado cambiarse por cualquiera de ellos. Ansiaba vivir.

Enredada en monólogos absurdos, se le iban las horas frente al espejo de su habitación, intentando imprimir a su voz la soltura y despreocupación que imaginaba en las mujeres de ciudad. Ya se veía en una terraza de la calle Dato, tomando café al atardecer, o haciendo cola frente a la taquilla de un cine.

Cada vez le atraía más la idea. Hacía apenas un mes que Germán le había pedido relaciones. Ella le daba largas y el joven estaba cada vez más pesado. Le gustaba, era guapo y se reía con él, pero quererlo, quererlo... era mucho decir. Además, no iba a disgustar a su madre. Aún recordaba cómo le cambió el color y se le aceleró la respiración cuando la sorprendió con él. Tenía miedo. No sabía explicarlo, pero sentía que algo terrible había pasado. Algo de lo que nadie le iba a hablar.

Si estaba tan enamorado como decía, seguro que la esperaría. Aún eran jóvenes. A los dieciocho ya sería maestra y esa era ya una edad para que su madre tuviera en cuenta su opinión, por muy gordo que fuera lo que pasó. Ni tenía el cuajo, ni encontraba las palabras adecuadas para explicárselo ahora. Cuando fuera maestra se lo diría.

Desde la habitación contigua sintió el desasosiego de su madre. Los muelles del colchón chirriaban con cada uno de sus movimientos. «Otra noche desvelada», pensó intranquila. Saltó de la cama y entró en su alcoba.

## VIVIR SIN GENARO

*Verano de 1955*

**S**e pasaba el día fingiendo una felicidad que no sentía. Si bien era cierto que había llegado a ilusionarse con la idea de ver a su niña convertida en una mujer de provecho, le asustaba imaginarla lejos de casa. Temía que le hicieran daño.

De carácter resuelto, Marina era echada *palante*, lo que le hacía aparentar una seguridad que aún no tenía. Confiada por naturaleza, le costaba imaginar que nadie fuera a herirla sin motivo o pudiera envidiarla por algo. Poseía, además, un corazón bondadoso, capaz de conmoverse con la alegría y el dolor ajeno. Terca y obstinada, era imposible hacerla entrar en razón cuando se empeñaba en algo. Sin embargo, se volvía dócil como un corderito al sentirse querida. Así había logrado su madre convencerla.

Pasaba muchas horas con ella planeando su futuro. Su hija sería una mujer culta, que no dependería de ningún hombre para ganarse la vida y, además, conseguiría alejarla del hijo de aquel mal nacido. Conocería a otros chicos y lo olvidaría. Seguro que lo olvidaría.

Las lágrimas se amontonaban en sus ojos cuando pensaba en ella. ¡Si Genaro pudiera verla! Y el recuerdo de su marido cobraba tal intensidad que volvía a sentirlo a su lado.

Cada noche lo buscaba en su cama, pero, en vez de su cuerpo, era su ausencia lo que encontraba. Un frío intenso, azulado, ocupaba ahora su lugar en el lecho. Ya no podía dibujar el contorno de su cuerpo en la sábana, ni recordaba el tacto de su piel. Hacía años que el último resto de su olor de hombre se había desvanecido de su memoria. Todo lo había olvidado en su

afán de que la vida no le pesara tanto.

Tenía que obligarse a recordar. Era entonces cuando resonaban en su memoria los aullidos que escuchó mientras corría calle abajo camino del cementerio. Eran sus gritos. No los reconoció. Tampoco recordaba los manotazos que, como un animal enjaulado, propinaba a quienes intentaban detenerla. Nadie consiguió parar su alocada carrera.

Lo encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro del camposanto, como si al subir de la viña se hubiese detenido a descansar. Pero, al acercarse, vio su rostro lívido, atravesado por un hilillo de sangre que se deslizaba imparable hacía la barbilla. Un filo mortal por el que se le había ido la vida.

Se arrodilló a su lado, lo abrazó y comenzó a mecerlo como a un niño pequeño. Lágrimas gruesas y lentas le resbalaban por la cara mezclándose con la sangre de él. Su rostro, devastado por el dolor, adquirió una extraña serenidad. No permitió que nadie, ni siquiera Paulina, se acercara. Tampoco que lo cubrieran con la manta que alguien llevó. Sacó un pañuelo de su delantal y, con una delicadeza infinita, le limpió la cara, mientras de sus labios brotaba un torrente de leche y miel. Le habló de cómo sus ojos lo buscaban mucho antes que los de él la encontraran, de la dicha que conoció cuando llegó a su vida, de sus noches y amaneceres juntos, de su sed de él, que nunca se apagó, de cómo se estremecía cuando sus cuerpos se rozaban. Le agradeció el respeto que siempre le tuvo y le juró que criaría a sus hijos, sin odio ni rencor, pero que jamás olvidaría. Solo después de mirarlo largamente y haber depositado un beso en sus labios, permitió que lo taparan y lo llevaran a casa.

Cuando la triste comitiva enfilaba la cuesta del cementerio, el cielo se cubrió de espesas nubes negras, que descargaron piedras del tamaño de huevos de codorniz. Volvió a hacerse de noche...

—¿Aún despierta, madre?

—Anda, túmbate a mi lado.

—Pero... ¿está llorando?

—No me hagas caso, hija, que debo estar poniéndome vieja.

El primer domingo de septiembre a las cinco de la tarde, Pilar, Lucía y la prima Engracia, la de Vitoria, acompañaron a Marina al colegio. Cuando la puerta se cerró, una mujer quedó llorando a cada lado de la verja.

## EL HIJO DEL RUBIO

*Septiembre de 1955*

— Solo las ricachonas van al colegio a Vitoria. Me da a mí que esto es una artimaña de tu madre para separarnos.

—Ella quiere que estudie y que sea maestra, como mi abuelo.

—Y tú, ¿qué quieres?

No pudo sostenerle la mirada; agachó la cabeza y bajó la vista.

—Ya lo veo, ya... no hace falta que digas nada.

—No es eso, Germán; es que somos muy jóvenes...

—¿Muy jóvenes para qué? —preguntó airado—. Podríamos hacernos novios y, después de dos años de relaciones, casarnos. Tú tendrías dieciocho y yo veintiuno. ¿Te parece que seríamos muy jóvenes entonces?

—No te lo tomes así. Quiero ser maestra. Solo tendríamos que esperar un par de años... o tres.

—Entonces, ¿nos hacemos novios ahora? —le preguntó, al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo.

—Ni hablar, y quita eso —respondió ella apartándolo con brusquedad—. Además, ¿para qué vamos a hacernos novios si me tengo que marchar?

—Pues... para darte un beso cuando vuelvas. Porque vendrás por Navidad y en verano, ¿no?

La joven se sonrojó.

—Tú a mí no me tocas hasta que nos hayamos casado.

—¿Ni un besico siquiera? —preguntó zalamero.

—No eres tú tunante, ni *ná* —le respondió Marina escapando de su abrazo.

La sombra de su padre volvía a interponerse en su camino. Estaba seguro de que la mandaban a Vitoria para alejarla de su lado. Desde que la madre de Marina los sorprendió, había cambiado su anterior indiferencia por una antipatía que no se molestaba en ocultar. Los intentos de acercamiento de él chocaban con la frialdad de su mirada. El gesto áspero de ella era una barrera infranqueable que frenaba cualquier tentativa de acercamiento. Más de una vez pensó en abordarla, hablar con ella y exponerle la seriedad de sus intenciones. No se atrevió.

Sentado en un banco del Collado, después de haberla despedido con un beso furtivo y un «te esperaré» balbuceado casi en silencio, Germán lloraba como un niño. Su esperanza de formar una familia con la mujer que amaba se desvanecía tan aprisa como el autobús de línea que se la llevaba.

Maldecía su suerte. Toda la vida pagando por algo que... Ni siquiera sabía cuál era su delito. Ahora que la generosidad del amor lo había reconciliado con el recuerdo ambivalente de su padre, ahora que era capaz de pensar en él sin que la angustia le cortara el aliento, justo ahora, aquel acontecimiento volvía a cambiarlo todo. Daba igual lo honrado y cabal que fuera. En aquel pueblo solo era el hijo del *Rubio*, y con eso bastaba. Nunca lo aceptarían como a uno de los suyos. La gente llana odiaba la memoria de su padre. La familia de Marina no era una excepción.

Volvió a encogerse con la cabeza entre las piernas, como cuando de niño quería escapar del mundo y la escondía en el hueco de sus rodillas. Una voz ruda de hombre que despertaba a la noche y un lamento ahogado que la rasgaba era todo lo que podía recordar.

Envalentonado por el vino que había tomado en la taberna, golpeó con los nudillos la puerta de la habitación de su madre.

—Pasa, hijo, pasa.

A la débil luz del candil, la Angelines vio su rostro de fantasma derrotado en la más cruel de las batallas.

El momento largo tiempo temido había llegado. Hubiera dado la vida por evitarlo, pero nada podía hacer. Desde que conoció la identidad de la pretendida, pasaba las tardes en la iglesia rogando a toda la corte celestial para que la apartara del camino de su hijo; y no es que tuviera nada en su contra, ni mucho menos, la joven le gustaba, pero sabía que la Pilar jamás

consentiría aquel noviazgo. Se habló mucho cuando encontraron muerto al padre de la joven, aunque nunca se supo quién lo hizo, a media voz, en los corrillos, se culpó a su marido.

Tanto se esforzó en protegerlo de las habladurías de la gente, que ocultó la verdad bajo una espesa capa de olvido. Cuando de niño se peleaba con otros chiquillos que hablaban mal de su padre, ella siempre conseguía tranquilizarlo: «Nunca le perdonaron que estuviera en el bando de los vencedores. No les hagas caso». Todo lo negó con tal vehemencia que el niño dejó de preguntar: «¿Qué tontería es esa de que tu padre me dio mala vida? No... ¡Si cuando la gente no tiene otra cosa que hacer...! ¡Que se metan en sus cosas. Que si a mí me diera por hablar...!».

—Espérame en la cocina. Ahora voy. Avivaré el fuego y pondré a hacer café —le dijo al verlo.

Saltó de la cama, se echó la toquilla a los hombros y se dispuso a encarar el momento tantas veces temido.

Aferrado con ambas manos a la mesa, con la cabeza apoyada en el pecho y el cuerpo desmadejado, su hijo la esperaba.

Al verla entrar, se agarró con desesperación a su brazo.

—Dígame la verdad, madre, ¿qué hizo mi padre? ¿Por qué le odia tanta gente? ¿Por qué la madre de la Marina me trata como si fuera un apestado? ¿Qué pasó? Estoy harto de las medias palabras, de las murmuraciones. Ya soy un hombre. ¡Por Dios, madre! ¡Dígame qué pasó con mi padre!

—Tu padre, que Dios lo tenga en la gloria —comenzó diciendo la Angelines, mientras se santiguaba—, solo nos trajo vergüenza y sufrimiento. Hubiera dado la vida por evitarte este trago, pero tienes razón, ya eres un hombre, un buen hombre del que me siento orgullosa, y tienes derecho a saber. Tu padre era fanfarrón y pendenciero, ya lo conocí así, pero, tonta de mí, pensé que lo podría cambiar. «Que te lo den cambiado, Angelines», me repetía mi madre. Cuántas veces me he acordado de aquellas palabras... De nada sirve lamentarse ahora. Cuando estalló la guerra —prosiguió avivando el fuego— se le metió en la sangre la porquería esa de la política y fue a alistarse voluntario. Lo mandaron al sur. No aguantó mucho. Volvió con un costurón mal remendado en la barriga, orinando sangre y con más odio del que tenía cuando se fue.

Los lengüetazos azulados de las llamas alumbraban el rostro demudado de Germán, acentuando su palidez. Tenía la mirada perdida más allá del rostro de su madre y, de cuando en cuando, echaba largos tragos del porrón.

—Deja eso, hijo. No va a calmar tu dolor. Déjalo, Germán, tú eres un hombre de bien. No te echas a perder.

—Tiene razón, madre.

Apartó el porrón con un golpe brusco y lo volcó. Un chorro de vino, oscuro y espeso, se deslizó sobre el hule de la mesa.

Angelines intentó levantarse. Su hijo se lo impidió sujetándola por los hombros.

—Siéntese, madre, siéntese y cuéntemelo todo.

—Parece que, al poco de llegar a su batallón, cayó preso y así estuvo un tiempo, hasta que en un intercambio de prisioneros lo liberaron. Para él quedó lo que pasó, porque nunca habló de ello. Al llegar al pueblo no pudo soportar las chanzas de algunos vecinos, que lo consideraban un flojo, y un día recogimos las cuatro cosas que teníamos y nos vinimos aquí, porque él tenía un amigo. Un mandamás de la Falange.

Los ojos de Angelines quedaron velados por una pena espesa. Tuvo que esforzarse para que no se le quebrara la voz.

—Se me parte el alma cuando pienso en aquellos días, hijo mío. Apenas tenías seis meses, era invierno, hacía frío y el viaje a pie por montes y campos nevados nos llevó varios días. Llorabas mucho y yo también. Creí que no aguantarías —calló. Sus ojos brillaban como dos carbones encendidos. También los de Germán relumbraban. Sentía una inmensa ternura por aquella mujer que siempre lo protegió. Le cogió las manos y la animó a continuar.

—Siga, madre...

—Pronto empezaron las palizas, primero de vez en cuando, después, a diario. Un día porque le parecía retraída en demasía, al siguiente, porque alguien me había mirado y algo habría hecho yo para incitarlo, otro... porque la leche tenía un regusto agrio. Daba igual el motivo. Siempre estaba marcada. Me daba vergüenza que me vieran así y dejé de salir a la calle, mientras él se exhibía por el pueblo como un pavo real. Nadie le quería; todos le odiaban y le temían... No sé qué le pasó, Germán... no sé a qué vino tanta maldad.

Angelines sollozaba. Los gemidos y las convulsiones que rítmicamente la



sacudían hacían ininteligible sus palabras.

—Déjelo madre, déjelo. Ya basta...

—No, Germán, no. Quiero que lo sepas todo. Al menos lo que yo sé. Se cometieron muchos desmanes en la guerra. No sé quién mató al padre de la Marina. Solo que una mañana desapareció. Yo pensé que se habría escondido porque a su padre lo fusilaron por rojo, pero al poco lo encontraron muerto. No sé si tu padre lo mandó matar o fue él quien disparó el arma que acabó con su vida. Tanto me da, porque de lo que sí estoy segura es de que algo tuvo que ver con esa muerte. Eso sí lo sé.

El rostro de Germán reflejaba el mayor de los desconsuelos. Aquella revelación, tan heladora como el viento que esa noche se colaba por las rendijas, acababa con el último atisbo de esperanza que aún le quedaba.

—¿Y qué voy a hacer ahora, madre? —alcanzó a decir con la voz enronquecida por el llanto.

## LA PRIMAVERA DE AQUEL INVIERNO

*Primavera de 1940*

**N**evó todo el mes de febrero y parte del de marzo. Una espesa cortina blanca se colgó del cielo por San Blas y, hasta una semana antes del Domingo de Ramos, apenas se pudo ver a más de un metro de distancia. La nieve se amontonaba en las calles dificultando la vida cotidiana. Se suspendieron el catecismo y las clases escolares, las misas y los rosarios, incluso los plenos municipales. Solamente los funerales se oficiaban de prisa y corriendo y más de un cuerpo quedó sin enterrar a la espera de que el tiempo mejorara. Nadie bajaba a las viñas, que permanecían cubiertas por un denso manto. «La nieve es negra», se lamentaban los jornaleros aludiendo a la falta de ingresos.

Apenas se veía un alma en la calle, los vecinos evitaban salir y, cuando no les quedaba otro remedio, lo hacían envueltos en chales y mantas, lo que dificultaba aún más sus movimientos. Como muñecos articulados, agitaban brazos y piernas intentando mantener el equilibrio en la nieve.

Los días transcurrían monótonos frente al fuego. Los hombres se reunían a jugar a las cartas, mientras las mujeres tejían y destejían el mismo ovillo de lana mil veces manoseado.

Lo que el año anterior había sido una bufanda para el hijo mayor, se convertía entre sus ágiles dedos en un jersey para el pequeño. Y, de fondo, el soniquete ronco de los abuelos, que, invierno tras invierno, contaban las mismas historias. Algunos hombres pasaban las horas mano sobre mano con la mirada perdida en el fuego. Aunque se evitaba hablar de la guerra, las heridas seguían abiertas.

Sin embargo, eran muchos los que salían a divertirse en la ciudad. Varios militares acompañados por sus esposas, o novias, y lo más granado de la sociedad vitoriana acudían por las noches a las salas de fiesta a bailar al son de los ritmos de actualidad. A Severino lo habían contratado de jueves a domingo para tocar en una orquesta.

Entre tanta gente elegante y bien comida, era fácil olvidarse de los que habían quedado en el pueblo. Deslumbrado por el lujo, la alegría de vivir y la indiferencia con que aquellos hombres y mujeres deslizaban cuantiosas propinas en los bolsillos de los músicos, se le hacía muy cuesta arriba volver al pueblo los lunes. Con el pretexto de ahorrar el dinero del viaje, empezó a quedarse en casa de un compañero. Fue la primera vez que Paulina se hizo cargo ella sola de la herrería.

Allí dentro hacía calor, el fuego siempre estaba encendido. Paulina y su familia pasaban el día a su amparo. Habían construido un rudimentario trébede sobre el que ponían a hervir el puchero y así no tenían que moverse de la fragua. Solo cuando el sol se ocultaba, subían con esfuerzo la cuesta de la iglesia para llegar hasta el comienzo de la calle Santa Engracia, junto a la puerta de San Antonio, donde vivían.

A veces bajaba Pilar con su hijo y les echaba una mano. También la madre de Paulina ayudaba. Las tres mujeres trabajaban a buen ritmo. Mientras Lucía y Gregorio jugaban con una pelota de trapo y Sofía, un año menor, dormitaba en una improvisada cuna junto al fuego, ellas herraban monturas, afilaban azadas o remendaban ollas y cucharones. Las dos amigas esperaban un nuevo hijo para el final del verano. Hasta ahora, mal que bien, Paulina se las arreglaba, pero no estaba segura de poder continuar cuando le creciera la tripa.

A Paulina le preocupaba su amiga. Desde que dieron tierra a Genaro, encaró la vida sin una lágrima, aunque sabía que el gesto áspero que la desdicha había cincelado en sus labios y el destello de rencor que le reconocía en la mirada eran indicios del odio que intentaba ocultar a los suyos.

Llegó la Semana Santa y las dos mujeres asistieron a los oficios religiosos. Había para ellas un momento de especial emoción, cuando el Viernes Santo, a las nueve de la noche, en medio de un silencio sepulcral, los

cofrades cubiertos con túnicas negras ascendían a la cruz para desenclavar las manos y los pies de la fabulosa imagen del Cristo yacente e introducirlo, con infinita ternura, como si de un ser humano se tratara, en el féretro.

Cogidas del brazo, con los ojos cubiertos de lágrimas, Paulina y Pilar asistían al acto. Era la primera Semana Santa tras la guerra. La primera sin Genaro. La visión de las autoridades, entre las que se encontraban el alcalde, el párroco, el capitán de la Guardia Civil y *el Rubio*, endureció el gesto de Pilar. No los había visto desde lo de su esposo.

Paulina quiso llevársela de allí.

—Vámonos a casa.

—No —respondió Pilar lacónica.

Severino subió al pueblo por esas fechas. Paulina se alegró de tenerlo en casa pero, sobre todo, se sintió aliviada porque, esta vez sí, traía dinero. El del último trabajo que entregó se le había escurrido entre los dedos en medio de una fuerte nevada. A pesar de que hizo y deshizo varias veces el camino, las monedas no aparecieron. Había llorado con amargura, había maldecido su suerte, se había sentido el ser más desgraciado de la creación, pero todo ese abatimiento apenas duró unas horas. Su naturaleza alegre y optimista le hacía superar los reveses de la vida.

El sol de abril se había llevado la nieve de las calles. Los viejos se acercaban a la barbacana, a calentar sus frágiles huesos al socaire del viento, mientras los hombres bajaban a las viñas, a comprobar los estragos que la nieve había causado, y los niños volvían a alborotar las calles a la salida de la escuela. Apenas había trabajo en la herrería y Paulina decidió unirse al grupo de mujeres que, como lagartos ennegrecidos, ofrecían su espalda al sol. Esperaba encontrar allí a su amiga.

—Ha bajado a la viña, quería ver cómo estaba aquello —le informó su madre.

—¿A dónde ha ido?

—A Carravalseca.

Casi era la hora de volver, pero animada por el buen tiempo, Paulina se puso en camino. No estaba lejos la viña, media hora escasa si aligeraba el paso. Calculó que aún quedaban dos horas de luz. Le sentaría bien estirar las piernas y volvería con su amiga.

A pie o subidos en los mulos, los hombres regresaban del campo.

—¿Dónde vas tan tarde?

Era Eustaquio, su vecino. Venía por la carretera tirando del macho que cargaba a su hija, una adolescente con la cara plagada de granos.

—Voy en busca de la Pilar, que ha bajado a la viña.

—No te distraigas, que pronto caerá la noche.

—Aún queda un buen rato.

—Con Dios —se despidió Eustaquio.

—Con Dios —respondió Paulina.

Abandonó la carretera y se internó en un camino de piedras, allí se cruzó con dos vecinos más. También a ellos les informó que buscaba a la Pilar y les preguntó si se habían cruzado con ella. No la habían visto.

El sol hacía brillar las piedras del empinado ribazo. Un sonido casi imperceptible le hizo detenerse. Aguzó el oído. No vio nada. Un pájaro, quizá una liebre, pensó. Pero aun así, bajó cuidando de no hacer rodar las piedras que pisaba.

Al abrigo del camino, en un recodo medio oculto, un pedrusco iluminado por el sol lanzaba destellos rojizos. Se acercó a mirarlo y, unos metros más allá, vio a su amiga en el suelo. Había un hombre sobre ella. Su primer impulso fue gritar, pero se dio cuenta de que nadie la oiría. La suerte de las dos dependía de ella.

Buscó la piedra más grande y, con ella en la mano, continuó bajando sigilosa. Ya estaba cerca, Pilar tenía la mirada extraviada, parecía una demente. Ni siquiera se resistía.

Algo debió de sentir el hombre, porque giró el cuello hasta encontrarla. Paulina distinguió sus ojos vidriosos, su gesto burlón y también el terror en su mirada cuando, de un manotazo certero, su amiga alejó la pistola que él había dejado a su lado. No le costó reconocerlo: era *el Rubio*.

Su furia de campesina sometida durante generaciones emergió sin control. Con una fuerza sobrehumana le golpeó la cara con la piedra. El hombre cayó de lado, Pilar se levantó.

—Quita Paulina —le dijo apartándola, mientras le arrebatava la piedra—. Este asunto es mío.

*El Rubio* se ahogaba suplicando clemencia. No la tuvo. Le golpeó hasta

que, exhausta, sudorosa y ya sin aliento, cayó de bruces sobre la tierra negra, empapada de sangre.

Los ojos de Paulina volaban del rostro de su amiga al cuerpo desmadejado del *Rubio*, que, con el cuello dislocado, las manos inermes y la pierna derecha encogida en una postura imposible, parecía un espantajo caído de su palo.

—Lo hemos matado —murmuró.

—No, Paulina, no. Lo he matado yo. No lo olvides nunca. He sido yo quien lo ha matado. Ahora iré a entregarme.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? ¿Es que piensas arruinar tu vida por este miserable? ¡Apañadas estamos si su muerte nos trae más desgracias!

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—No sé, déjame pensar... No diremos nada. Nadie nos ha visto. Dejaremos que todos crean que se ha despeñado. Rápido, Pilar, que pronto caerá la noche: vamos a remover la tierra para ocultar la sangre. Después lo arrastraremos hasta la loma más escarpada y allí lo dejaremos, boca abajo, como si se hubiera caído y se hubiera golpeado con las piedras.

Solo la luna grande y serena fue testigo de las fatigas de aquellas dos mujeres, preñadas las dos, para cargar con el cuerpo del *Rubio* y dejarlo bajo el cerro más agreste junto a las piedras teñidas con su sangre.

—Quizá pierda la criatura —dijo Pilar.

—Quizá la perdamos las dos —contestó Paulina—. Hemos hecho lo que teníamos que hacer —añadió.

—No siento nada. No me remuerde la conciencia —musitó Pilar.

—Ni a mí. Vamos a casa.

Paulina sujetó a su amiga por la cintura y, en silencio, siguiendo la estela que la luna les marcaba, llegaron al pueblo.

Era ya noche cerrada cuando sucias y ensangrentadas entraron por la puerta de Santa Engracia. Eustaquio y un primo de la Paulina, alarmados por la tardanza, bajaban a buscarlas.

Los tranquilizó:

—¡*Cojona*, lo que nos ha costado llegar! Esta, que se ha caído y no podía andar.

Y, como viera que los dos hombres las miraban horrorizados, Paulina continuó:

—¡Bah! La sangre, que es muy escandalosa. Es menos de lo que parece. Ahora ya estamos en casa y podremos curarnos las heridas. Hala, todos a dormir que ya es hora.

A ninguna de las dos les pasó desapercibida la sonrisa maliciosa de Eustaquio. Paulina se volvió hacia él y, encarándolo, continuó:

—Solo somos dos mujeres, Eustaquio.

## CARÁMBANOS EN EL ALMA

*Primavera de 1940*

**D**esde que Genaro murió, odiaba el sol, la luz, el calor... Hubiera deseado que no amaneciera nunca, que los días fueran oscuros y nevara siempre. Quería que el viento aullara en los cantones atemorizando a los viejos, que se santiguarían presurosos al confundirlo con el lamento de las ánimas del purgatorio. Que una niebla tupida y lechosa envolviera el pueblo, hasta convertirlo en un lugar tan sombrío como su alma.

Aborrecía la primavera con su estallido de vida, el sol que derretía la nieve y calentaba la tierra preparándola para una nueva cosecha; los rostros alegres de la gente, su parloteo desmedido, la risa insulsa de los jóvenes enamorados, el gesto atento de los esposos. Todo la atormentaba. En su alma helaba cada día.

Nada delataba la hondura de su pena. Nadie imaginaba que su corazón era un risco seco en el que ni las malas hierbas crecían. Saludaba con una media sonrisa, hasta participaba de alguna conversación. Lo normal en sus circunstancias; nadie esperaba que recién enviudada estuviera de humor para chácharas. El día se le iba en cuidar a su hijo, tejía y cosía para él, lo lavaba y perfumaba y se habría muerto de hambre antes de permitir que algo le faltara. Los suyos se cuidaban entre ellos, pero a veces era tal la desesperación con que lo abrazaba, que el pequeño rompía a llorar asustado.

El instante de más que Paulina se demoraba al mirarla, el gesto grave que sombreaba después su rostro, eran indicios de que su amiga intuía el calado de su pena. Pero tanto le daba. No iba a dejarla entrar en sus emociones. Cada vez que tocaba el tema, ella lo zanjaba rápidamente:



—No quiero hablar de esto, Paulina, tengo un hijo y otro en camino, voy a tirar *palante*. No te preocupes.

Salió de casa con su madre y el mocete y atravesaron las murallas por la puerta de Mercadal, con idea de bajar a las viñas. Temía que, tras las nevadas, los primeros pámpanos, que ya habían brotado, no llegaran a florecer. El italiano se había ofrecido para labrar la tierra, pero ahora quería bajar sola.

Un grupito de abuelas tomaba el sol en la barbacana. Allí se despidió de su madre y del niño. Estuvo a punto de volver sobre sus pasos para buscar a su amiga, pero siguió adelante. Con Paulina cerca todo era mejor, pero desde que Severino estaba en Vitoria tenía mucha faena. Pasó por delante de la casa del *Rubio*, una construcción de cemento de una planta con un huerto trasero, fuera ya de las murallas. La puerta estaba abierta, no miró, clavó los ojos en el suelo y siguió su camino. Sentía la sangre abrasándole las venas, todo le daba vueltas, sudaba. Respiró hondo y aligeró el paso. Solo le faltaba caer desvanecida frente a la casa del asesino de su marido.

Enfiló la carretera de Logroño y entró en un bosque de carrasco, sentía la tibieza del sol en la espalda, el viento en la cara. Se quitó las alpargatas y caminó descalza como cuando era niña y la tierra se fundía entre sus dedos. Se agachó después sobre los matojos y aspiró el aroma del campo al atardecer. Un torrente de lágrimas amansadas por una repentina sensación de bienestar le rodó por la cara.

Por primera vez desde lo de Genaro, se sentía ligera, casi alegre. La angustia que le oprimía el pecho había desaparecido. Cerca de la laguna, una familia conocida recogía los aperos de labranza y los cargaba en el burro para volver a casa. Se paró a saludarlos. Láminas de oro cabeceaban sobre las aguas tranquilas. Sonrió.

Con mucho cuidado comenzó a bajar la empinada cuesta, el suelo pedregoso podía jugarle una mala pasada. Iba tan pendiente de no caerse, que apenas se dio cuenta de los guijarros que pasaban rodando a su lado. Solo cuando una piedra le golpeó el tobillo, volvió la vista atrás. Un hombre descendía corriendo desde lo alto del cerro. También ella corrió, pero no fue suficiente. Un instante después, sintió su brazo sujetándola por la cintura. Rodaron juntos. El causante de su desdicha, el hombre que mató a su marido, venía ahora a llevarse lo poco que le quedaba.

Quedó tendida a unos centímetros de él, podía escuchar su respiración ronca, entrecortada, sentir su aliento pestilente. Las manos del *Rubio*, rojas y brillantes, cubiertas de cicatrices, le estrujaban los senos. Estaba aterrada, pero no se movió, hizo acopio de toda su sangre fría y permaneció quieta.

«Ya sabía yo que no ibas a resistirte. ¿Te crees que no me he dado cuenta que estás pidiendo un hombre a gritos? Ya verás, ya, qué buen rato vamos a pasar. Seguro que el necio de tu marido nunca te hizo gozar. Eres tú mucha hembra para conformarte con cualquier cosa... Tienes cara de viciosa y eso me vuelve loco...»

Su bigote de puercoespín se le clavaba en los labios. Las mejillas se le humedecieron con sus babas. Pensó que iba a vomitar. Aquellas manos violáceas, deformadas por antiguas quemaduras, comenzaron a recorrerle los muslos. Quería gritar, matar, pero continuó inmóvil. Contuvo el aliento y las arcadas, dejándose llevar por su instinto de supervivencia, y esperó el momento de defenderse.

*El Rubio* resoplaba. Sus ojos saltones de color azul metálico, salpicados de venas rojizas, parecían a punto de estallar. Por fin se confió. Aturullado, se entretuvo un instante de más al intentar soltar la cuerda que amarraba sus pantalones. Libre de la presión de sus manos, Pilar le golpeó con la rodilla en el estómago.

—¡Perra, ahora te vas a enterar! —gritó rojo de furia.

Se apretó aún más contra ella impidiéndole moverse; con una mano se sujetaba la parte dolorida, mientras hundía la otra en el bolsillo de la chaqueta, de donde sacó una pistola negra, con la que le apretó la sien.

—Tira *pa'rriba*, roja asquerosa, cuando acabe contigo se te van a quitar las ganas de vivir.

La arrastró del pelo hasta un recodo del camino sin dejar de apuntarla con el arma.

Era el fin, quizá aquella fuera la misma pistola que mató a Genaro. Por Dios, que dispare ya... Pero sabía que no iba a hacerlo, primero la vejaría y después... Quién sabe.

Apaleada, rendida, ultrajada, la desgracia se ensañaba con ella. ¿Por qué con ella y los suyos? Pensó en sus hijos: aquel niño risueño, que apenas llegaría a conocer a sus padres, y en el que llevaba en las entrañas y que se

iría con ella. ¡Estaba tan cansada! No le quedaban fuerzas para luchar. Solo quería descansar. Rogaba a Dios que aquello acabara pronto.

El sol se apagó; una sombra alargada se interpuso en su camino, quizá fuera una alucinación. Nunca, el resto de su vida, olvidaría la imagen de Paulina, que, como una guerrera antigua y poderosa, levantaba una gran piedra sobre la cabeza del *Rubio*.

Las campanas tocaban a difunto. El duelo, compuesto por media docena de autoridades, algún vecino y unos primos llegados nadie sabía de dónde, caminaba tras el cajón mortuario. Portones y ventanas permanecían cerrados a su paso. En la sede de la Falange ondeaba un crespón negro. Pilar lo sintió pasar desde su cama.

«Ahí va tu asesino, Genaro. Demasiado tarde, amor mío. Si yo hubiera sabido lo fácil que era...».

Quiso llorar, pero no le quedaban lágrimas. Buscó una pizca de remordimiento, tampoco tenía. Pero encontró una rabia ácida como la bilis que le quemaba la garganta; y la determinación feroz e inquebrantable de proteger a los suyos: haría lo imposible por retener en su vientre al hijo que llevaba. Curaría las heridas. Cerraría cicatrices. Quizá volvería a reír algún día. Pero, ahora, el invierno caía de nuevo en su corazón.

## EL ALCALDE LLAMA A PAULINA

*Primavera de 1940*

**N**o había transcurrido una semana desde que enterraron al *Rubio* cuando el alcalde la mandó llamar.

—Paulina... Paulina... ¿Estás ahí? —gritó el alguacil, asomando la cabeza por la puerta de la herrería.

—No, señor, hace un rato que se ha marchado —le respondió uno de sus hijos.

—¿Sabes a dónde ha ido?

—Creo que a llevar un encargo y a casa de la Pilar.

—Pues ya no la busco más —resopló secándose el sudor—. Dile que el alcalde quiere verla y que se dé prisa, que la está esperando.

Francisco salió corriendo de la herrería para llevarle el recado.

—Señora Pilar, señora Pilar... ¿está mi madre? —vociferaba el muchacho mientras subía de dos en dos las escaleras de la vivienda.

Fue la propia Paulina quien, alarmada por los gritos, le abrió la puerta. Al verlo llegar, nervioso y sofocado, pensó que algo terrible había sucedido.

—¡Ay, Dios mío! ¡Tus hermanos!

—¿Qué dice usted de mis hermanos, madre? Vengo a avisarle para que vaya a escape al ayuntamiento, que el alcalde la está esperando.

Paulina suspiró aliviada. Si los suyos estaban bien, ella podía con todo, incluso con que la autoridad la mandara llamar después de lo que había pasado.

Despidió a su hijo con un sonoro beso en la mejilla, que Francisco recibió triunfante, en justo pago a su valor de mensajero, y entró en la habitación de su

amiga.

—Atiende, Pilar, tengo que irme, el alcalde me llama. No sé qué querrá, pero como sea lo que imagino... voy a jurar que no sé nada. Nadie puede decir otra cosa, porque nadie más estaba allí. Solo tú y yo sabemos lo que pasó. No lo olvides nunca: por mucho que quieran enredarnos, nadie nos vio. Yo confío en ti y sé que tú confías en mí. Nunca, Pilar, nunca más debemos volver a hablar de «aquello». Será nuestro secreto. Vamos a jurarlo ahora.

—El secreto que nos llevaremos a la tumba —murmuró Pilar.

—El que morirá con nosotras... ¿Pero qué haces? ¿Por qué te levantas? Vuelve a la cama.

—No. Ven conmigo.

—Por Dios, Pilar.

—Sí, por él vamos a jurar, aunque ya no quiera oírme.

—No digas eso.

En la entrada a la casa, sobre una hornacina, reposaba una imagen del Sagrado Corazón. Arrodilladas frente a él, Pilar comenzó a hablar:

—Solo somos dos mujeres, pero, como dicen que te entiendes mejor con los más humildes... Aunque a mí bien que me diste la espalda, cuando aquello...

—Pilar, por Dios. Estás blasfemando —resopló Paulina horrorizada.

—Déjame, déjame acabar lo que tengo que decir. Dos mujeres que han matado para proteger su vida y la de los suyos. De sobra sé que la Ley de Dios dice que matar es pecado y que quien lo haga arderá en el infierno, pero... ¿por qué no dice que también se condenarán quienes destrozan la vida de sus semejantes? Sabes bien que no estamos orgullosas de lo que hicimos, pero ya no hay remedio. ¿O querías que aquel desgraciado hubiera hecho conmigo lo que le viniera en gana y me diera un tiro después? ¿Tenía que consentir que el hijo que llevo en el vientre muriera? ¿No te parece que ya tuve bastante con lo de mi marido? Yo no dejaba de suplicar y tú... tú no me escuchaste. Si entonces hubiera sabido lo sencillo que es... —Pilar se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar bajito; Paulina quiso consolarla, pero su amiga la detuvo con un enérgico movimiento. Después, con los ojos aún llenos de lágrimas y una extraña autoridad en la voz, continuó—. No te muevas, que aún no he terminado. Por una vez en mi vida voy a decir lo que pienso: nunca,

nunca más volveré a confiar en la justicia divina. Jamás dejaré nada en sus manos. De ahora en adelante seré yo quien cuide de los míos y pobre de quien intente hacerles daño, porque no tendré piedad, como no la tuvieron conmigo.

—Calla, Pilar, calla. No quiero seguir escuchando tus desatinos, te vas a condenar —exclamó su amiga, blanca como la pared.

—Está bien, ya me callo, ya —susurró Pilar con la voz estrangulada por la emoción. Hizo una pausa, se aclaró la garganta y continuó—. Juro que jamás saldrá de mis labios una palabra de lo que pasó.

—Yo también lo juro, y ahora vuelve a la cama, que tengo que irme.

Pilar se tambaleó al incorporarse, el esfuerzo y la emoción habían acabado con las pocas fuerzas que le quedaban. Su amiga la ayudó a acostarse.

—Quédate tranquilica, que enseguida vendrá tu madre y te traerá al mocete. Luego pasaré yo —le dijo a modo de despedida.

Caminaba deprisa, no quería irritar al alcalde, que debía de llevar un buen rato esperándola. Intuía que su llamada tenía que ver con la muerte del *Rubio*. «Ni aunque me torturen hablaré», pensaba. Recordaba después las palabras de su amiga y se estremecía. No estaba bien la Pilar, pero que nada bien. Quizá estuviera perdiendo la razón. ¿Cómo si no había podido decir aquella sarta de barbaridades? Nadie mejor que ella sabía lo buena que era su amiga, aunque, bien mirado, y con todo lo que llevaba encima, era normal que a veces se le nublara el juicio.

—Aligera, que lleva más de una hora esperando y está de un humor de perros —le dijo el alguacil al verla.

—¡Hombre! ¡Por fin! ¡Si se ha dignado aparecer! ¿Acaso estabas esperando a que te mandara la Guardia Real? —atronó el alcalde.

No contestó, se sentía cohibida ante aquel par de ojos que la escrutaban de arriba abajo.

—¿Se puede saber dónde estabas?

—En mis cosas —respondió recobrando su aplomo habitual.

—No tientes a la suerte, herrera, y procura no tocarme los cojones. ¿A dónde ibas la semana pasada, casi anocheciendo?

—No sé cuándo dices...

—La noche que desapareció *el Rubio*.

Se lo había contado alguien, alguien que la había visto cuando buscaba a la

Pilar. Tenía que mantener la calma, seguir mostrando la impertinencia de siempre. Que ni un solo músculo la delatara. No iba a dejarse amedrentar. «Nadie nos ha visto, recuérdalo, Paulina. No sabe nada, está dando palos de ciego», se repetía mentalmente.

—A dar un paseo.

—¿Un paseo...? ¿Desde cuándo las mujeres como tú pasean?

—Ya ves, desde que me ha dado por ahí.

El alcalde dio un manotazo en la mesa y resopló furioso.

—No me tientes... No me tientes, herrera... Que te meto en la cárcel y te dejo allí hasta que te pudras ¿Qué sabes tú de lo que le pasó al *Rubio*? — prosiguió, airado, el alcalde.

—¿Qué tengo yo que ver con ese? —protestó, mostrándose repentinamente agraviada.

Otra vez la mirada del alcalde recorriéndola de arriba abajo y aquella flojera en las piernas, como si se negaran a sujetarla...

—Para eso estás aquí, para que me lo expliques, y como oiga una impertinencia más... Aunque la culpa de todo la tiene tu marido, que no te supo domar a tiempo.

Un mohín abatido le cruzó la boca, mientras pensaba con rapidez: «Solo es un farol que ha lanzado para asustarte. Tranquila, esconde las manos que ya te empiezan a sudar y muérdete el labio por dentro, no sea que le dé por temblar».

—Siempre igual, siempre somos los pobres los que tenemos que pagar por todo. ¿Qué tengo yo que ver con que un mandamás, que medía medio metro más que yo, me doblaba en el peso y llevaba pistola, haya aparecido despeñado en un camino...?

—No me fío de ti. Cuando Genaro desapareció, viniste a pedirme, qué digo a pedirme, a ordenarme que lo buscara, y la tarde anterior a que encontraran el cadáver del *Rubio* te vieron merodear por allí. ¿Qué coño estabas haciendo tan lejos de tus tierras?

Paulina bajó la vista para que el alcalde no viera el terror que comenzaba a dibujarse en su mirada. «Estoy perdida», pensó.

—Yo no he hecho nada malo. Por mi vida te juro que soy inocente. Llévame presa si quieres, pero has de saber que, si lo haces, estás condenando

a mis dos hijos y a este que llevo en la tripa —dijo poniéndose las manos en el vientre.

El alcalde volvió a mirarla de arriba abajo, como si sopesara la situación, Paulina atisbo el desconcierto en su mirada.

—Conozco a tu marido desde que éramos mocetes y también traté a su padre, y, aunque eres una descarada, sé que sois buena gente. Así que, por esta vez, no voy a dar parte a la Guardia Civil, pero ándate con ojo que no te voy a perder de vista. Y para que se te vayan bajando los humos, vas a limpiar la iglesia y las escuelas hasta que a mí me dé la gana. A ver si, arrodillada, te entra un poquito de humildad. Y quítate de mi vista, no sea que me arrepienta.

«Parece que el alcalde no encontraba criada», pensó, mientras salía del ayuntamiento con una sonrisa de alivio.

Pilar la esperaba con su hijo en brazos. También estaba su madre. Cuando esta abandonó la habitación, Paulina contó a su amiga de forma atropellada la conversación que había tenido con el alcalde, obviando el castigo impuesto.

—Ya está, Pilar, todo arreglado. Ahora a descansar.

—¿Y tú, Paulina?

—Yo estoy bien, yo... a seguir con la vida y a esperar que llegue el mocete.

Cuando las amigas se separaron, Pilar abrazó a su hijo. Ante ella se abría un horizonte incierto que tendría que recorrer cargada de rabia y dolor. Se sentía abrumada. Paulina corrió a su casa para poner al fuego una cazuela de patatas; estaba aliviada por poder volver a su vida de trabajo y privaciones y recordó, apesadumbrada, que ahora tenía otra obligación más. No le iban a bastar las horas del día para cumplir con todas, pero, de momento, no pensaba decírselo a Pilar.

Ninguna había echado cuentas con Dios. No las necesitaban. Estaban en paz. Habían hecho lo que tenían que hacer. Ahora solo quedaba olvidar.



## LAS CARBONERAS DE LA SIERRA DE CANTABRIA

1922

Nadie llegó a saber en el pueblo que *el Rubio* era aquel niño regordete de sonrisa franca y rizos alborotados que venía con las carboneras. El mismo al que la madre de Pilar cuidaba en su casa, mientras Adela, su madre, vendía la carga. Si alguien lo hubiera reconocido, si alguna vecina le hubiera hablado de la persona a la que veneró, si el tiempo le hubiera conservado en la memoria un vestigio de la devoción que las carboneras le tuvieron, su corazón se hubiera fundido bajo la capa de ternura reseca que ocultaba y su vida y la de Pilar hubieran sido diferentes.

Aunque hacer carbón era cosa de hombres, eran las mujeres las que lo llevaban a vender al otro lado de la sierra. Solas o en grupo, atravesaban el puerto de La Herrera por pasos estrechos y empinados, acompañadas del animal que transportaba la carga. Antes de cumplir diez años, las niñas ya hacían el viaje desde su pueblo, allá en la montaña, hasta Laguardia, Elciego o Cenicero.

Cubiertas con mantones y toquillas en invierno, rebozadas en hules si llovía, las carboneras cruzaban la sierra subiendo lomas, bordeando barrancos y veredas, siempre a oscuras. Para el camino, un trozo de pan y una onza de chocolate.

Salían a las cuatro de la mañana y caminaban cuatro o cinco horas agarradas a la cola del animal, que las guiaba en la oscuridad. En una época en la que las velas y los candiles eran considerados artículos de lujo, la luna era su principal aliada.

Después de vender la carga, compraban pan, aceite, cambiaban tocino por

vino y, de cuándo en cuándo, un retal para hacerse un vestido o unas medias que estrenarían por Pascua. Después, volvían a casa ligeras y alegres. En el camino había risas y se cantaban jotas.

Adela cruzó por primera vez la sierra a los diez años. Entonces vendía el carbón de su padre; apenas cinco años después, el de su esposo.

—¡Carbóon, carbón de encinaaa...! —pregonaba por las calles.

—Sube, Adela, hoy no te voy a comprar, que aún tengo, pero sube a calentarte y dar de mamar al mocete.

Era tal el desamparo que la muchacha transmitía que muchas de sus clientas la invitaban a sentarse junto al fuego y le daban un trozo de pan untado en arropo, un tazón de leche caliente o un plato de sopa.

Adela era menuda, con los ojos de un azul tan intenso como el cielo de verano tras una tarde de tormenta. La timidez se le reflejaba en el rostro cuando sonreía, llevaba el pelo cubierto por un pañuelo oscuro del que escapaban algunos rizos dorados y siempre terminaba con la cara tiznada de negro. Parecía una niña traviesa que en cualquier momento fuera a salir corriendo a jugar al filochó. Pero hacía mucho tiempo que Adela había dejado los juegos infantiles. A pesar de su aspecto aniñado y de no haber cumplido aún los diecisiete, cargaba un hijo a la espalda.

Huérfana de madre, mal casada por su padre, sin cumplir los quince, con un hombre poco dado a mostrar afecto, estuvo a punto de morir de sobreparto. Solo la intervención *in extremis* de la vecina, que logró detener la hemorragia, lo evitó. Pero no pudo tener más hijos. Aquel angelote sonrosado de mirada transparente y pelo como el trigo maduro se quedó en hijo único.

Su marido no se lo perdonó. Era un hombre resentido de nacimiento y mezquino por convicción, que deseaba muchos hijos varones para cuidar de sus carboneras y dos o tres mujeres para vender el carbón. A partir de ese día, se volvió más arisco aún.

En aquellos montes, donde todo olía a humo y las cabañas se construían con ramas de encinas y techos de boj, tenía el marido de Adela sus carboneras. Para atenderlas y evitar que por descuido ardieran, pasaba semanas sin bajar al pueblo. Ella le llevaba comida y ropa limpia cuando no estaba cruzando los montes.

Adela era feliz lejos de su esposo. Con el bebé colgado a la espalda, subía

y bajaba las peñas agarrada al animal. Su pequeño era la alegría de las carboneras que celebraban cada diente, cada sonrisa, cada palabra que pronunciaba. Y así, entre el terror al padre y los mimos y la ternura de la madre y sus compañeras, el niño cumplió seis años.

Diciembre avanzaba y no dejaba de nevar. Era imposible cruzar la sierra. La rabia del marido aumentaba al ver cómo se acumulaba el carbón. El día anterior, mientras ella ponía sobre la mesa un puchero de comida, él había estampado de un manotazo la marmita contra la pared, dejándolo todo sembrado de alubias.

Su hijo la miró aterrado, Adela lo protegió tras ella.

—De ahora en adelante, el que quiera comer tendrá que ganarse el sustento. Vagos... sinvergüenzas... —atronó furioso.

Esa noche, cuando el hambre ya roía sus tripas y las de su hijo, la vecina les trajo una jarra de leche caliente y un pedazo de pan.

Al día siguiente, su furia los alcanzó mientras dormitaban junto al fuego. Quieto frente a ellos, los desafió con la mirada, mientras se abría el pantalón y orinaba en la lumbre.

—¿Se está bien al calor, verdad? Pues, hala, a correr a la calle a calentarse.

No pronunció más palabras. Retó a Adela con la mirada, mientras se abotonaba la bragueta, y salió de la habitación dejando tras él una estela de humo y pavor.

En casa de la carbonera no había carbón. Adela llevó al niño donde la vecina para que durmiera con sus hijos, se arrebujó en mantas y chales y, después de hartarse a llorar, se quedó dormida apoyada en la mesa de la cocina. Cuando despertó, había dejado de nevar.

Era el veinte de diciembre. Si el tiempo seguía mejorando, saldría la madrugada del veintitrés y estaría de vuelta para Noche Buena. Entonces los pasos ya estarían despejados. Llevaría el doble de cargas, que a buen seguro vendería. A su marido se le pasaría el enfado y, durante un tiempo, los dejaría tranquilos.

De nada sirvieron las súplicas de sus compañeras para que desistiera del intento. Estaba segura de lograrlo; además, necesitaba congraciarse con su verdugo.

Salieron a buscarla el 27 por la mañana. Pensaron que alguien la habría recogido en su casa por Noche Buena, porque había vuelto a nevar, pero, cuando el 26 no regresó, sus compañeras se alarmaron. Hicieron el camino hasta Laguardia. Allí no había llegado.

El peso de la fatalidad cayó sobre ellas. Subieron por las mismas peñas que habían trepado juntas, coronaron los mismos collados, cruzaron los mismos pasos, pero no hallaron su rastro.

El día de Reyes, las mujeres decidieron separarse de los hombres. Al llegar al arroyo donde tantas veces se habían refrescado, iniciaron el descenso por Bernedo y, allí, al fondo del barranco, arropada por el manto blanco de la nieve, la vieron. Acurrucado junto a ella, como si quisiera darle calor, yacía el animal que la acompañaba. Se había desviado del camino a Lagrán con la intención de llegar a Logroño.

No pudieron recuperar el cuerpo hasta que el sol fundió la nieve y los hombres, atados con cuerdas, consiguieron bajar a buscarla. El frío le había conservado el gesto añorado. La llevaron al pueblo y la velaron un día con su noche. Al siguiente, se ofició un funeral al que acudieron todos los vecinos. Sus compañeras, las carboneras de la Sierra de Cantabria, la despidieron con una jota.

Aunque cubierta de maleza, en su lápida aún puede leerse:

Adela Apellaniz Bujanda  
Carbonera  
1900 - 1922

## EL HIJO DE LA CARBONERA

*Abril de 1940*

¿Quién era aquella mujer que lo miraba desafiante con una piedra sobre su cabeza? ¿No iría a...? No. No se atrevería, solo era una mujer. Aunque no podía negar que tenía valor. También ella lo pagaría caro. Con él no se jugaba. Sus labios esbozaron una sonrisa maliciosa. La siguió mirando sin pestañear, mientras su mano derecha se deslizaba rápida buscando la pistola. La había rozado con los dedos cuando la pelirroja la apartó de un manotazo. Quiso levantarse, pero, antes de que pudiera hacerlo, la piedra se estrelló contra su cabeza. Sin creer aún lo que estaba sucediendo, se pasó la mano por la frente y comprobó horrorizado que tenía los dedos manchados de sangre, la misma sangre espesa y caliente que ya le resbalaba por la cara.

Se asustó: aquella puerca mal nacida era capaz de matarlo. Tenía que ablandarle el corazón, convencerla de que no era lo que pensaba...

—¡Para, por Dios, para, que no iba a hacerle nada! Te juro que... era solo una broma. ¡Para... que yo también tengo un mocete! ¡No me lo dejes huérfano! ¡Por Dios te lo pido! ¡Para!

Creyó distinguir una pizca de compasión en su mirada, por un instante se sintió a salvo. Intentó ponerse en pie, pero otro golpe, que sonó como una nuez al cascarse, le dio de lleno en un ojo. Se le nubló la vista, cayó como un fardo.

«Es el fin», pensó mientras se agitaba en el suelo, incapaz de dominar los temblores que le sacudían.

La sangre le manaba a borbotones. El horror se reflejaba en sus ojos, tan abiertos que parecían a punto de escapar de las órbitas. Poco a poco, la mueca

de espanto comenzó a desdibujarse de su rostro. Los músculos se relajaron. Desapareció el pánico de su mirada, sus labios dibujaron una sonrisa simplona, como de niño.

Volvía a ver amanecer en la sierra, como cuando era pequeño y caminaba con las carboneras entre las peñas. De vez en cuando, un ruido a su espalda le hacía girar la cabeza, pero no tenía miedo. Su madre le tendía la mano. Se agarró a ella y la miró confiado. Nunca nadie le había sonreído con tanta dulzura. Quiso fundirse, disolverse en aquellos dos mares serenos y brillantes que relucían en su cara.

El miedo, el odio y la rabia habían sido sus compañeros de vida, pero ahora sentía que la ternura, el cariño, la confianza... emergían desde algún lugar olvidado.

Su memoria había asignado un olor, un color, un sabor, incluso una imagen, a algunos momentos de su vida. Por eso nunca le gustó el otoño, tenía el sabor picante de la tierra mojada y olía a soledad. El odio era un engrudo verdoso, casi gris, que se le pegaba al pecho y no le dejaba respirar. El susurro del arroyo fue para él la voz de su madre; el rugir del viento, la del padre. Las putas que conoció sabían a leche agria y olían a miseria. El miedo era negro, la muerte azul. La imagen de la felicidad, una madre y su hijo cogidos de la mano...

Nunca la lloró. Su ingratitud de niño no se lo permitía. Guardó hacia ella un resquemor oculto por haberlo dejado solo con la bestia y se afanó en olvidar su rostro, sus besos, el bienestar que sentía a su lado. Tenía que sobrevivir.

Sus frágiles hombros de niño se curvaron en un gesto envolvente, como si quisieran protegerlo de algo. Su mirada se volvió huidiza. El menor ruido lo sobresaltaba. Vivía en un constante estado de ansiedad. Solo en el regazo de las carboneras encontraba su pena consuelo.

Despertaba aterrado en mitad de la noche. Temblando en el jergón helado, apretaba los ojos para no ver las sombras que vagaban por su habitación. No lograba entender qué había sucedido desde aquellos días, cuando jugaban y reían juntos, hasta el momento en que lo empujaron al cajón donde ella dormía. Se quedó mirándola y la encontró rara, pero, aun así, pensó que en cualquier momento se despertaría, lo llenaría de besos y le diría que estuviera

tranquilo, que nada malo pasaba. Pero, cuando su padre le obligó a besarla, ella no se movió y sintió su rostro tan frío como la imagen del Cristo que había en la iglesia; supo que también ella se había convertido en estatua. El día del funeral recorrió con la mirada las paredes desconchadas y húmedas de la capilla y vio que no quedaba sitio para ella. «Se la llevarán a otra iglesia», pensó. «Cuando sea mayor, las recorreré todas hasta encontrarla».

Su padre no se ocupaba de él. Estaba solo y asustado en aquella casa cuyos tabiques crujían irritados por el silencio que ahora encerraban. Eran las amigas de la madre quienes se acercaban a encender el fuego, lavar la ropa y limpiar la casa, hasta que él aprendió a hacerlo. Ellas velaron sus noches de calenturas y le proporcionaron los escasos momentos de dicha que entonces conoció.

Salió a buscarla el verano siguiente, aún no había cumplido siete años. Se fue de madrugada, como cuando iban a vender carbón, y caminó durante horas en la oscuridad. Quería llegar a la ermita del santo, donde cada año subían en procesión. Tenía una vaga idea de por dónde se iba, pero se perdió en la oscuridad. Lo encontraron agotado y muerto de sed, bajo un sol de justicia que elevaba el termómetro por encima de los cuarenta grados.

El hombre que lo halló dio aviso a la autoridad y lo recogió en su casa hasta que vinieran a buscarlo. Le curaron las ampollas de los pies, le dieron de comer y beber y pasó el resto del día jugando con sus hijos. Fue feliz. Asoció ese día al color dorado de la mies de los campos y del sol. El del siguiente, al amargor de la sangre que le brotaba de los labios reventados por los golpes que, de camino a casa, su padre le dio.

Lo llevó al monte y se empeñó en enseñarle el oficio. Vivió los peores momentos de su vida. Recibía una tunda diaria. Se convirtió en un niño nervioso, predispuesto a cometer errores. Fue por esa época cuando el padre comenzó a frecuentarla taberna dejándolo al cuidado de sus carboneras. No era más que un niño asustado y torpe, incapaz de asimilar las enseñanzas que entre juramentos y amenazas le dictaba. Sucedió lo inevitable: una de las carboneras ardió, y él, en su afán por apagar el fuego, cayó dentro. Solo la intervención de los compañeros logró evitar la tragedia.

Se quemó las manos. Aquello dolía, dolía mucho. Lo llevaron en volandas al botiquín del pueblo y allí se las vendaron. Lágrimas de dolor y de miedo le

anegaban los ojos. Llegó el padre envuelto en una nube de insultos y amenazas. Quería matarlo. Tuvieron que interponerse entre ambos. Fue en esa época cuando un odio oscuro y viscoso comenzó a larvarse en su interior.

Su rostro cobró una expresión de dureza harto sorprendente en un muchacho de esa edad, una expresión que solo en el rostro de los niños que han sobrevivido a una guerra podía verse. Siguió buscando a su madre por las iglesias cercanas.

Pasaron los años, aprendió el oficio y a sobrevivir. A los doce era mucho más hábil que su progenitor, al que su afición al vino había convertido en un alcohólico torpe y descuidado. Ya no pensaba en su madre. Nada le asustaba. Cuando tuvo un palmo de altura más que él se le encaró, primero respondiendo a los insultos, después empujándolo si intentaba pegarle, hasta que un día le devolvió los golpes.

Las peleas entre ellos eran tan violentas que solo el agotamiento lograba separarlos. Las diferencias nunca se resolvían. Tras varios días sin que mediara palabra, volvían a enzarzarse en una lucha extenuante en la que intentaban ahogar el rencor que sentían.

Era cuestión de tiempo que ocurriera una desgracia. Tenía que irse. Durante años, la esperanza de encontrar a la madre lo había mantenido atado a aquel lugar. Ahora que renegaba de su inocencia de niño y se enfurecía por haber creído que podía encontrarla, había llegado el momento de marchar.

Se instaló en Logroño, una ciudad hasta hacía poco apacible, donde ya comenzaba a sentirse cierto desorden. Eran tiempos convulsos de huelgas y protestas, de tumultos callejeros. Cuando los cuatro reales que llevaba se acabaron y se encontró sin techo ni comida, no se arredró. Hacía mucho que había aprendido a sobrevivir. Su carácter nervioso e impaciente le llevó a enfrentarse con quienes no compartían su forma de pensar. En una trifurca callejera se hizo con una pistola, que exhibía para amedrentar a sus adversarios. Disfrutaba viéndolos temblar. Se ganó a pulso la fama de crueldad que le precedía. Él pensó que era respeto. La única persona que lo respetó fue la Angelines, la joven que, desoyendo los consejos de su madre, se casó con él.

Después de la boda volvieron al pueblo, donde él se hizo cargo de las carboneras del padre fallecido meses atrás. Se aplacó, estaba tranquilo,



contento a veces.

Al poco estalló la guerra y se alistó voluntario. En una de las primeras batallas, cayó herido y fue hecho prisionero. Cuando regresó a casa, más muerto que vivo, tuvo que enfrentarse a los comentarios a media voz, a las chanzas encubiertas, a las palabras con doble sentido que se empeñaban en recordarle que seguía siendo el niño pusilánime que habían conocido.

Él, que había demostrado sobradamente que no le tenía miedo a nadie, no iba a permitir ahora que se rieran a sus espaldas y mucho menos que pusieran en tela de juicio su hombría. La misma rabia oscura y biliosa que dominó su juventud empezó a crecer de nuevo en su interior.

Se volvió silencioso, arisco, irascible. Encontraba placer en humillar a su esposa, a quien reprendía continuamente. La acusaba de deslenguada, perezosa, descuidada, de causarle dolor aposta al curarle las heridas. Le perdió el respeto; comenzaron los insultos, los empujones...

«*Cagüen* tal... Mira que eres zafia. ¡Menudo *chandrío* que has montado!», le recriminó cuando se le escurrió de entre los dedos un cántaro de leche.

«¿*Pa* qué te tengo aquí, comida y vestida, si no eres capaz de ponerme un plato en la mesa, cuando llego a casa *reventau* de trabajar?», se le encaró en otra ocasión.

No podía evitarlo, la rabia que había sentido hacia el padre estallaba ahora contra ella. Solo al verla llorar se compadecía. Sentía entonces una pena honda que le partía el corazón y a lágrima viva le rogaba que lo perdonara y le juraba que la quería, algo que entonces era cierto.

«*Caguen* mi vida entera. Mira que soy animal... si no tengo yo motivos para ponerme así... Perdóname, Angelines. Te juro por lo que más quieras que nunca más he de volver a hacerlo». Y lloraba y se golpeaba el pecho con el puño como un pecador arrepentido, y la Angelines volvía a perdonarlo «porque no es malo, es ese genio que no le deja vivir», lo excusaba.

Cicatrizaron las heridas, tuvieron un hijo, pero la mala sangre que se le metió en el cuerpo ya no salió.

Estaba seguro de que era el pueblo. De que su gente resentida y miserable sacaba lo peor de él. Tenían que irse, empezar una nueva vida. Volver con los que le respetaban. Uno de sus antiguos amigos era ahora un mandamás en Laguardia.

Allí fueron.

Amanecía. Una luz amarillenta, que pronto se tornó naranja, dibujaba una línea en la lejanía. El horizonte se incendió. Los rayos del sol pintaban las peñas de grana. El campo olía a aquella hierba seca que las carboneras guardaban en pequeños ramilletes entre la ropa. Dos pájaros posados en la misma rama mantenían una animada charla. El arroyo brincaba entre las piedras... Aquel risco era muy alto, pero su madre ya se acercaba...

«Madre... madre... no vuelva a dejarme solo... He pasado mucho miedo... ¿Dónde estaba usted, madre? No vuelva a irse. Nunca más vuelva a dejarme... Madre...».

Alargó la mano y agarró con fuerza la que ella le tendía. Sonrió, volvía a ser el niño confiado y alegre que corría por el monte. Su madre estaba con él y esta vez era para siempre.

## NAVIDAD

*Diciembre de 1955*

**M**arina volvió al pueblo a tiempo de ver cómo la alegría estallaba en la plaza. Decían que el Gordo había caído en el pueblo. Alguien afirmaba que era el número que la bodega Palacios había repartido entre sus trabajadores como aguinaldo de Navidad. Pero nadie sabía de dónde provenía el rumor. El señor Joaquín, el del café, aseguraba que se lo había oído decir al boticario, pero, aunque lo buscaron, el boticario no apareció. Otros, sin embargo, se inclinaban a pensar que la noticia había salido de la mercería de las hermanas Peralta, algo que estas desmentían con rotundidad, porque, a pesar de tener la radio encendida, estaban a lo suyo y no habían prestado atención al sorteo, por lo que desconocían cuál era el número premiado.

Los rumores no cesaban y, mientras unos brincaban, porque alguien, nadie sabía quién, había asegurado a alguien, tampoco se sabía a quién, «que te juro que es verdad, que nos ha caído el gordo»; otros, en cambio, veían cómo se les escurrían entre los dedos las migajas de ilusión que comenzaban a amasar: por ahí se iban el tractor, la cocina económica, la viña que colindaba con la suya y que casualmente estaba en venta, el traje de comulgar de los gemelos con la mantilla de encaje y las medias de nylon que se hubiera comprado para ella...

El director de la bodega llamó a Vitoria para interesarse por la cuestión. Le contestarían tan pronto supieran algo.

A pesar de que se esforzaban por entretener la impaciencia, la espera resultaba insoportable. En apenas unos segundos se pasaba de la alegría al

abatimiento. Tan pronto bailaban y se abrazaban pletóricos de optimismo como se quedaban inmóviles, con el gesto grave, las manos en los bolsillos y la mirada perdida rumiando el desencanto. La esperanza y el desaliento planeaban sobre ellos.

Mil veces habían echado cuentas, mientras contenían la respiración. Treinta y siete mil quinientas pesetas eran un buen pellizco. Pero se trataba de un rumor, tal vez un bulo que algún gracioso había hecho correr. Una y otra vez agitaban ante sus ojos la hoja de papel, donde aparecía escrito el número 50.580, el nombre del propietario y las cinco pesetas que jugaban, como si este gesto bastara para atraer a la suerte.

—¡Con lo bonito que es...! Mira que si al final no...

—Quia, mujer, no seas agorera, que de esta nos cambia la suerte.

Seguía llegando gente. Los corrillos se ensanchaban. Nadie quería irse.

—¿No es aquella la hermana de la Encarnación, la telefonista? —preguntó la panadera, poniéndose la mano a modo de visera.

Efectivamente, era ella. Bajaba la cuesta a la carrera, agitando los brazos.

—Que acaban de llamar de Vitoria... Que ya han puesto la conferencia. Mi hermana dice que...

Dejaron de prestarle atención. Los ojos se volvieron a la puerta de la bodega, por donde apareció el director. Les bastó verlo para saber que el rumor era cierto. ¡Les había tocado la lotería! Su gesto emocionado y un ligero temblor en el labio superior daban fe de ello. El hombre, metido de lleno en su papel de benefactor, temblaba de satisfacción. Se había convertido de pronto en el bienhechor de aquellos desarrapados y no podía evitar dar rienda suelta a sus sentimientos, porque él personalmente había comprado los billetes de lotería en Bilbao y también había sido él quien de su puño y letra había rellenado las participaciones, con aquella puntiaguda caligrafía inglesa de la que se sentía tan orgulloso. Él, y solo él, era el artífice de tanta dicha. Aunque, bien mirado, el noble sentimiento que inflamaba su pecho tenía mucho que ver con la novela rusa que estaba leyendo.

La emoción se desbordó. Los afortunados saltaban, reían, se abrazaban a quien pasara a su lado. Todos se felicitaban. Los que no habían resultado premiados lidiaban como podían con la punzada que les escocía las tripas. La gente comenzó a trasladarse a la Plaza Nueva, donde pronto llegaron los

gaiteros con su música. Las botas de vino volaban entre la gente, sin que nadie se preocupara de si caían en manos de niños o mayores. Ese día, Matías, uno de los chicos de Paulina, llegó a casa tambaleándose, aunque él aseguraba con la risa floja de los beodos que de achispado nada; en todo caso, borracho de alegría, porque el vino no lo había probado.

La gente reía, lloraba, se reconciliaba con Dios y con la vida, por aquella lluvia inesperada de maná.

«¡Gracias a Dios! ¡Con la falta que nos hace! Que ya estaba yo pensando que los mocetes tendrían que comulgar con el único pantalón remendado que tienen».

«¡Ay, Dios mío...! Que ni *pa* una tableta de turrón tenía...».

«¿Con el Vitorino y tres hijos trabajando en la bodega, te habrá tocado un pico...? Que no lo digo por nada, que yo me alegro, ¿eh?».

«Ya ves, a mí ni una perra gorda, pero me alegro por vosotros, que otro defecto tendré, pero de envidiosa nada.

»En cuanto cobremos, hemos de hacer una merienda en la cueva. Quedáis todos invitados».

La familia de Marina también estaba entre los afortunados: Gregorio, su hermano, trabajaba en la bodega, lo mismo que Sofía, la hija de Paulina.

La llegada de Marina al pueblo para pasar la Navidad fue la guinda que coronó aquel pastel. Todos querían abrazarla, besarla. Ahora sí que la felicidad era completa.

Pilar no dejaba de mirar a su hija. Estaba cambiada, muy cambiada, y no solo en el aspecto. Le resultaba increíble que apenas tres meses hubieran bastado para que aquella muchacha de gesto aniñado que se fue, volviera convertida en la joven que tenía delante.

Seguía teniendo los mismos ojos vivaces —«hay que ver, a esta *chiguita* le hablan los ojos», le decían a menudo—, pero ahora su mirada era serena, reposada. Pilar no podía dejar de observar su forma de moverse, de sonreír, cómo hablaba, cómo callaba... ¡Ay aquella hija suya...! Y tan pronto se le escapaba una lágrima de orgullo como se apresuraba a ahogar una llantina amarga, porque sabía que aquel gesto de madurez se había forjado a golpe de soledad. A veces tenía que sujetarse el pecho porque el corazón le latía enloquecido. Intentó tranquilizarse. Aquel corazón, roto y restañado sin

miramientos, a duras penas podía con tantas emociones. Marina era lo único que daba sentido a su vida. Solo teniéndola en casa encontraba su pecho consuelo.

Mil veces había fantaseado con el momento en que su hija volviera. A menudo se quedaba como embobada pensando en las dos semanas que pasarían juntas, quince días de mimos y caricias, de charla y confidencias junto al fuego. Y, aunque a ella no le había tocado la lotería, poco le importaba. Tenía a su niña en casa y se alegraba por Gregorio y Lucía, que lo necesitaban más. Para ella y la moceta bastaba con los ahorrillos que tenía; luego ya vería, que tampoco necesitaban mucho, y, para entonces, Marina ya ganaría.

Se sentía feliz por Sofía, aquella joven brava como su madre, trabajadora infatigable, a la que nada ni nadie se le ponía por delante. Ella más que nadie se merecía una buena boda, un arreo decente y una casa calentita en invierno y oreada en verano.

—Vamos todos a casa —dijo Paulina, cogiendo a Pilar del brazo—. Tenemos mucho que celebrar.

—¿Ya tiene usted comida para todos? Mire que somos muchos... —preguntó Lucía preocupada.

—Algo habrá —respondió Paulina, que ya había visto al carnicero levantar la persiana de su establecimiento para vender a fiado.

Reavivaron el fuego en la cocina, colocaron una parrilla sobre él y pusieron a asar varias sartas de chorizos y morcillas que comieron sobre gruesas rebanadas de pan blanco. Fue un festín. Los pequeños pudieron hartarse sin temor a que su madre les golpeara la mano cuando repetían. Después, con los estómagos satisfechos y la convicción de haber alejado la miseria de sus vidas, cantaron.

Marina llevaba varios días en el pueblo y seguía teniendo el gesto templado de cuando llegó, la misma sonrisa. Quizá tres meses habían bastado para que olvidara al hijo del *Rubio*. Seguro que la distancia le había hecho ver que aquel mocete y ella no tenían nada en común. Pilar se sentía satisfecha, había conseguido alejarla de él y labrarle un futuro. Su hija no sería una campesina ignorante como ella, que apenas conocía las cuatro reglas.

Estaba contenta y sin embargo... Los últimos meses habían sido difíciles.

Tenía que calmarse, todo estaba bien. Marina parecía tranquila, Gregorio y Lucía casi eran ricos, por fin la vida le sonreía. ¿Por qué entonces sentía aquel ansia en el pecho que la ahogaba?

—Pilar, Pilar, que dice la Lucía que mañana vamos a ir a Logroño a comprar mantas para las camas de los mocetes —vociferaba Paulina mientras subía las escaleras de casa de su amiga.

—Pilar... ¿Me oyes...? ¿Dónde estás?

—Aquí, en la alcoba, que me he echado un ratico.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, mujer, que estaba cansada.

—¿No estarás mala?

—¡Que no...! ¿Oye, Paulina, tú crees que la Marina sabe que el hijo del *Rubio* se ha marchado?

—¡Conque era eso! Ya sabía yo que algo te rondaba por la cabeza...

—Digo yo que, al no verlo, habrá preguntado por él y algo le habrán dicho.

—Eso me parece a mí, pero fíjate tú que yo la veo tan contenta, como si le diera igual.

—Pues ahora que lo dices, es verdad —respondió Paulina pensativa—. Seguro que no eran más que galanteos de la edad, porque, de otra manera, no se hubiera marchado. Y, ya ves, la Marina como si tal cosa.

—¡Dios te oiga!

—¡Tú dirás, si no...!

Aquella Navidad probaron manjares cuyos nombres no atinaban a pronunciar y por primera vez en su vida bebieron champán. Lo tomaron todos, hasta los niños, que reían asombrados por el cosquilleo que las burbujas les producían en la nariz. Fueron días felices. Bajaron a Logroño a comprar ropa de abrigo. Acudieron juntos a la misa del gallo. Los más pequeños pasaban las horas embelesados frente al belén articulado que, como cada Navidad, se montaba en la iglesia de Santa María de los Reyes, donde las figuras representaban diferentes epifanías y los pastores bailaban al son de las gaitas. Los niños se divertían de lo lindo jaleando a los carneros enfrentados en duras peleas, a los que animaban por el nombre de los pastores: «¡Venga, Moraita, dale fuerte!», gritaban unos, mientras los partidarios de Eugenio y Chamara

alentaban a los suyos. Fueron sin duda las mejores navidades de su vida.

Pilar había conseguido sosegar, estaba tranquila, las palabras de su amiga habían obrado el milagro, había recuperado la calma, era feliz. Ahora pensaba que el sacrificio de alejar a Marina de su lado había valido la pena. El hijo del *Rubio* se había esfumado. Su madre y él habían abandonado el pueblo de noche, sin despedirse de nadie. La gente murmuraba: que si se habían vuelto a las montañas, a casa de una hermana de la Angelines, que si estaban en Logroño... A ella tanto le daba. Lo único que le importaba era que aquel mal se había cortado de raíz.

Marina volvió a Vitoria al día siguiente de Reyes. Llevaba puesto un abrigo azul marino y en la maleta una falda a cuadros y unas medias de seda, regalos de Lucía y su hermano.

«Para que te las pongas los domingos, cuando pasees por la Florida», le habían dicho con gesto emocionado al entregarle el paquete.

Cogió el autobús por la mañana temprano. La despidieron su madre, Lucía y Gregorio. En el último momento, llegó Paulina corriendo, el autobús ya arrancaba y solo pudo decirle adiós con la mano. A pesar del frío y del madrugón, estaban animados, se despidieron sin aspavientos, como si fueran a verse al día siguiente. Marina subió al autocar y ocupó su asiento. Solo en ese momento, cuando creyó que nadie la veía, distinguió Pilar en su rostro un atisbo de desesperación.



## LA VUELTA A CASA

*Diciembre de 1955*

**L**a carretera serpenteaba entre viñedos. Al mirar aquellas vides secas y retorcidas, que, como penitentes encorvados, elevaban sus puños al cielo, a Marina le parecía mentira que unos meses atrás hubieran estado cubiertos de hojas verdes y granos amoratados.

Hacía frío. El viento se colaba por las rendijas de la camioneta, produciendo corrientes de aire que les helaban las palabras y les entumecían los huesos. Acurrucada en su asiento, con la espalda pegada a la manta que ocultaba las tripas de la tapicería, Marina miraba el paisaje y escuchaba distraída las palabras de Pruden, el chófer de la bodega Palacios, que, aprovechando el viaje diario a Vitoria, la bajaba al pueblo.

—Mira, el hospital de Leza, ya casi estamos. ¡Anda que no tendrás ganas de llegar y calentarte delante del fuego!

La joven sonrió con timidez.

—Que ya lo sé... No hace falta que me lo digas, aquí dentro hace un frío de mil demonios. ¡Pero qué le voy a hacer, *chiguita*! Tampoco este año van a comprar una camioneta nueva, y mira que esta se cae a pedazos... En fin, habrá que esperar un año más.

La joven no le oía; al final de la larga carretera, desdibujado por la niebla, veía su pueblo. A pesar de que entre la bruma casi no se distinguía, estaba segura de que aquellas sombras erguidas sobre la colina eran las murallas.

—Los días claros se ve muy bien. Aunque hoy con la niebla... pero allí está —dijo Pruden señalando la lejanía.

Su corazón perdió el compás. Bajo aquella imponente nube rizada que

semejaba una coliflor, estaban su familia, sus amigas y... Germán.

Aquella bruma prieta ocultaba las calles donde jugó de niña, el collado y la barbacana, testigos silenciosos de sus devaneos de adolescente, de los primeros paseos con Germán y del beso que él le robó al despedirse.

Un poco más abajo tenían que estar los castillares, la pendiente por donde los niños rodaban para desesperación de sus madres. Siguiendo el camino se llegaba al huerto y las viñas de la familia; a la higuera grande y tupida bajo la que comían y se cobijaban los días de solana; a los almendros polvorientos que algún abuelo plantó a un lado del camino; a las cepas milimétricamente alineadas entre dos ribazos, salpicadas de melocotoneros, guardianes impenitentes de la salud de las uvas. Entre sus ramas combadas, dorándose al sol del verano, se apretaban los melocotones, pequeños e imperfectos, pero suaves al tacto, dulces y jugosos como no había otros y con un aroma que perfumaba el aire. En aquella neblina turbia, estaba todo lo que necesitaba para ser feliz.

La sorprendió el tumulto de la plaza. Por un instante se asustó. Pronto comprendió que celebraban algo.

—La lotería, que nos ha tocado la lotería —dijo alguien a su paso.

—¿A quién? —preguntó—. ¿A mi madre también?

—Ha caído en la bodega —le respondió una voz desconocida.

Sintió una súbita flojera. Su hermano trabajaba en la bodega y Sofía y algunas de sus amigas... Necesitaba saber.

—¿A quién de la bodega?

—A todos... —le respondió Isabel, *la de los Sietes*, agitando un papel frente a ella.

—¿A mi hermano también?

Creyó oír un «pues, claro», pero no estaba segura. Alguien la sujetó por los hombros y le estampó un sonoro beso en la mejilla. Después, sin tiempo para reaccionar, se vio arrastrada a los brazos de un anciano al que recordaba vagamente. Empezó a rodar como una peonza. Estaba mareada. Necesitaba escapar de los sofocantes abrazos, de aquellos besos que le robaban la determinación. Una prima de Paulina la rescató.

—¡Marina, hija...! ¡Hay que ver lo guapa que estás...! ¡Pero qué bien te ha sentado el colegio!

—¡Si parece una vitoriana! —añadió otra a su lado.

—¿Sabe usted dónde está mi madre, señora Eulogia? —le preguntó.

La llevó en volandas calle abajo y allí, frente a la herrería, los vio. Estaban todos.

—La moceta... —balbuceó Paulina al verla.

Pilar ya la había visto y avanzaba hacia ella con los brazos abiertos. Marina se dejó caer en aquel nido perfecto. Sintió la calidez del cuerpo de su madre, la tibieza de sus lágrimas mezclándose con las suyas, el olor al jabón de los domingos en su piel y un leve aleteo, como el vuelo desfallecido de un pajarillo, en su pecho. Pero apenas pudo pensar en ello, porque todos querían abrazarla y contarle que ahora podían mirar el futuro con tranquilidad, que la diosa Fortuna se había apiadado de ellos, gentes de manos encallecidas y rostros abrasados por el sol, que cada mañana esperaban en la plaza a que alguien los contratara para así poder llevar a casa un jornal, y había decidido mostrarles su rostro más amable.

—¡Hija, hija...! —repetía Pilar emocionada, mirándola con devoción.

A pesar de la alegría que sentía por estar entre los suyos, Marina no podía apartar la vista de su madre. La fragilidad que ahora descubría en ella la perturbaba, ¡y aquel rostro descolorido...!

—A mí no me ha tocado la lotería, pero la Lucía me va a comprar muchos caramelos. Me lo ha prometido y, además, no me importa, que yo lo que quiero es ser maestra como tú.

Era Blanca, una de las hijas de Paulina, quien reclamaba a voz en grito su atención.

Nadie parecía reparar en la palidez del rostro de su madre. Gregorio y Lucía eran la estampa misma de la felicidad, Sofía anunciaba a los cuatro vientos su próxima boda, Paulina organizaba una comida familiar, Severino había subido a casa a buscar la dulzaina y los más pequeños, intuyendo la generosidad de los magos ese año, discutían acaloradamente sobre lo que pensaban pedirles.

Los ojos de Marina recorrían la calle aparentando una indiferencia que no sentía.

Una de sus amigas bajó como un torbellino.

—Marina, Marina... ¡Qué está aquí la Marina! —dijo volviéndose a un

grupo de viandantes.

No fueron necesarias más palabras, tan solo un susurro casi imperceptible al abrazarse —«Se ha ido»— para que el suelo se abriera a sus pies y un vacío denso estuviera a punto de engullirla. Permanecieron unos segundos abrazadas. Cuando se separó de ella, su cara relucía con la misma sonrisa de antes.

Se obligó a no pensar. Si no la había esperado, peor para él. No había sido ella quien había querido ennoviarse, ni quien habló de boda. Si no había sido capaz de esperarla, sería que no la quería.

Sentía clavados en ella los ojos anhelantes de su madre, temerosa quizá de su reacción al descubrir que su pretendiente se había marchado. El rumbo de su vida había virado en un instante. Acababa de desvanecerse la alegría que hacían tolerables las interminables horas de misas y rosarios, las ausencias, las ofensas.

Todo había sido una gran farsa: la devoción de él, fingida, los ojos de cordero degollado con que a veces la miraba, no eran más que una pose para ablandarla. Sus palabras de amor, también mentira, y el beso que le dio al despedirse, tan falso como el de Judas.

Solo el recuerdo de aquel beso que ella saboreaba una y otra vez hacía los días soportables, aunque a menudo le asaltaba el temor de que la emoción desapareciera antes de que le hubiera dado otro.

Tenía el corazón desollado, el orgullo herido, pero por encima de todo sentía clavados los ojos de su madre. Le dolía la fragilidad que ahora le descubriría, su afán por trasmitirle una alegría, que intentaba aderezar con toques de despreocupación.

Había vuelto decidida a poner en orden sus asuntos. Quería a Germán. Tres meses de ausencia le habían bastado para conocer sus sentimientos. Hablaría con su madre, con su hermano, con quien hiciera falta. No podía haber nada malo en que se quisieran. Su familia lo entendería. Aplazarían la boda hasta que ella encontrara trabajo en una escuela cercana, porque, ahora que había conocido el alma de las palabras, se sentía fascinada por ellas. Le gustara o no a su madre, tendría que aceptar su noviazgo con Germán. Pero él se había marchado sin una carta de despedida, sin un recado, sin una palabra siquiera. Como si nunca la hubiera conocido, como si jamás la hubiera

querido. Sus sueños se desmoronaban y, además, tenía que enfrentarse a aquella mirada de ojos profundos.

Se sentía morir, aunque intuía que las mujeres como ella no enfermaban de amor. Eso quedaba para las novelas. Las mujeres que ella conocía recogían sus despojos, se lamían las heridas y, con el corazón aún roto, se levantaban a dar batalla a la vida. Eso es lo que iba a hacer. Lidiaría con el dolor, lo cercaría y acabaría con él. Haría lo que otras habían hecho antes.

Con la determinación de la decisión tomada, se dispuso a dejarse llevar por los acontecimientos de aquellos días. Saboreó la intimidad con su madre, la sintió aliviada, como si se hubiera desprendido de una gran carga. Vio cómo el color volvía a sus mejillas y la sonrisa se pintaba otra vez en su cara. Fueron días de comer en una casa y cenar en otra, de regalos y sorpresas, de cantos y risas, de tardes junto al fuego, al que nadie hurtaba ya una palada de carbón. De viajes a Logroño a comprar lo que jamás habían soñado. Sostenida por el cariño de los suyos, el dolor parecía liviano.

Pasó en blanco la noche antes de volver al internado. No encontraba ilusiones que meter en la maleta para sobrellevar las largas misas de la mañana, los tediosos rosarios de la tarde. Se sentía incapaz de soportar el gesto altivo de las sores; niñas desarrapadas de la Castilla polvorienta arrojadas de sus casas para librarse de una boca que alimentar, las mismas que se complacían en humillar a los suyos y doblaban la cerviz ante los poderosos. Cada vez le costaba más ignorar la arrogancia de aquellas compañeras de mirada insulsa, que alzaban la barbilla y arrugaban la nariz ante los que no consideraban de su clase. ¿Cómo iba a aguantar todo eso con el corazón roto?

Consciente de su fragilidad, se esforzó en ocultar sus sentimientos. Tan bien lo hizo que se despidió de los suyos con una actitud que rayaba en la indiferencia. Repartió algunos besos desprovistos de emoción, aparentando una indolencia que estaba lejos de sentir, y subió al autobús.

Miró a su madre por última vez. Volvía a estar pálida, o quizá no. No lo sabía. En cualquier caso, su aspecto no era frágil. De nuevo parecía resuelta. De nuevo al mando: colocaron la maleta donde ordenó y se sentó en el lugar que ella dijo.

Sola en el autobús, Marina cerró los ojos y sintió el zarpazo del pánico arañándole el pecho. Pensó que se moría, quiso gritar, pero no dijo nada. Solo

un gesto de desesperación, como el del náufrago que busca a qué agarrarse, acompañado de un llanto débil, ahogado, como el que meses atrás bañó los ojos de su madre en ese mismo autobús, delataban su ansiedad. El vehículo arrancó. Con el rabillo del ojo, vio a su madre correr moviendo la mano. No se volvió.

## EL SECRETO DE LUCÍA

*Enero de 1956*

**L**levaba unos días callada, como si se le hubiera agotado la alegría que sintió esa Navidad. Se sentaba en el banquito de la herrería con la mirada perdida y allí se quedaba mano sobre mano, sin apenas despegar los labios. Algo rondaba por la cabeza de aquella hija suya. Le había preguntado por la salud de Gregorio y había respondido con un distraído «está bien, madre», para volver a recluirse en el silencio.

—Acompáñame, Lucía, que voy a hacer un recado.

—¿A dónde, madre?

—Aquí al lado.

—Es que se me hace tarde y tengo que ir a preparar la comida.

—Que vengas he dicho.

Salió rezongando tras ella.

—No sé dónde quiere que vaya. Va a venir Gregorio y no he hecho la comida.

—No te preocupes, tienes tiempo —le respondió su madre, suavizando el tono de voz.

Lucía caminaba a su lado de mala gana.

—¿Pero a dónde vamos? Mire que Gregorio sale a las doce...

—Al collado —respondió su madre.

—¿No me irá a decir que vamos a sentarnos en un banco, como si no tuviéramos faena?

—No, a sentarnos no.

—¿Entonces?

—Vamos a pasear.

—Lo que me faltaba, ponerme a pasear ahora con todo lo que tengo que hacer.

—Yo también tengo que hacer y muchas bocas dependen de mí, pero antes necesito saber qué le pasa a mi hija.

Lucía dio un respingo.

—¿Qué es lo que te tiene tan preocupada? Aunque creo que ya lo sé.

La joven levantó la vista del suelo y se volvió hacia ella; tenía el gesto alterado, estaba sofocada y parecía nerviosa.

—¡Pues eso, madre... que los mocetes no llegan y va para un año que me casé!

—¿Y tanto te preocupa?

—¡Pues sí, mire usted!

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque me da mucha vergüenza hablar de estas cosas con usted.

—¿Y con quién, si no, ibas a hablarlas? Además de ser tu madre, te va a costar encontrar a otra tan experta como yo. Mira, si no, la recua de hijos que he parido.

La broma aflojó los nervios de la joven y le arrancó una sonrisa.

—Es que estoy hasta la coronilla; todas las que nos casamos a un tiempo están paridas o a punto y yo...

—¡Y tanto! —dijo Paulina—, alguna incluso a los seis meses de la boda.

—Bueno, madre, ya sabe lo que quiero decir.

—Todas no, Lucía, y, aunque así fuera, a unas les cuesta más que a otras. Ya ves, a mí enseguida me crece la barriga; sin embargo, la Carmen, la alpargatera, estuvo cuatro o cinco años sin criaturas y después llegaron todas de golpe.

—¿Usted cree que me pasará eso? Estoy harta de que me miren y me pregunten: «¿aún nada, Lucía?».

—Para mi genio iba a aguantar yo eso. En cuanto mandes a un par de ellas a paseo, te han de dejar tranquila. Y no te apures, que cuando menos lo esperes...

—Dios la oiga, madre.

—Y qué dice Gregorio —le preguntó.



—Que llegará cuando tenga que llegar.

—Sabio razonamiento —murmuró Paulina.

Acompañó a Lucía hasta su casa. Ya se habían despedido cuando con una sonrisa maliciosa le preguntó:

—Porque tú sabes lo que hay que hacer, ¿verdad?

—Madre... —respondió la joven sofocada, mirando nerviosa a todos lados por si alguien la había oído.

Nunca se lo había dicho, pero también a ella le extrañaba que tardara tanto. Siempre había pensado que de tal palo tal astilla. Cada mañana la miraba con disimulo, intentando atisbar cualquier cambio en ella. Más de una vez había confundido las ojeras de una noche de insomnio, o la palidez de un malestar cualquiera, con los primeros síntomas de un embarazo. Otras tantas se mordió la lengua para no preguntar y no le hubiera dicho nada de no haberla visto tan preocupada. Aunque ahora que lo pensaba, se alegraba de haber tenido aquella conversación con su hija, quizá había servido para que se tranquilizara.

Semejantes cavilaciones la llevaron hasta el callejón de Santa Engracia, donde vivía Pilar. Era tarde, tenía mucho que hacer y, sin embargo, en un acto reflejo, sin pensarlo siquiera, pasó por delante de su casa y se encontró en el portal de su amiga.

Subió los escalones de prisa, quería contarle la conversación que había tenido con Lucía. Al entrar en la cocina, se estremeció. Ni un ruido. El mismo silencio de años atrás. La misma calma espesa y aciaga que sintió tras la muerte de Genaro, cuando Pilar se encerró en aquella mudez cargada de terribles presagios. Recordó los días largos e inciertos y las noches salpicadas de temor, el llanto sordo de su amiga.

Intentó tranquilizarse; aquello había pasado y hacía ya muchos años que Pilar era capaz de cuidar de ella y de sus hijos. Gregorio, que era la viva imagen de su padre, se había convertido en un muchacho bueno y cabal. En el orgullo de su madre. Marina, en su debilidad. La joven había heredado su piel de porcelana y sus ojos de gacela, aunque tenía el cabello oscuro. Era traviesa, juguetona y poseía una imaginación asombrosa. Se comía la vida a bocados. Tenía una habilidad especial para enredar a su madre en mil y un disparates. Más de una vez las encontró Paulina moviéndose al compás de la

melodía que sonaba en la radio, escenificando a voz en grito una novela de caballería o con la risa floja de la última tontería dicha y ya olvidada. Un día las sorprendió disfrazadas de teniente coronel, con unos uniformes que alguien dejó olvidados en la bodega. Le propusieron unirse a la farsa y, sin darle tiempo a responder, la vistieron de obispo con una túnica y una mitra que Marina improvisó. Después, quemaron corchos con los que se pintaron tupidos bigotes y terminaron cuadrándose e impartiendo saludos y bendiciones a imaginarios desfiles. Así las encontró Gregorio cuando subió a ver a su madre.

—Pero ¿cómo se les ocurre? ¿Y si, en vez de ser yo, es un vecino? ¿Y si las denuncian? ¡Qué pueden formarles un consejo de guerra, madre!

Pero desde que Marina se había ido, la casa volvía a rezumar los vapores de soledad de antaño. No sabía cómo expresarlo, pero sentía que algo no andaba bien.

A pesar de haberla llamado a gritos, Pilar no contestaba y por la casa no la veía. «Habrà bajado a la huerta o se habrá entretenido con alguna vecina», pensó. Ya se disponía a salir cuando un quejido, como un maullido de gato, la detuvo al borde de la escalera. «Qué raro, si Pilar no tiene gato». Corrió a la habitación de su amiga y, desde la puerta entornada, la vio. Estaba tendida en el suelo, junto a la cama deshecha, caída de costado, blanca como la nieve. Al sentirla llegar, alzó la vista y la miró con ojos suplicantes.

## DEMASIADAS HERIDAS SIN CURAR

*El mismo día*

**E**l médico tardó en llegar. No estaba en el pueblo y hubo que esperar a que regresara. Cuando lo hizo, Pilar había recobrado el color y descansaba ya en su cama. Mientras tanto, Paulina, Lucía, Gregorio y Luigi aguardaban impacientes su llegada.

—¿Y dice usted que el pecho le atronaba? —le preguntó Gregorio a su suegra.

—Era muy raro. Tan pronto iba rápido como despacio, y estaba blanca, muy blanca, casi sin razón. Quería hablar y no podía.

—Va a ser el corazón —sentenció Gregorio.

—Parece —respondió Paulina.

—Estaba triste últimamente. Andaba alicaída desde que se fue la Marina —terció Lucía.

—No sé por qué se empeñó en que se marchara —dijo Gregorio.

Paulina lo miró. Hacía tiempo que, tirando de acá e hilando de allá, intuía el motivo por el que Pilar había alejado a su hija del pueblo.

—Ya hemos de hablar de ese asunto.

—¿De qué asunto?

—Pues de ese.

—Poco hay que decir —respondió Gregorio, mientras la miraba extrañado —. Que yo sepa, se fue para hacerse maestra.

Paulina no respondió. No era el momento y menos estando Luigi presente. Gregorio se revolvió incómodo.

—¿No andarán otra vez con secretos de viejas, verdad? De poco me sirve

ser el hombre de la casa si todo lo hacen a mis espaldas —respondió sin ocultar su irritación.

—Deja que mi madre se explique —intervino Lucía.

—No hay nada que decir —cortó Paulina.

Demasiado bien sabía ella que, si algo sacaba a Gregorio de sus casillas, eran sus comadreos con Pilar. Conocía bien al mocete. Tan bien como a cualquiera de sus hijos. Le seguía bastando una mirada para leerle el alma, como cuando de niño lo tuvo en su casa y podía verlo cubierto solo por una telilla de desamparo.

Para cuando él llegó, Paulina y Lucía ya habían acostado a Pilar en su cama. Subió las escaleras a trompicones y entró en la casa resollando como un potro desbocado. Parado frente a la habitación de su madre, se quedó mirándola como un niño perdido en una feria, incapaz de sujetar la emoción que ya chispeaba en sus pupilas, totalmente desarmado ante aquellos ojos mansos, que buscaban en los suyos la confirmación de que no iba a morir.

Se abrazó a ella y sintió la alocada carrera de su corazón, el galope sin tregua de su pecho. Apretó sus pálidas manos y sintió que se aferraban a las suyas, con más desesperación que fuerza. Después se reclinó en el borde de la cama y comenzó a hablarle con una dulzura que únicamente su esposa conocía. A poquitos le iba diciendo que no permitiría que nada malo le pasara, que buscaría al mejor médico, que iba a ponerse buena... Y Pilar se comía con la mirada a aquel hijo grande y tierno, que conseguía sosegar su pecho y acabar con el miedo.

Mientras tanto, Paulina y Lucía lidiaban con la emoción, intentando mantenerse ocupadas. Madre e hija improvisaban remedios que a veces se contraponían: «Moja un trapo en vinagre». «No, mejor en alcohol de romero». «Trae un chal, que tiene frío». «No la abrigues tanto, que está sudando...».

Lucía sabía que para Gregorio su madre era la esencia, el amarre a la vida. Ella era la brisa del atardecer tras un día de bochorno, las primeras gotas de lluvia después de meses de sequía. Su madre, sin embargo, era el viento, el sol, la tormenta, las uvas madurando, un día de vendimia... Sentía una inmensa ternura por aquel hombre que se esforzaba por mantenerse sereno.

—¿Por qué no os acercáis a ver si ha vuelto el médico? —dijo Paulina mirándolos.

Gregorio se lo agradeció en silencio. No habían bajado las escaleras cuando las lágrimas comenzaron a manar libres, sin voluntad alguna que las detuviera. «Tranquilo, todo va a salir bien», le dijo el italiano, echándole una mano al hombro. Él fue el primero que acudió a la petición de auxilio de Paulina. Debía de andar cerca. Corrió a buscar a don Eutimio, pero no lo encontró. Después fue a buscar a Lucía y a Gregorio.

Hicieron el resto del camino en silencio, cada cual enredado en sus pensamientos.

—El doctor no está, ya se lo he dicho a este —refunfuñó la criada, señalando al italiano—. En cuanto vuelva, lo mando para allá. Y que no sea nada.

—Ha sido por mi culpa —murmuró Gregorio de vuelta a casa.

—¿Qué dices? —preguntó Luigi, con su marcado acento italiano. Más de veinte años en el pueblo no habían sido suficientes para que olvidara la suave cadencia de su lengua.

—No tenía que haber permitido que trabajara tanto.

—Hace lo que le gusta.

—Es demasiado para ella.

—Le mandé un par de hombres cuando hubo que sulfatar y... —respondió Luigi, rompiendo el silencio.

—Nadie me lo ha dicho —le interrumpió Gregorio.

—No fue nada.

A pesar de que Pilar nunca se lo pedía, él siempre encontraba la manera de echarle una mano. Cualquier excusa valía: «Ya que tengo aquí el tractor, no va estar parado, mientras tú...» o «¿qué pintan los hombres mano sobre mano...? Y tu...».

Gregorio lo volvió a mirar. Desde que tenía uso de razón, aquel hombre siempre había estado cerca de su familia.

—Soy un calzonazos.

—No te creo.

—Me desentendí de ella.

—¡Buah! Eso me lo creo menos aún.

Lucía les salió al encuentro, quiso decir algo, pero Gregorio la apartó sin miramientos y, en su carrera, se golpeó con el marco de la puerta.

—Madre... Madre...

Pilar abrió los ojos, sobresaltada.

—¡Gracias a Dios...! ¡Si ya sabía yo que iba a ponerse buena! ¡Que solo era cansancio! Está usted reventada, ¿verdad? Y todo por mi culpa. Pero le prometo que de ahora en adelante voy a cuidar de usted.

Y tan pronto la estrujaba entre sus brazos como le acariciaba la frente con infinita delicadeza.

—Usted solo tiene que descansar. La Marina y yo vamos a hacernos cargo de todo. Luego iré a la bodega a poner una conferencia para que vuelva. Que aquí hace mucha falta.

—¡No! —gritó Pilar, con una fuerza que a ella misma le sobrecogió—. Espera, hijo. No la llames aún —continuó bajando la voz.

—No asustes a tu hermana, Gregorio. Tiempo habrá de avisarla —terció Paulina.

—Déjala, hijo. Tú eres un hombre hecho y derecho, pero ella es muy joven aún. Ya sabes que todo lo siente como si fuera lo último que le fuera a pasar.

Se hizo un silencio incómodo, Gregorio miró a su madre, confundido.

—Vamos fuera —le dijo Lucía, cogiéndolo del brazo—. Dejemos que descansa.

El gesto casi imperceptible que Pilar le hizo a su amiga la mantuvo revoloteando alrededor de su cama mientras los demás abandonaban la habitación.

—Que nadie llame a la Marina.

—No la hemos de llamar.

—Solo si... Júramelo.

—Por estas —dijo Paulina, besando la cruz que formó con sus dedos—. Ahora descansa.

—No te vayas, Paulina. Me he visto morir.

—Aquí me quedo —respondió su amiga, acercando a la cama una vieja mecedora.

—No voy a vivir mucho...

—¡Por Dios, Pilar! ¿Y dices que la Marina hace dramas de todo? ¿A quién habrá salido?

—Paulina...

—Tienes que descansar, Pilar, y ya estás tardando, así que calla y cierra los ojos.

Mientras, en la habitación de al lado, Lucía apoyaba las manos en los hombros de su marido.

—Tranquilo, Gregorio, no hay motivo para amoscarse —le dijo al ver su gesto de fastidio.

—No entiendo por qué no quiere que llame a la Marina. Cuando ellas andan cerca, todo son medias palabras...

Luigi, que parecía concentrado en el agujero del mantel que cubría la mesa, se volvió impaciente al oírlos.

—Está mejor y eso es lo que importa —murmuró.

—No sé qué le ha pasado, si hasta hace nada estaba la mar de bien... —caviló Gregorio.

Lucía se golpeó la frente con la mano, como si de repente hubiera recordado algo y, sin decir palabra, salió de la cocina. De la alacena del comedor sacó dos cajas casi iguales, que colocó sobre la mesa. Soltó la cinta de una de ellas y la abrió. Ante sus ojos aparecieron las alhajas de Pilar: el anillo de boda de Genaro, su reloj y un alfiler de corbata esmaltado. Al volcar el contenido de la caja, cayeron sobre la mesa unos pendientes de latón, un collar de perlas, tan falsas como los brillantes que ensamblaban la esfera del reloj del abuelo, un broche de azabache, una peineta de carey y un par de anillos ennegrecidos que parecían de plata. Con los ojos llenos de lágrimas, los contempló. Los guardó y, con la otra caja bajo el brazo, se dirigió a la cocina.

Dentro, en un sobre satinado, encontró lo que buscaba. Se acercó a la luz y contempló la fotografía que se hicieron el día de la lotería. Allí estaban todos: su madre, la primera por la izquierda, posaba orgullosa del brazo de su padre, que la miraba sonriente. Estaba guapo su padre, con aquel gabán de buen paño que se compró en Vitoria y la boina de los domingos. Lucía se reconoció entre él y su marido, que solo tenía ojos para Marina. Observó las caritas traviesas de los hermanos pequeños ordenados por alturas y recordó que fue Luigi quien los colocó. Sonrió al ver a Francisco y a Matías con la barbilla erguida y los brazos pegados al cuerpo, en un gesto casi marcial, y a Luigi entre ambos. Sofía, Rosa y Blanca, desperdigadas por aquí y por allá, amagaban sonrisas

forzadas, intimidadas quizá por el fotógrafo. Buscó a su suegra y la encontró en el otro extremo.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizada.

—¿Qué?

—La cara de tu madre.

—¿Qué le pasa?

—¿No lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Se le está borrando.

Gregorio y Luigi miraron la fotografía. Efectivamente, Pilar estaba muy pálida.

Llamaron a Paulina.

—Mire, madre —le dijo Lucía tendiéndole la foto.

Paulina se estremeció.

—¡Si parece un fantasma!

Los pasos del médico por la escalera, rompieron el silencio. Don Eutimio pasó un buen rato con la enferma. Cuando sintieron que salía, Paulina retiró del fuego un caldero con agua que vertió sobre una palangana. A pesar de la impaciencia que sentían, solo después de que el médico se hubiera lavado las manos se atrevió Gregorio a preguntar.

—¿Está muy mala mi madre?

Don Eutimio lo miró de frente.

—Es el corazón, va desacompañado. Tan pronto late alocado como... —dijo chascando la lengua—. Tendría que verla un especialista. Sin embargo, ahora debe descansar.

—¿Y qué podemos hacer? —insistió Gregorio.

—Vamos a esperar unos días y, si todo va bien, conozco un buen cardiólogo en Logroño.

—Lo que haga falta —añadió Gregorio.

—Es caro y habrá que hacer algunas pruebas. No sé si vosotros...

—Por el dinero, no se preocupe —apuntó Luigi, que escuchaba taciturno desde un rincón de la cocina.

—¿Tan grave es? —preguntó Lucía, sujetándose con firmeza al brazo de su marido.



El médico no respondió.

—¿Le ha pasado antes? —preguntó.

—Nunca —contestó Paulina.

—Habrá que ver cómo está ese corazón. Volveré mañana y, si tiene otro síncope, me avisáis.

## EL TERRATENIENTE

*Unas horas después*

**I**nquieto y preocupado, incapaz de detener el parpadeo del ojo derecho, que se abría y cerraba a su Ubre albedrío, Luigi abandonó la casa de Pilar. No habían resultado alentadoras las palabras del médico. Descansar, esperar y, si todo iba bien, una consulta con el especialista. Eso significaba días y noches de desasosiego pendientes siempre de los latidos del corazón de Pilar, del color de su tez, de su respiración. Esperar... esperar; él odiaba esperar. Curiosa contradicción para un hombre que llevaba media vida esperando el momento de formular una pregunta, que durante años le quemó en los labios y que, con el paso del tiempo, se le había helado en la garganta. Si de él hubiera dependido, habría metido a Pilar en una ambulancia y ya estarían de camino al mejor hospital de la comarca.

A grandes zancadas abandonó el pueblo; caminaba furioso, haciendo saltar las piedras que encontraba a su paso, a manotazos con la nada, en un intento desesperado por despejar el futuro, que se presentaba tan oscuro como las nubes que comenzaban a cubrir la montaña.

Caminó deprisa hasta llegar al altozano desde el que se divisaba la mayor de sus propiedades: una pieza de forma irregular, partida en dos por la carretera. Se adentró en ella. Nada le gustaba más que caminar entre las vides. Podía pasar horas contemplando el reflejo del sol descomponiéndose en cada racimo dorado, o pintando de luz los morados. Todo aquello era suyo. Él no trabajaba para nadie y bien orgulloso que estaba, aunque, a veces, sentía la pena de no tener con quién compartirlo.

A menudo pensaba en su madre y su memoria le traía recuerdos del

bienestar que a su lado sentía. Aún podía sentir el olor del ungüento que cada noche le extendía en las manos, para calmar la comezón de sus dedos plagados de sabañones. También pensaba en su hermano, frágil y juguetón. Aquel recuerdo aún le dolía. No se olvidada de Gianni, grande y bondadoso, que lo abrazó como nadie, y sonreía al imaginar el placer que sentiría al tenerlo de nuevo a su lado.

La vida le había dado mucho. Más incluso de lo que nunca se atrevió a soñar. Alcanzó la fortuna sin proponérselo, sin ambicionarla siquiera. Cuando tenía dinero, compraba las tierras que estaban en venta, no porque tuviera un olfato especial para los negocios, sino por una cuestión lógica. Siempre sería mejor ser el amo que trabajar para otros. Su curiosidad le llevó, años después, a viajar por algunas regiones vinícolas italianas y francesas, donde aprendió a elaborar vino de calidad. Se convirtió en su pasión.

Arrastraba la pena, medio oculta en algún lugar muy hondo, de no ser correspondido por la mujer que amaba y, aunque demasiado bien sabía que ella no volvería a enamorarse, esperaba. Quizá cuando la hija creciera... Pero ahora la muerte la rondaba. La parca sutil y traicionera quería arrebatársela y él poco podía hacer. Un juramento en su lengua materna rompió la quietud de la tarde, mientras retorció con saña aquellas cepas, ásperas y desabridas.

Pero no era Luigi hombre propenso a cargar con penas de por vida, ni a hundirse en melancolías. Aprendió a ser feliz estando cerca de ella. Se conformaba con hacerle la vida más fácil. Así había sido desde la noche en que salió a buscar a su marido y, aunque al principio tuvo que convivir con el dolor de imaginar que nunca la tendría, ahora se conformaba con verla cada día.

Se quedó en el pueblo al acabar la guerra civil. No le costaba ganarse la vida. Era habilidoso arreglando cualquier objeto que cayera en sus manos. La gente le llevaba sus viejos aparatos y él los devolvía funcionando. Su carácter templado y su amplia sonrisa le granjearon la simpatía de muchos; la de otros nunca la tuvo.

Cuando unos años después sintió nostalgia de su tierra, no se lo pensó mucho, recogió sus cosas y se fue. Su padre, que había vuelto a casarse, lo recibió con alegría. Lo que su progenitor ignoraba es que Luigi era ya un hombre libre, que jamás volvería a someterse a la voluntad de nadie y mucho

menos a la suya. Pronto surgieron las primeras desavenencias, y la rabia, amortiguada por la distancia, renació en él. Quizá porque la sufrió cuando era niño, odiaba la violencia. La primera vez que lo desafió con la mirada, hizo el petate y se fue.

Durmió a cielo abierto cuando no encontraba dónde resguardarse, comía lo que le daban y, tras varias jornadas caminando, llegó a la costa de Catania. El mar siempre fue un bálsamo para él. Pasó un día entero absorto en su contemplación. Cuando cayó en la cuenta de que debía ganarse la vida, se enroló en una vieja barca de pescadores. Salían antes del amanecer y regresaban por la tarde. Pasados unos meses, alguien lamentó que la taberna del puerto continuara cerrada. Él la reabrió. Cada tarde sacaba a la calle algunas mesas y sillas descoloridas por el salitre y las colocaba bajo las parras.

Allí servía vino hasta media noche. Así estuvo dos años y se habría quedado si una tarde de verano no hubiera escuchado en la vieja radio de la taberna que las tropas aliadas habían desembarcado en la isla. Al amanecer, ya se había ido.

Un año le costó regresar al pueblo de suaves colinas empedradas de viñedos. Un año en el que tuvo que sortear la guerra, que como una maldición lo persiguió por carreteras y caminos atestados de refugiados. Fue durante esos días de terror y miseria, de bombardeos contra la marea humana que como una inmensa oruga se arrastraba entre el polvo, cuando llegó a odiarse por haber participado en algo semejante. En un intento por conjurar la culpa, se convirtió en el ángel guardián de aquellos desgraciados, hasta que llegó a Marsella. Allí encontró trabajo en una granja. Meses de silencio y extenuantes jornadas consiguieron reconciliarlo con la vida. Cuando la culpa dejó de roerle las entrañas, se puso de nuevo en camino.

Era invierno cuando llegó. No tenía dónde vivir. Los compatriotas que quedaron en el pueblo se habían casado y no había sitio para él en sus hogares. Por unos pocos céntimos, la herrera lo acogió en la suya. Traía dinero suficiente para comprar una vivienda y una pequeña pieza de tierra. En los bajos de la casa que piedra a piedra reconstruyó, abrió su flamante tienda. «Se arreglan radios, bicicletas y toda clase de aparatos», decía el cartel que colgó en la puerta. Pero no se conformó. Se empleó como temporero, albañil,

carpintero, lo que hiciera falta.

Había cumplido veintiséis años. No volvió a sentirse desgraciado. La vida se convirtió en un juego para él. Solo se le conoció una novia a la que terminó aburriendo con su indecisión. Se sentía parte de la familia de Paulina y ya comenzaba a enamorarse de Pilar.

## CUIDANDO A PILAR

*Un miércoles, dos semanas después*

**L**os días eran cortos aún, las noches interminables; Paulina las pasaba con su amiga. Durante el día, mientras ella se ocupaba de sus quehaceres, eran Lucía y Gregorio quienes la cuidaban, pero, en cuanto podía, dejaba a los hijos pequeños a cargo de los mayores y corría a casa de Pilar. Si por ella hubiera sido, no se habría movido de su lado, pero no podía desentenderse de todo.

Luigi llegaba a medio día cargado como un buhonero: que si un cuarto de ternera y un par de gallinas viejas que harían un buen caldo, que si una cesta de naranjas, que si un trozo de queso de cabra, el preferido de Pilar, que si una merluza traída en hielo de la ciudad, tan fresca, que daba gloria verla. Se atrevió incluso con pequeños regalos personales, como un frasco de agua de colonia, unos pañuelos de batista con la inicial de su nombre bordado o un chal de buena lana. Todo se lo agradecía Pilar con una sonrisa. Nunca como en aquellos días estuvieron tan cerca el uno del otro. Ella se dejaba querer por aquel hombre al que nunca alentó en sus pretensiones, el mismo que ahora la entretenía con mil historias y la hacía reír con sus ocurrencias. Hasta planearon un viaje a Italia para algún verano. Parecía como si ella quisiera compensarlo de tanta indiferencia, o se hubiera rendido por fin a sus encantos.

Cada tarde pasaba un par de horas, no más, para no fatigarse, sentada en la mecedora de su habitación. Por su aspecto, nadie hubiera dicho que estaba enferma; ya no sufría vahídos, le había vuelto el color y tenía el gesto sereno.

La familia empezaba a tranquilizarse, parecía que el peligro había pasado. Cada vez que alguien nombraba la enfermedad, todos se apresuraban a cruzar

los dedos y a santiguarse en un intento desesperado por conjurarla, como si esos gestos bastaran para mantenerla alejada. «Ha sido el cansancio», aseguraban.

«Si es que estaba agotada: la huerta, el campo... Todo el día de aquí para allá. No me extraña que se pusiera enferma», pregonaba Paulina a los cuatro vientos, intentando olvidar que ella trabajaba tanto o más que su amiga y, además, se ocupaba de los hijos pequeños y a veces de la herrería.

Le costaba creerse sus propias palabras. «Va a curarse», «va a curarse», pensaba, y la seguridad de que su deseo se cumpliría le regalaba unas horas de sosiego, pero al rato comenzaba otra vez aquella maldita inquietud y, entonces, como si de una jaculatoria se tratara, su mente iba desgranando deseos: «Que pasen los días sin que tenga otro ataque». «Por Dios, que llegue a tiempo a la consulta». «Ojalá tenga remedio su mal». Porque intuía que Pilar estaba muy enferma. Se esforzaba para que nadie advirtiera su preocupación, reía a menudo contagiada por el ambiente relajado que rodeaba a la enferma, pero era incapaz de sacarse la angustia del pecho. En ella convivía la esperanza de que Pilar fuera a curarse con la convicción de que aquellos eran sus últimos días.

También el médico alimentaba la esperanza de la familia. Sus palabras fueron un bálsamo para ellos. Con la solemnidad que el asunto requería, había anunciado que el corazón de Pilar latía acompasado: «Fuertes y acompasados», había dicho, «así son ahora sus latidos».

Apenas quedaban unos días para la consulta. Luigi lo había arreglado todo para que una ambulancia recogiera a Pilar al amanecer y la trasladara a Logroño. En su camioneta irían él, Gregorio, Paulina y el médico. Todo estaba previsto. Todo, menos que la muerte les ganara la partida. La cita era para el lunes. A Pilar la enterraron el domingo.

## PILAR Y PAULINA PONEN EN ORDEN SUS ASUNTOS

*2 febrero de 1956, víspera de San Blas*

**A**unque nunca faltaba carbón en el brasero, les costaba mantener caldeada la habitación de Pilar. Un aire áspero como hollejos resecos se colaba por las ventanas destemplando el ambiente. El pueblo había amanecido cubierto por una invisible helada negra. Un viento glacial, que detenía la respiración y arañaba los huesos, mantenía a los vecinos al amparo del fuego. Pilar no quería levantarse; fue su hijo quien la animó.

—Levántese, madre, que lleva todo el día en la cama. Seguro que no le vendrá mal sentarse un rato.

Accedió para no disgustarlo.

Al ayudarla a incorporarse, Gregorio sintió como si un ay se le hubiera quedado trabado en los labios.

—¿Qué le pasa, madre?

—Nada, que me has pellizcado el brazo.

No quiso decirle que había sentido un vuelco brutal en el pecho y que, un instante después, cuando creía que no iba a llegarle el aire a los pulmones, un golpe pesado y lento le hizo recuperar el aliento.

Fue Paulina quien lo advirtió: quizá una palidez más acentuada de lo habitual, tal vez un ligero tono azulado en las uñas y en los labios, aunque bien podía deberse al frío. Gregorio comentó que esa tarde la veía apagada, ausente. Había insistido en llamar al médico, pero no le había dejado.

—Ve a buscarlo —le ordenó Paulina.

La miró confuso.

—¿No está bien, verdad?



—No.

Les bastó ver el gesto apesadumbrado con que don Eutimio abandonó la habitación para hacerse cargo de la gravedad.

—Esté como esté, hay que llevarla al especialista. Ha sufrido un nuevo ataque. Que no se mueva de la cama, que no se fatigue. Y rezad. Rezad mucho.

En silencio, con el gesto grave y la mirada perdida junto al fuego que crepitaba quedo en la cocina, Gregorio, Lucía y Luigi aguardaban impacientes el paso de las horas. En el cuarto de al lado, acurrucadas en la cama, Pilar y Paulina ponían en orden sus asuntos:

—Paulina, ¿tú crees que...?

—Mira que eres terca. ¿No te han dicho que no hagas esfuerzos?

—¿Desde cuándo hablar contigo es un esfuerzo?

—¡Zalamera!

La habitación, iluminada apenas por el reflejo azulado de una luna generosa que se miraba en los cristales, tenía un aspecto irreal.

—¿Crees que Dios nos habrá perdonado por aquello?

—Pues claro.

—A lo mejor quería que me dejara...

Paulina apartó la vista del punto indefinido al que la había fijado, se giró y miró sorprendida a su amiga.

—¿Te has vuelto loca?

—No sé. A veces me da por pensar que esto de ahora es un castigo.

Volvió a mirarla despacio. El rayo de luna que iluminaba su rostro se desvanecía entre los rizos de su pelo rojo. Distinguió su nariz recta, perfecta, la barbilla ligeramente alzada, el cuello firme. Tan bella y enigmática como la emperatriz de un país lejano.

—¿Castigarte a ti...?

—¿Crees que va a pedirme cuentas?

—Por Dios, Pilar, deja ya de... Si tú eres la persona más buena que he conocido. Además... mi madre siempre decía que Dios nunca abandona a sus hijos. Ten por seguro que quería que te encontrara. ¿De qué, si no, iba a ir yo a buscarte ese día?

—Entonces, ¿no me castigará por aquello?

—No. No te ha de castigar. Eso tenlo por seguro. Además, tú solo te

defendiste.

—Lo maté.

—Lo matamos las dos. No nos quedó otro remedio. Y hazte cuenta que nadie nos lo va a demandar. Ni en esta vida ni en la otra.

—Ojalá. Porque no puedo quitármelo de la cabeza.

—Hicimos lo que hubiera hecho cualquiera.

—Cualquier hombre.

—Tuvimos que valernos solas. Tú no tenías hombre y el mío siempre tenía que hacer.

—Júrame que cuando yo no esté no se lo contarás a nadie.

—Por Dios, Pilar.

—Por Él te lo pido, Paulina.

—Jurado queda. Y calla ya. No te fatigues.

—No me pidas que me calle, tengo mucho que decir.

—Vas a curarte, Pilar.

—Que nunca llegue a oídos de mis hijos.

—Por mí, no pierdas cuidado.

Un silencio denso, preñado de sollozos contenidos, quedó flotando en el aire. Fue Pilar quien lo rompió.

—Mandé a la Marina a Vitoria para apartarla del hijo de aquel... de aquel miserable.

—Me lo figuré.

Pilar sonrió.

—Nunca te he podido engañar, ¿eh?

También Paulina ensayó una sonrisa.

—¡Las dos hicimos bien el paripé! Ojalá me lo hubieras dicho.

—Tenía miedo de que no vieras el peligro.

—Ya me costó verlo, ya. Solo después de que la Marina se fixera, cavilando, cavilando...

—Y el caso es que no parecía malo el mocete —confesó Pilar.

—No. No parecía. Pero, vete tú a saber. ¡Imagínate que cada vez que lo tuviéramos delante se nos representara el padre! —apostilló Paulina.

—No quiero —dijo Pilar tragando saliva—. No quiero ni pensar que la Marina se hubiera casado con él.

—¡Solo nos hubiera faltado! Hiciste lo que tenías que hacer...

Pilar iba a decir algo, cuando un súbito ataque de tos se lo impidió. Mientras la ayudaba a incorporarse, Paulina pidió que les trajeran un vaso de agua. Cogió a Pilar entre sus brazos y, a poquitos, le fue dando de beber, hasta que consiguió que el mal rato pasara. Roja y extenuada, boqueando como un pez fuera del agua, Pilar intentaba recuperar el aliento.

De nada sirvieron las súplicas de Paulina para que se mantuviera en silencio. Cuando se recuperó, bajito, susurrando casi, volvió a hablar.

—Estoy cansada, Paulina. Muy cansada.

—Lo sé. Tienes que descansar.

—No —prosiguió—, cansada de hacer siempre lo que hay que hacer. Tuve que mandar a la moceta a Vitoria, siendo como es mi mayor alegría. Tratar a Luigi con tiento, con indiferencia a veces, para no dar que hablar. Callar cuando entre cuchicheos oía mentar a mi madre.

—Ya, ya —rogó Paulina angustiada.

Pilar agitó el brazo en el aire, en un gesto que pretendía ser enérgico y acabó desdibujado.

—Sujetar... sujetar la furia que sentía —prosiguió casi sin aliento— contra los que mataron a Genaro, las ganas de vomitar cuando me los cruzaba.

Cerró los ojos y permaneció unos minutos en silencio con el rostro crispado por el esfuerzo. Cuando volvió a hablar, lo hizo sin fatiga.

—Me he pasado la vida caminando deprisa, sin apenas levantar la vista del suelo, no fuera alguien a pensar que lo comprometía. He trabajado más que una mula y todo eso no ha sido nada comparado con el tormento de vivir sin Genaro. Con la agonía de despertarme sabiendo que nunca más volvería a verlo —se detuvo y, con gesto decidido y un tono ligeramente más áspero, continuó—. Cada mañana pensaba que no podría soportarlo, pero llegabas tú, fresca como una lechuga, aparentando una alegría que a buen seguro no sentías, y me contabas que si un mocete esto, que si el otro aquello y me enredabas en tu alegría y otro día que pasaba. Hasta que una mañana ya no me dolió tanto.

Apenas le quedaba un hilillo de voz y parecía extenuada. Cerró los ojos y, a tientas entre el embozo de la sábana, buscó la mano de su amiga. Paulina también los cerró. Pilar se iba...

—Siempre has sido muy valiente.

—Solo quería ser feliz...

Paulina se rompió al oír esas palabras. Ya no pudo seguir fingiendo.

—¿Qué voy a hacer sin ti...? ¿A quién voy a contarle...? ¡Con todo lo que hemos pasado juntas! ¡Con la de momentos difíciles que nos ha tocado vivir! Y ahora que todo iba derecho, ¡ahora que Gregorio y la Lucía se han casado y da gloria verlos de lo contentos que están! ¡Ahora que la Marina va a ser maestra! ¡Que mis mocetes ya van creciendo y no están siempre dando guerra...! Justo ahora, te pones enferma —sollozaba Paulina con el rostro cubierto de lágrimas.

El gesto cariñoso de Pilar, intentando secárselas con el dorso de su mano, le hizo reaccionar.

—Perdóname, Pilar... Mira que soy tonta.

—Perdóname tú a mí.

—¡Has hecho tanto por mí...! —gimió Paulina— ¡Gracias a ti soy lo que soy!

—¿Qué majadería es esa?

—Que sí, Pilar, que sí. Yo sé lo que me digo. ¿Te acuerdas de cuando me decías que era la persona más valiente y generosa que habías conocido?

Pilar sonrió.

—Y es verdad.

—¡Cómo me gustaba oírtelo decir! —suspiró Paulina—. Me ponía hueca como una gallina clueca cuando te lo escuchaba. Hasta que te conocí —prosiguió Paulina, esforzándose por contener la emoción—, yo solo era la hija de la seronera, una moceta bruta y deslenguada como tantas. Tú me enseñaste a no hacerlo todo a lo loco, a pensar, a escuchar. Me decías que habías tenido mucha suerte al conocerme... y yo te miraba como alélada, sin poderlo creer. Me repetías que era buena, lista, que alegraba la vida a quienes me rodeaban... y ya ves, Pilar, de tanto oírtelo me lo creí.

Paulina permaneció en silencio, mientras una sonrisa juguetona le nacía en los labios.

—¿Te acuerdas del primer día de escuela? Tan ricamente entramos las dos junticas y desde entonces... inseparables —dijo Paulina sorbiéndose las lágrimas—. ¡No me sentía yo importante ni nada defendiéndote! Porque hay

que ver lo que te hicieron pasar —continuó—. Sobre todo la dientona, aquella que se casó a Páganos, y la otra, ¿cómo se llamaba...?, sí, la caramocha que vivía en la Rachuela. Me ardía la sangre cada vez que... ¿Qué les habrías hecho tú? Envidia, mucha envidia es lo que tenían, porque eras como un ángel, con ese pelo tan precioso que tienes y los vestidos de princesa que tu madre te hacía. Me acuerdo de uno amarillo, con festones y cintas blancas. ¡Ay! ¡Cómo me gustaba! Y, cuando te lo dije, te lo quitaste y me lo pusiste en las manos, ¿te acuerdas?

Pilar asintió emocionada.

—Mi madre me dio una tunda de campeonato cuando llegué a casa con él.

—Pobrecica mía —sonrió Pilar.

—No podía creer que me lo hubieras regalado. Me hizo ir a tu casa a devolverlo. Y al verano siguiente... al verano siguiente, tu madre me hizo uno de organza blanco. Ay, Pilar. Creía que me volvía loca de alegría. ¿Te acuerdas?

—Sííí.

—Si cierro los ojos, aún puedo vernos en la plaza, vestidas de domingo.

También Pilar cerró los ojos y el recuerdo de dos niñas girando al son de la música con sus vestidos nuevos una luminosa tarde de junio se coló en la habitación.

—¡Aún me acuerdo de cómo te enfurruñabas si alguien se acercaba a tocártelo y la de puntapiés que repartías!

—Es que tenía miedo de que me lo mancharan.

Rieron juntas hasta que otro ataque de tos volvió a agotar a Pilar. Pasó un buen rato antes de que pudiera volver a hablar.

—Tengo que pedirte un favor.

—¡Recoño, Pilar, no me amóles! —exclamó Paulina, fingiendo fastidio.

—Júrame que cuidarás de la Marina, que nunca permitirás que se le arrime el hijo de... del... Júrame que, si la ronda, harás lo que sea para alejarlo. Júrame, Paulina, que la ampararás como si fuera de tu sangre.

—Seré el melocotonero que guarde tu viña.

—Di a Luigi que baje a buscarla.

—...

—¿Me has oído?

—En cuanto amanezca.

Pilar se encogió en el regazo de su amiga y se aferró a su mano. La misma mano que Paulina le tendió cuando de niñas cruzaron juntas la puerta de la escuela. La mano amiga que la ayudó a transitar por la vida, en la que ahora se apoyaba para abandonarla.

—Mañana será San Blas —susurró.

—«Si vas para San Blas me traes un Sanblasín que no sea muy grande, ni muy chiquitín...» —cantó Paulina—. ¿Te acuerdas cuando de pequeñas te recitaba aquello que me enseñó mi madre y a ti tanto te gustaba?

—Dímelo ahora.

—«Camina la Virgen pura, camina para Belén, y en la mitad del camino, pide el niño de beber...»

—No me olvides.

—Nunca.

Paulina volvió a mirarla. Tenía los ojos cerrados y, a pesar de que las lágrimas le impedían verla con claridad, no le pasó desapercibida la placidez que inundaba su rostro. ¿Cómo iba a olvidar la blancura de aquella piel salpicada de pecas, su pelo arrebolado, la sonrisa tímida que se tornaba generosa cuando estaba con los suyos, su fino sentido del humor, la desesperación que a veces le leía en la mirada? Repasaba mentalmente las canciones que habían cantado, los dichos y los versos, las expresiones que utilizaba, porque sabía que el tiempo se acababa.

El sereno anunciaba las horas —«Las cuatro y nublado»—, mientras ella se abrazaba a Pilar en un intento desesperado por arrebatársela de nuevo a la muerte. Cuando cantó «Las siete y sereno», Pilar murió.



## SEGUNDA PARTE

## BLANCA

*Octubre de 2000, después de la vendimia*

**S**iempre que al salir de la curva se lo encontraba, tenía que esforzarse por mantener a raya la emoción. Pero ese día, al verlo navegar en un mar de púrpura y ocres encendidos, las lágrimas enturbiaron su mirada. Como un viejo galeón varado en el cerro, orgulloso de su condición de vigía, el pueblo de sus padres, al que ahora acudía a despedir a la abuela Paulina, apareció entre viñedos. El viento ondulaba el puzle multicolor desgranando el otoño, mientras torres y almenas se recortaban a contraluz. A pesar de que el invierno no había llegado, Blanca sintió frío.

Volver al pueblo le producía un extraño desasosiego, un rosario de emociones encontradas. Ahora que la abuela había muerto, nada la ataba a aquel lugar. El trato con la familia era escaso; ella se encargó de que fuera así. Nunca se confió a nadie, ni tuvo un gesto de complicidad con ninguno de ellos. Las muestras de cariño las guardaba para la abuela. Eludió reuniones y fiestas familiares, pretextando guardias y trabajo acumulado, y aprendió a esquivar sin brusquedad, pero con determinación, las muestras de afecto. «Es seca», decían, «pero ¿cómo quieres que sea con ese trabajo que tiene? ¡Pobrecita mía! ¡Lo que tendrá que ver!».

En su afán por dejar atrás el pasado, vendió la casa de sus padres. Ni su esposo ni ella deseaban pasar un solo día de vacaciones en aquel pueblo azotado por el viento, la niebla y el sol, donde las moscas sobrevolaban los excrementos de los mulos, que rodaban calle abajo. Y, sin embargo, se emocionaba al volver. Aún se conmovía al pensar que las calles que pisaba fueron el escenario de juegos de sus padres, que en aquella iglesia los



bautizaron o en la otra se casaron. Se sentía atada a aquel lugar y no le gustaba.

A Paulina se le rompió el alma cuando malvendió la casa familiar. No se lo recriminó y, en la distancia, siguió cuidando de aquella nieta como de ninguna otra; sabía que su actitud era la coraza que la defendía del terror que debió de sentir al quedarse huérfana. Además, era la hija de su querida Lucía.

Fascinada por su inteligencia y por el brillante porvenir que le auguraban, Blanca solo tenía ojos para su marido. Ella acababa de conseguir su primer trabajo de psiquiatra; él era un reputado neurocirujano, tan eminente como vanidoso. Distanció las visitas a la abuela: ya no iba por Navidad, ni en los Santos. Únicamente aparecía por allí un par de veces al año, casi siempre sola.

Cada vez le costaba más disimular la impaciencia que el parloteo de las tías le producía, el rechazo por la simpleza de sus comentarios o sus ajados juicios de valor. Odiaba las bromas de sus primos, sus palabras con doble sentido, su aspecto rudo y descuidado. Su falta de interés por lo que ocurría más allá de las montañas que los cercaban. No se anduvo con contemplaciones, los expulsó de su vida. Ni siquiera al divorciarse se acercó a ellos. Sin embargo, se rompió cuando supo que la abuela había muerto. Aligeró la consulta, organizó la agenda y pasó por casa a preparar una bolsa de viaje. «Mañana es el entierro, pero me gustaría que vinieras hoy», le pidió Sofía.

Antes de las dos, ya estaba en la carretera. Se obligó a no pensar; cantó a voz en grito para ahuyentar la pena, pisó el acelerador, en un intento desesperado por correr más aprisa que sus recuerdos. Se repitió una y mil veces que era ley de vida, que la abuela ya estaba mayor, y, así, mal que bien, consiguió mantener a raya la emoción hasta que vio el pueblo. Lloró como una niña. Cuando las lágrimas no le dejaron ver, aparcó el coche y, sentada sobre una piedra, se entregó al llanto sin pudor, con devoción incluso, como si hubiera llegado el momento de saldar viejas deudas. Después, exhausta, con la cabeza dolorida, los ojos arrasados e hipando sin control, sacó de la maleta la bolsa de maquillaje e intentó recomponerse. Era incapaz de discernir si lloraba por la abuela, por sus padres, por ella o por todos.

Encontró a las tías en la cocina. Las que vivían fuera habían ido llegando a

lo largo de la semana. El inofensivo resfriado de la abuela se había transformado en una neumonía, y Sofía, temiendo cercano el final, las había llamado. Varias primas traían y llevaban tazones de caldo y café, mientras las tías rezaban el rosario.

Fue Carmen quien la vio llegar.

—¡Ya estás aquí! —exclamó. La besó sin aspavientos y volviéndose al grupo alzó la voz:

—Ha llegado la Blanca.

Sofía se levantó a recibirla. En su recién estrenada condición de jefa de la familia, pensó que podía permitirse cierta familiaridad, así que la abrazó. Blanca se abandonó en sus brazos y la tía la miró conmovida. Tenía los ojos hinchados y el rostro enrojecido.

—Ven —le dijo, cogiéndola de la mano mientras la sacaba de la cocina—. Ven a verla. Está como dormida.

El velatorio se había instalado en el comedor. Un hombre sentado en una silla de ruedas acompañaba a la abuela. No pudo evitar oír las palabras que murmuraba.

—*Eri sempre la più coraggiosa delle tre. Ci hai salvato. Addio amica. A presto.*

Sofía posó la mano en el hombro del anciano y este se volvió sorprendido. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas. Blanca lo reconoció al instante: era el tío Luigi. Aquel viejo inválido de piel arrugada era el reputado bodeguero que innovó los procesos de producción del vino y lo dio a conocer en medio mundo. Gracias a su trabajo y a su visión del negocio, Luigi se había convertido en el dueño de varias bodegas en la Toscana, aunque su joya más preciada seguía siendo la que fundó en Laguardia. Bajo su dirección y la de su esposa Marina, las bodegas Pavoni gozaban de un reputado prestigio. Blanca lo miró despacio. El anciano la saludó con afecto, algo que no dejaba de sorprenderle, pues, aunque se veían poco, aquel hombre era siempre muy cariñoso con ella. Después, inclinó la cabeza ante el ataúd y salió del comedor haciendo girar con su mano enguantada la silla de ruedas.

Blanca volvió a romperse.

—Tranquila, hija, que ella se ha ido en paz.

—¡Pobre abuela...! ¡Qué vida más dura...! —murmuró pensativa.

—Sí. Muy dura y, sin embargo, disfrutaba con todo. ¡Hay que ver lo que le gustaban los toros! ¡Y la música! ¡Y el cine! Solo la muerte de tu abuela Pilar y la de tu madre estuvieron a punto de hundirla...

—¡Qué mujer!

—Y te adoraba.

Blanca se abandonó de nuevo en los brazos de Sofia, que la condujo al cuarto de baño, donde entre ambas intentaron ocultar los estragos del llanto. Un rato después volvían a la cocina.

No había reparado en la tía Marina y su hija, que charlaban junto al fuego. Fue Marina quien se levantó al verla.

—Blanca, querida, ¡cuánto tiempo! Mira, Elsa, tu prima.

A pesar del tiempo transcurrido, Marina no había cambiado; debía de rondar los sesenta, llevaba el pelo, negro aún, recogido en un moño que dejaba al descubierto un cuello blanco, magnífico. Identificó en su cara la sonrisa juguetona que de niña la hipnotizaba. Era su tía preferida. La que le endulzó la infancia. La que creó para ella mundos de fantasía donde se refugiaba cuando no soportaba la realidad. La misma que la hacía reír con historias disparatadas, o temblar de emoción exagerando cualquier acontecimiento. Después, todo se complicó; recordaba las palabras de su madre: «Es una orgullosa que solo viene al pueblo a presumir. Si tiene, mejor para ella, que se lo guarde, que yo nada le he pedido». Durante un tiempo, Blanca se debatió entre dos lealtades. Después, su madre murió y solo en contadas ocasiones volvió a ver a Marina.

—¡Cuánto me alegro de verte! Una pena que sea en estas circunstancias, pero... ¡qué le vamos a hacer! Paulina me dijo que eres una reputada psiquiatra. Mira, Elsa, tu prima. ¡Si aún podríais pasar por hermanas!

De pequeñas, Elsa y ella jugaban a ser hermanas; rubias las dos, de la misma estatura... y, sin embargo, ahora apenas podía reconocerla. No recordaba que sus ojos fueran de un azul intenso, ni que su rostro tuviera una expresión tan dulce.

—He preguntado muchas veces por ti. Sé que de vez en cuando vienes al pueblo —le dijo su prima con gesto risueño.

—Por la abuela sé que vives en Madrid —le respondió Blanca.

Después se armó un pequeño revuelo. Las tías pugnaban por instalarla en

sus casas y, aunque Blanca se empeñaba en ir a la fonda, Marina la convenció para que se quedara con ellas. Poco después, abandonaba la casa de la abuela con su prima Elsa.

—A las siete aquí —oyó decir cuando cerraba la puerta.

## ELSA

### *El mismo día*

**E**staba en Madrid, a punto de coger un avión para Palermo, cuando recibió la llamada de su madre: Paulina había empeorado y, aunque ningún lazo de sangre las unía, para ella fue su abuela. La única que conoció.

De niña, pasaba muchas horas escuchándole hablar de su abuela Pilar: «Era como un ángel», le decía; y Elsa la imaginaba con alas, revoloteando alrededor de Paulina. Le hablaba de lo mucho que les gustaba bailar, de las tardes de verano a la sombra de la higuera rodeadas de niños. De la primera vez que vieron una película. «Fue como si nos asomáramos a la ventana del mundo», le dijo. De la afición por el cine que había nacido en ellas, de la importancia que tuvo en sus vidas. Le habló también de las funciones de teatro que su madre y ella organizaban en la cocina y que tenían como espectadores a los hijos pequeños de Paulina y a la *Canela*, una perra de caza. Nunca le habló de la guerra, ni de lo que pasó con el abuelo Genaro. Restó importancia a los rumores que Elsa traía de la calle y que en voz baja le confiaba: «No hagas caso de las habladurías, fueron tiempos difíciles. En todas partes se cometieron abusos. Hay que olvidar y seguir adelante».

Tampoco su padre, que era más o menos de la edad de Paulina, hablaba del pasado. Todos sabían que Paulina y él eran viejos amigos. Bastaba observar la complicidad de sus miradas para adivinar el respeto y el cariño que se tenían. Elsa no preguntaba, ya era difícil para ella conjugar el hecho de que su padre hubiera luchado en el bando nacional con el asesinato del abuelo por rojo, como para meterse en honduras difíciles de digerir. Le costaba creer

que aquel hombre bueno y honesto hubiera defendido ideas tan alejadas de las suyas. De adolescente se lo contó a su madre: «Hija, no juzgues por las apariencias; tu padre es el hombre más noble y generoso que conozco». No volvería a preguntar. Fue también por aquella época cuando, de tanto oírlo en la escuela, llegó a parecerle extraña la diferencia de edad entre ellos: casi un cuarto de siglo eran muchos años. Y, aunque su padre era un hombre dinámico y bien parecido, ya empezaba a envejecer, mientras su madre brillaba aún en todo su esplendor. Paulina la tranquilizó: «*El amore*», le dijo, y Elsa sonrió satisfecha.

Desde que su padre enfermara, su madre y él pasaban largas temporadas en el pueblo; únicamente iban a Siena, donde hacía años que habían instalado su cuartel general, en invierno. Se marchaban después de la vendimia y regresaban por abril. El trepidante ritmo de vida que llevaban decreció en los últimos años y, desde hacía dos, cuando Luigi sufrió el ataque de apoplejía que lo dejó postrado en una silla de ruedas y hablando únicamente italiano, se redujo casi por completo a estas dos ciudades y algún que otro viaje a Madrid. Porque, aunque ella los visitaba a menudo, de vez en cuando eran sus padres quienes se acercaban a Madrid a verla. Su madre era feliz esos días. Visitaba a los amigos y se ponía al día de los estrenos de cine y teatro. Volvía radiante, como si se hubiera quitado de encima la pátina de niebla que a menudo envolvía el pueblo y que a ella la asfixiaba. Salía temprano y regresaba al anochecer, exhausta pero feliz. Su padre, sin embargo, apenas abandonaba la casa de Elsa. Ella o su marido lo llevaban a pasear por la Plaza Mayor y, si el tiempo era bueno, se acercaban al Retiro. Con eso le bastaba. Él prefería quedarse en casa con sus libros, sus colecciones y sus recuerdos, a esperar la llegada de los nietos, a los que ahora se dirigía en una lengua desconocida para ellos, creando situaciones confusas que entre todos resolvían con humor.

Apenas hacía una semana que Elsa había estado en el pueblo y, como siempre, tras pasar por casa de sus padres, se acercó a ver a Paulina. La encontró en la cama con un fuerte resfriado. No tenía ganas de hablar. Ni siquiera se alegró al ver la caja de caramelos violáceos que siempre le traía.

Regresó a Madrid preocupada, sobre todo porque debía viajar a Sicilia para participar en la restauración de un mosaico, que la mantendría un mes alejada de casa. La insistencia de su marido por pasar unos días a solas con

aquel par de adolescentes gandules y silenciosos en que se habían convertido sus hijos y la ilusión de visitar la tierra de su padre en otoño, habían sido determinantes a la hora de aceptar el encargo. Sin embargo, al recibir la llamada de su madre, volvió al pueblo. Nunca se perdonaría haberla dejado ir sin despedirse.

La encontró tranquila, aunque estaba pálida y respiraba con dificultad. De vez en cuando, los miraba con aquellos ojos acuosos, casi transparentes, que se les ponían a los herreros en la vejez, como si quisiera decirles algo, pero, cuando encontraba sus miradas, volvía a cerrarlos. Se turnaron para cuidarla. Como el resto de la familia, también Elsa pasó unas horas con ella. Dudaba de que la reconociera. Sin embargo, tras un largo sopor, abrió los ojos y se dirigió a ella:

—Tengo que irme... —musitó.

—¿A dónde? —le preguntó Elsa con su mejor sonrisa.

—Me está llamando.

—¿Quién te llama?

—Tu abuela.

Supo que era el final. La besó y en silencio se despidió de ella.

—¿Cómo la ves? —preguntó la tía Dolores al salir de la habitación.

—No la veo bien —le respondió.

Al volver a casa, le dijo a su padre que Paulina se moría.

—*Sono solo io* —respondió el anciano con inmensa tristeza. Después, cerró los ojos, recostó la cabeza en el respaldo de la silla y se perdió en sus recuerdos. Primero Pilar, ahora Paulina, pronto le tocaría a él. Volvió a sentir la misma angustia que aquella gélida mañana en que la muerte también rondaba a los suyos...

Había salido a buscar a Marina antes del amanecer. Una luna espléndida alumbraba la tortuosa carretera, mostrando a izquierda y derecha una hilera de campos yermos, adormecidos bajo el hielo. A la urgencia de que Marina llegara a tiempo para despedir a su madre, se le unía la rabia y el dolor que ponían a prueba su temple para conducir. En un intento desesperado por mitigar la pena que le ahogaba, golpeó con el puño el salpicadero de la

camioneta hasta que se le abrieron los nudillos y la sangre le tiñó la mano. El dolor lo ocupó todo. Pero no duró mucho, la imagen de la mujer que amaba, pálida, casi sin aliento, desmadejada, lo poseyó de nuevo. Pilar llevaba la muerte pintada en la cara, se iría joven y bella, no envejecerían juntos. Tantos años sin atreverse, esperando que llegara el maldito momento, y quien había llegado era la muerte. Alzó el puño ensangrentado y a gritos le pidió cuentas a Dios. Abrumado por el silencio, lo maldijo con los peores juramentos que recordó de sus días de marinero. Después se le rompió la voz y lloró.

La campana del colegio daba las nueve cuando aparcó la furgoneta frente al muro, respiró hondo, se atusó el pelo y tocó el timbre. El silencio del corredor quedó roto por el llanto de Marina. Le bastó saber que Luigi estaba allí para imaginar lo que ocurría.

—¿Es mi madre, verdad?

¿Es que nadie más había reparado en la palidez de su rostro? ¿Solo ella lo había visto? Había obviado la evidencia, convencida como estaba entonces de que tras el abandono de Germán no era capaz de soportar más dolor. No tuvo fuerzas para sostenerle la mirada y preguntarle qué le ocurría. Lo había visto y había callado: «Dios mío, que no muera, que mi madre no muera. Juro que la cuidaré. Viviré pendiente de ella, pero que no se muera». Mil veces invocó a Dios en las heladoras horas del viaje, otras tantas perdió y recuperó la esperanza, hasta que al llegar al pueblo recibió el pésame del primer vecino con el que se encontró.

La conmoción entre la familia fue tan grande, que todos quedaron como alelados: Marina pasó una semana llorando de la mañana a la noche. Cuando el agotamiento la vencía, caía en un sopor agitado y lleno de pesadillas, del que despertaba aterrada. Dos semanas después, cuando los ojos se le secaron, hizo la maleta y, casi sin despedirse, volvió al colegio. Gregorio se tornó apático, taciturno. Los intentos de Lucía por interesarlo en algo fracasaron durante meses. También ella andaba alicaída, llorando a escondidas, con el corazón en carne viva, fingiendo una entereza que no sentía. Luigi se volvió loco: pasaba el día en el campo y solo regresaba al pueblo al anochecer. Se apoyaba entonces en la barra de cualquier taberna y, taciturno y mal encarado, bebía hasta que casi no podía sujetarse en pie. Iniciaba después el camino a casa, donde por lo general conseguía llegar, y, a tientas, se dejaba caer en la



cama. Más de una vez lo encontró el marido de Paulina, orinado y medio ahogado en su vómito, o dormido en la calle. Aunque él no lo sabía, Severino se aseguraba cada noche de que llegara a casa. Paulina se metió en la cama y no salió durante más de un mes. Se negó a ver a nadie, ni siquiera a sus hijos pequeños, y mandó decir a su marido que respetara su dolor y no pisara la alcoba. La paciencia y el tiento con que sus hijas mayores la cuidaron y la visita del cura recordándole sus obligaciones de esposa y madre, recriminándole el abandono en que había dejado a su familia, volvieron a ponerla en pie.

Solo el tiempo fue capaz de atemperar tanto dolor.

Un rato después, Elsa abrió la puerta del gabinete de su padre y lo encontró dormido. Le cubrió las rodillas con una manta y abandonó sigilosa la habitación.

Esa tarde Paulina entró en un sueño plácido del que solo salía para abrir los ojos un instante y esbozar una sonrisa cansada. Cuando esto sucedía, Sofia iba nombrando a quienes la rodeaban.

—Mire, madre, han venido Francisco y su mujer. ¿Ha visto lo guapa que está la Mari? Y ahí están Rosa y Matías y su hija...

Pero Paulina no podía verlos. La poca vida que le quedaba apenas le alcanzaba para algún momento de lucidez. Soñaba con sus padres, con su marido, con su hija Lucía y con Pilar.

Su mente alucinada había vuelto a encontrarlos y solo quería estar con ellos.

Su vida nada tuvo que ver con su muerte. Parecía imposible que una mujer como ella, que alborotaba el aire a su paso, abandonara este mundo sin que nada extraordinario sucediera. El día no se tornó noche, las estrellas no palidieron, ni una esfera de fuego cruzó veloz el firmamento. Mansamente, cuando la luz de la luna daba de lleno en los tejados y los picos de la sierra se abandonaban a las sombras, Paulina Arazuri murió.

## LAS PRIMAS

*Unas horas después*

**B**ajaban por la calle Santa Engracia una detrás de otra. Elsa, unos pasos por delante, cargando el equipaje de Blanca; esta, buscando aún la excusa que le permitiera zafarse de su hospitalidad. Lamentaba haberse rendido a la insistencia de Marina. Un momento de duda había bastado para verse ahora tras aquella desconocida, que caminaba con el mismo brío que si se abriera paso a través de la jungla.

Al llegar a casa, Elsa le mostró su habitación y le sugirió que descansara. La llamarían antes de las siete. Blanca se quedó sola en un cuarto iluminado por la luz del atardecer: la vista era tan bella que quitaba el sentido. A los pies del pueblo podía verse la laguna; más allá, los viñedos, y, al fondo, la Sierra de Cantabria. Se sintió parte de aquel lugar.

Recostada sobre la cama, abrió el ordenador. Dedicaría el tiempo que le quedaba a poner en orden su correo. Lo último que pensó fue que había demasiados mensajes profesionales y tan solo uno personal.

Un golpe en la puerta la despertó.

—Blanca, Blanca...

—Voy —contestó confusa.

—¿Puedo entrar? —era Marina.

—Claro —dijo incorporándose.

—¡Ay, criatura! ¡Qué pena me da haberte despertado! Seguro que estás baldada, pero es que son más de las seis y media.

Iba a seguir hablando, pero calló al ver que Marina señalaba algo a través de la ventana.

—Mira, el baile de los estorninos. Allí... ¿Ves?

En apenas unos segundos, cientos de aves componían en el cielo figuras que hacían desaparecer con asombrosa rapidez. Su baile sincronizado, perfecto, parecía seguir el ritmo de una inaudible melodía.

—Solo falta la música —susurró Blanca.

—¿En qué música estás pensando? —preguntó la tía.

—En violines, valeses de Strauss, ¿y tú?

—Como son estorninos de la zona, quizá en la gaita.

—No los veo yo moviéndose a ritmo de gaita —respondió Blanca sonriente.

—Ni yo. Ese baile no se parece al *txulalai* —contestó divertida—. En quince minutos salimos. Anda, date prisa.

Blanca aún sonreía un rato después de que la tía hubiera abandonado la habitación. Pese a los años transcurridos, aquella mujer seguía siendo la misma: quizás no había sido tan mala idea quedarse en su casa.

Después de instalar a su prima, Elsa llamó a su marido. El encuentro con Blanca había resultado agrídulce; se había alegrado de verla, pero pronto percibió su apatía, algo que le hizo sentir cierto desasosiego. Necesitaba oír la voz melodiosa de su esposo, sentir su complicidad, el calor de sus caricias susurradas. Pero no contestó.

Inquieta y frustrada, caminó por la casa. ¿Qué esperaba? A pesar de que sus recuerdos de infancia estaban ligados a ella, hacía años que no mantenían ninguna relación. Era absurdo pensar que en un momento podrían recuperar más de la mitad de sus vidas. ¡Maldita ingenua!

Años después de morir la tía Lucía, Blanca se fue a Bilbao a estudiar medicina. Ella pasaba largas temporadas en Siena. Se veían poco, pero la seguía llamando por su cumpleaños y en fechas señaladas. Poco le costó darse cuenta de que recibía sus llamadas con indiferencia, con desgana a veces, y, a pesar de la insistencia de su madre para que mantuvieran el contacto, dejó de hacerlo. Pasó mucho tiempo antes de que volvieran a encontrarse en algún acontecimiento familiar, quizá una boda. Para entonces Blanca ya se había casado y acudió acompañada por su marido, un tipo estirado y arrogante que

les hacía el favor de dirigirles la palabra. Si no hubiera sido porque Paulina les pidió que obviaran su impertinencia, alguien le habría puesto en su lugar. En esa ocasión, la había encontrada tensa, incómoda. Guardó su imagen de niña junto al resto de sus recuerdos de infancia y la olvidó, hasta que esa tarde la había vuelto a encontrar.

Por un momento creyó que el desamparo que ambas sentían podría volver a unirles, que era un buen momento para reencontrarse. Su madre había desplegado todas sus dotes de persuasión y, aunque a regañadientes, Blanca aceptó instalarse con ellas. Pero ahora se daba cuenta de que no había sido una buena idea. Ni siquiera su natural optimismo le hacía pensar en un acercamiento.

El curso de su pensamiento quedó roto por el sonido de una puerta al cerrarse. Su madre volvía a casa.

—Ya estoy aquí —dijo con voz cantarina.

—No grites, madre, que Blanca está descansando...

—Mira que soy tonta... ¿Y a ti qué te pasa...? ¿A qué viene esa cara?

—No sé... estoy pensando que no deberíamos haber insistido. No veo a Blanca cómoda con nosotras.

—Voy a hacerme un café, ¿quieres otro? Pregúntale a tu padre si le apetece uno.

Lo tomaron en la terraza de invierno, un corredor acristalado con vistas a la sierra, amueblado con unas sencillas estanterías y varias butacas de cretona rayada, salpicado de plantas que su madre cultivaba en grandes macetas. Era el rincón preferido de la familia en invierno, el lugar donde les gustaba sentarse a charlar, leer o ver pasar la vida.

—El funeral será mañana a las siete en la iglesia de San Juan. Acaba de llamar Rosa —dijo su madre mientras dejaba sobre la mesa una bandeja con dos tazas humeantes—. La voy a echar mucho de menos. Todo será peor sin ella.

—Significó mucho para ti, ¿verdad?

—Me salvó la vida o... quizá me condenó —suspiró Marina pensativa.

—¿Que te condenó! ¿Qué dices, madre? —preguntó Elsa sobresaltada.

—¿Que qué digo?

—Acabas de decir que Paulina te salvó la vida o te condenó. ¿De qué te

salvó? ¿A qué te condenó? No entiendo lo que dices.

—Por Dios, Elsa, deja de decir tonterías. ¿Cómo voy a haber dicho yo eso? Anda, pásame el café antes de que se enfríe. ¿Dónde va a dormir tu prima?

Elsa la miró confusa: su madre siempre había sido una experta en desviar la atención, era capaz de esquivar cualquier asunto y hacer que la conversación discurriera por donde ella quería. Lo hacía con tanta naturalidad que su interlocutor temía no haberse hecho entender.

—Madre, me acabas de decir que...

—Ya está bien, Elsa —le cortó— ¡Qué sé yo lo que he dicho! Estoy alterada y muy preocupada por tu padre...

—¿Qué le pasa a mi padre?

—Que está muy mayor y esto ha sido un mazazo para él. Pero dejemos eso. Dime, ¿dónde va a dormir tu prima?

—La he puesto en la habitación que da a la muralla. La que tiene las mejores vistas.

—Has hecho bien. Vamos a intentar que esté cómoda. No debí haber dejado que se alejara —añadió, moviendo de un lado a otro la cabeza.

—¿Y... qué podías hacer?

—No sé —respondió pensativa.

Elsa vio que su madre volvía a estar tan lejos como hacía un momento. Pero donde quiera que estuviera, no se entretuvo, porque, un instante después, volvía a ser la mujer alegre y práctica que ella conocía.

—Son más de las seis —miró su reloj de pulsera—. Voy a ver si tu padre me necesita. Después me arreglaré y llamaré a Blanca. ¿Te quedas ahí? —dijo al ver que Elsa no se movía.

—Voy enseguida. Aún hay tiempo.

Al verla salir, Elsa se estremeció. Sentía la misma angustia difusa de su adolescencia y lo peor era que Paulina no estaba allí para calmarla.

## LA FAMILIA DESPIDE A PAULINA

*Esa noche*

**L**a comitiva compuesta por Luigi, Marina, Elsa y Blanca se dirigía a casa de Paulina, cuando de un portal salió una mujer de cierta edad.

—¿Qué? A rezarle un rosario a la difunta, ¿no? —preguntó.

Marina iba a responderle, pero su actitud desafiante la detuvo.

—Ya podéis echarle bien de rosarios, ya, que buena falta le han de hacer.

Y algún que otro responso tampoco le vendría mal.

Se miraron perplejos. ¿A qué venían aquellas palabras?

—*Non vi fermate, andate avanti* —cortó tajante Luigi.

—¿Quién es esa loca? —preguntó Elsa volviendo la cabeza.

—Una vecina de esta calle, la hija del Eustaquio y la Javiera. No sé cómo se llama, ni qué mosca le ha picado —respondió Marina.

Se habían dispuesto dos largas mesas en el portalón de la abuela. Elsa se acercó a saludar a la familia y, como viera que Blanca parecía indecisa, le hizo una seña para que se les uniera.

—¿Te acuerdas de Jon? —le preguntó—. Esta es Blanca —dijo dirigiéndose a él.

—No te hubiera reconocido fuera de aquí —contestó, mientras sopesaba si debía darle un beso o con un apretón de manos bastaría.

Fue su primo quien la sacó de dudas plantándole un beso en cada mejilla.

—Yo tampoco. Aunque tienes cierto aire familiar —sonrió Jon—. Me alegro de verte.

Escoltada por Elsa y Marina, Blanca saludó a familiares y amigos. Más de uno quedó gratamente sorprendido por su trato afable. Quizá Paulina tenía

razón cuando decía que tanta aspereza era solo un mal envoltorio, aunque bien era cierto que, estando su abuela de cuerpo presente, no era momento para mostrarse orgullosa. Jon se sentó entre sus primas, encantador. A Blanca no le pasó desapercibida la buena sintonía que había entre ellos. Sintió envidia. Aquella gente, su familia, era amable y cariñosa. Donde quiera que mirara, encontraba un gesto de afecto, un guiño cómplice, una sonrisa. A su lado, una prima a la que no había visto nunca le sonreía con timidez. Se sintió cansada. Ahora se daba cuenta de la carga que durante años había llevado. La indiferencia, la arrogancia y la rabia, camufladas bajo montañas de excusas, pesaban demasiado. Deseó sentirse tan ligera como su prima, tan encantadora como la tía Marina o tan triste pero tan en paz como aquellos hombres y mujeres.

Alguien pidió silencio. Sofía se puso en pie y tomó la palabra: «A pesar de la pena que tenemos, quiero decirles que me siento feliz. Feliz de formar parte de esta familia. Mi madre estaba muy orgullosa de ella. Fuimos el centro de su vida». Carraspeó y continuó. «Una de las cosas que más le gustaba decir es que había parido doce hijos, aunque tuvo trece», se volvió al lugar que ocupaba Marina. «Treinta nietos, estás incluida Elsa, y doce biznietos, sanos todos, gente de bien y, además, guapos». Este comentario causó varias sonrisas y alguna apreciación sobre la belleza de ciertos parientes. «Todos nosotros sabemos de su generosidad y del cariño que nos tenía», prosiguió Sofía. «Y también de sus pescozones», apostilló Matías. Volvieron a escucharse murmullos, risas y un coro de «también», «también» inundó el portalón. «Sigue, Sofía, que te he cortado», sonrió Matías. «Aunque solo conocía las cuatro reglas, era una mujer lista que encaró la vida con determinación. No creo que nadie la engañara. Sobre todo con las cuentas. ¡Buena era ella para las cuentas! Era tan fuerte que casi nos hizo creer que este día no iba a llegar». Sofía calló y con un dedo detuvo el curso de una lágrima; carraspeó después y, tras sonreír, prosiguió. «Mañana la despedirá todo el pueblo. Nosotros lo hacemos hoy, sentándonos a cenar alrededor de esta mesa. Este es nuestro homenaje a la mujer que tanto nos quiso», continuó Sofía con la voz entrecortada. «Yo no puedo estar más orgullosa de ser su hija: ¡viva la madre que me parió!», concluyó emocionada.

Tras el viva unánime de la familia, mil y una anécdotas de Paulina

recorrieron las mesas. Se volvió a contar la historia, tantas veces repetida, de cómo al tirar del cordel que asomaba por la bragueta de un forastero al que hospedó en su casa, apareció la sarta de chorizos que le faltaba.

Contagiada por el buen ambiente, Blanca charlaba relajada.

—Supongo que venderán la casa. A no ser que alguien quiera quedársela —dijo Elsa.

—¿Y qué harán con lo que hay dentro? Porque la abuela lo guardaba todo. Hasta la fragua está en la bodega —hizo notar Jon.

—¿En serio? —preguntó Elsa.

—Claro. Este verano me la enseñó. Y un par de taladros y tenazas y no sé cuántos aparejos más.

Al ver el gesto pensativo de su prima, Jon continuó:

—Vamos... el sueño de toda restauradora... ¿A que te estoy alegrando el día?

—Pues sí. Una pena que tenga que irme a Sicilia, porque, si no, me quedaba a echarle una ojeada.

—También a mí me gustan las antigüedades. Quizá venga un fin de semana y fisgue un poco —intervino Blanca.

—¡Qué buena idea! Si me esperas a que vuelva, podríamos fisgar juntas.

Se asustó. Aquello iba muy rápido. Tantos años sin verse y en apenas unas horas ya estaban haciendo planes. ¿Cómo podía ser tan necia? ¿Es que acaso no la abandonaron cuando murió su madre? Fue una ingenua al pensar que Marina la llevaría a vivir con ellas. Cada noche apretaba los puños y repetía hasta la extenuación: vendrá, vendrá... pero nunca llegó. Ahora no las necesitaba. Ya no era aquella adolescente frágil y asustadiza.

—Tendría que consultar la agenda. También he de viajar y el próximo mes tengo un montón de guardias...

—No te preocupes, quizá en otro momento —sonrió Elsa.

El pueblo entero se congregó en la iglesia para dar el último adiós a Paulina. Alguien comentó que solo los enfermos y los niños faltaban. Incluso la mujer que los increpó en la calle estaba allí. Al verla, Marina recordó sus palabras. «¿Qué habría querido decir?». «¿Quizá fuera una perturbada que hablaba por hablar?». Creció sabiendo que entre su madre y Paulina había secretos, pero los mayores eran así, siempre ocultaban algo, y los niños jamás



preguntaban. Perdió el hilo de sus pensamientos al darse cuenta de que Blanca apenas podía contener el llanto. Buscó su mano y la entrelazó con la de ella. A su lado, Elsa empujaba la silla de ruedas de su padre. Así entraron en la iglesia. La gente los miraba con curiosidad; aquel anciano era el italiano joven y bien plantado que llegó cuando la guerra, el mismo que ya de maduro dio el campanazo, casándose con la hija de la Pilar, y la que empujaba la silla tenía que ser su hija. Allí estaba la Marina, tan guapa como su madre. Pero ¿quién era aquella otra que lloraba desconsolada? Un murmullo recorrió la iglesia: «Es la hija de la Lucía». «¿La que se casó con el médico?». «También ella es médica». Susurró alguien. «¡Ah!». «Dicen que es muy estirada, pero a mí no me parece». «Menuda llantina que lleva». «La pobrecita se quedó huérfana muy joven». «Quería mucho a su abuela».

Sentada en un banco, Marina escuchaba al sacerdote hablar de la vida eterna. Bastante tenía ella con esta como para pensar en la otra. Estaba preocupada por su marido. La muerte de Paulina había sido un duro golpe para él, apenas hablaba y pasaba las horas con la mirada perdida en el pasado. También ella se estaba atrincherando en los recuerdos. Paulina se llevaba con ella su secreto. De eso estaba segura. No debía volver a pensar en ello. Sin embargo, cerró los ojos y dejó que su mente volara tan libre como entonces se sentía.

## LA MAESTRA

*Junio de 1958*

Una tarde de junio, Marina volvió al pueblo con su flamante título de maestra. En su equipaje llevaba los zapatos rojos de tacón de aguja, con los que siempre soñó, y el traje gris de falda y chaqueta que Lucía le había hecho para el alivio de luto de su madre. Pasó el verano en el pueblo y en septiembre se incorporó a su plaza de maestra en Oyón. Su familia la dejó instalada en casa de una prima de Paulina, viuda y sin hijos. Estuvieron de acuerdo en que estaría mejor con ella que sola en la casa del maestro.

Los primeros días fueron difíciles, la ilusión que sentía quedaba enturbiada por su inexperiencia y por la pena de que su madre no pudiera verla. Tras su muerte, había vuelto a Vitoria, volcándose en los estudios, y pronto se convirtió en la alumna más aventajada de su curso. Esto y el gesto decidido que se le pintó en la mirada la hicieron merecedora del respeto, o del temor, de sus compañeras. Su única amiga continuó siendo Carmen, una moceta de Navaridas.

Cuando llegó la primavera, Marina ya se había ganado el cariño de sus alumnos y comenzaba a disfrutar del trabajo. Los campos y su corazón florecían a la vez. Volvió a ser la joven alegre e imaginativa que tanto había hecho reír a los suyos. Recuperó la alegría entre aquellos mocosos despeinados, de mirada limpia y gesto pícaro. También contribuyó a ello que la prima de Paulina fuera una mujer tranquila, a la que ya comenzaba a querer como a la tía que no tuvo. No le costó encontrar amigas; enseguida formó parte de un grupo de jóvenes de su edad, con las que iba al campo con la merienda, a las romerías cercanas y al baile los domingos. A veces visitaba a los suyos.

Otras venían ellos.

Terminó el curso y regresó al pueblo a pasar las fiestas de verano. Quedó con sus amigas que volvería para las fiestas de septiembre.

Se instaló en casa de Gregorio y Lucía, recién embarazada de su primer hijo. Todos celebraron el buen aspecto de la joven: el brillo había vuelto a su mirada, reía a menudo y, como el resto de la familia, estaba ilusionada con la llegada del niño. Ese fue el acontecimiento que acabó con el luto familiar. Se abrieron puertas y ventanas, volvieron a organizarse meriendas en la cueva y, por fin, los pesados trajes oscuros regresaron al baúl. Aquel verano, Paulina se hizo un vestido de motas, azul y blanco, que estrenó para San Juan.

Marina volvió a Oyón a principios de septiembre. Marchó feliz en el autobús de línea. Tenía una semana por delante antes de que Luigi pasara a recogerla. Aquella plomiza tarde de septiembre, la maestra llegó dispuesta a disfrutar de las fiestas de Acción de Gracias. Un horizonte luminoso se abría ante ella.

Llevaba tanto rato bailando que las alpargatas le rozaban el talón. Había bailado con las amigas, con alguna vecina y, sobre todo, con aquel muchacho moreno que vivía en su calle, con el que últimamente se encontraba a todas horas. Estaba sentada con dos amigas cuando, al girarse, una de ellas comentó:

—Por ahí vienen unos forasteros. Me da a mí que son los del año pasado.

Marina se volvió, pero, cegada por el sol, apenas distinguió a un grupo de muchachos que se encaminaba a la plaza. No vio sus caras hasta que las invitaron a bailar. Cuando lo reconoció, ya era tarde para salir corriendo.

—No pensaba encontrarte aquí —dijo él.

—Ni yo a ti.

Era tal la flojera que sentía que creyó que iba a desmayarse. De pie frente a ella, apuesto y seguro, Germán ensombrecía el sol. Marina se levantó despacio, cuidando de no dar un traspié.

—Tengo que irme.

Él la miró incrédulo, sin reaccionar aún. Cuando vio que se alejaba, fue tras ella.

—Espera, Marina.

No podía ser cierto, aquello no podía estar pasando. Aligeró el paso.

—Por Dios, Marina. No te vayas ahora que nos hemos encontrado.

—Siempre has sabido dónde estaba.

—No podía ir. Tu madre no me quiere.

—Pues ya no tienes que preocuparte. Ha muerto.

—Marina... Mi Marina.

—No se te ocurra tocarme —le dijo, y apartó bruscamente su mano de la de él—. No soy nada tuyo y nunca lo seré.

Ni las súplicas, ni las dulces palabras que le decía la detuvieron. Corrió calle arriba, hasta que llegó a la escuela y allí se encerró. Sentada en un rincón, con las manos cubriéndose el rostro, pasó varias horas, hasta que la prima de Paulina la encontró después de haberla buscado por todas partes.

Germán volvió al día siguiente y al otro, pero no dio con ella. El día anterior a su regreso, Marina salió al campo a rumiar su pena. Lo vio de lejos, venía a buen paso por el camino de la era. Cobijada bajo la sombra de un olivo, lo esperó. Él se acercó cabizbajo, como un perro apaleado buscando su perdón. El gesto altivo de Marina lo intimidó. Ignoraba la manera de derribar aquella pared de hielo que ella levantaba con su mirada. No sabía qué decir y, como no se le ocurriera nada, iba a volver a perderla. La vida le brindaba otra oportunidad y él no era capaz de aprovecharla. Se sintió desesperar, abandonó sus ojos en los de ella y con infinito cansancio dejó caer los brazos. Marina no se movió. Germán pensó que se daría la vuelta y lo dejaría plantado. Sin embargo, un instante después vio cómo un ligero temblor le sacudía la barbilla y su mirada comenzaba a perder dureza. La abrazó.

—¿Por qué, Germán, por qué? —gritó con los ojos colmados de lágrimas—. Volví al pueblo en Navidad y ya te habías ido. ¿Por qué, si tanto me querías?

—Marina...

Se apartó de él, como si se hubiera arrepentido de sus palabras. Sus ojos recobraron la expresión de antes.

—¿Por qué te fuiste?

—Tu familia me odiaba. Pregunté a mi madre y me habló de viejas rencillas: mi padre y tu abuelo enfrentados. Algo que pasó al terminar la guerra...

—¡Y a mí qué me importa! ¡Yo te quería a ti!

—Tu madre nunca lo hubiera permitido.

—Volví dispuesta a imponerme y ya no estabas.

Fuera de sí, Marina le golpeaba los hombros, mientras hablaba entre sollozos.

—Mi madre murió y tú te habías ido. Creí que iba a volverme loca.

Germán apartó los ojos para que no viera el torrente de lágrimas que los inundaba. Ya no tenía fuerzas para mantenerse erguido; se dejó caer. Marina se sentó a su lado y le tendió su pañuelo. Él le contó cómo había sido su vida desde que se fue: «Siempre pensando en ti», le dijo. Había ido a Vitoria a buscarla, pero no sabía qué hacer. Merodeó durante días por los alrededores del convento con la esperanza de encontrarla, hasta que los empleados de una serrería cercana le dieron una paliza porque pensaron que era un depravado.

—¿Nunca volviste al pueblo? —le preguntó.

—Una vez. De noche, pero me encontré al italiano. Estaba borracho y me asusté. Pensé que venía a por mí.

Germán le habló del sinsentido de la vida sin ella. De rodillas en la hierba reseca, le suplicó que lo perdonara y le juró que nunca más volvería a abandonarla. «Pase lo que pase, siempre estaré contigo».

Torpes y violentos, sus primeros besos sabían a desesperación. Poco a poco, consiguieron serenarse y aligerar entre caricias el peso que cargaban, hasta que, a la caída de la tarde, fueron dulces como higos maduros. Cuanto más se miraban, más se convencían de que había un futuro para ellos.

Cogidos de la mano, se internaron en los viñedos.

Aún recordaba la emoción de aquella primera vez entre sus brazos, incluso...

El codazo de su hija la devolvió a la realidad.

—Despierta, madre, la misa ha terminado.

—No me he dormido, Elsa. Solo he cerrado los ojos.

## LA CASA DE LA ABUELA

*Blanca, 1 de diciembre de 2000*

¿Habría vuelto Elsa de Sicilia? Iba a llegar la Inmaculada y, a pesar del recelo con que se tomó su propuesta, estaba deseando echar una ojeada a la casa de la abuela. A menudo pensaba en llamarla, pero no se decidía. A quien sí llamó fue a Sofía, quería disculparse porque el día del funeral, con las prisas, se fue casi sin despedirse. La tía agradeció el gesto y la animó a volver. Esa misma noche, Marina la llamó para invitarla a pasar el puente con ellos. También estaría Elsa, recién llegada de viaje, y su familia.

Blanca le explicó que había aceptado la invitación de Sofía.

—Estupendo. Nos vemos. Por cierto, tu prima te manda recuerdos y me encarga decirte que prepares el traje de faena, que tenéis mucho que hacer.

Llegó cuando comenzaba a oscurecer y el cielo crujía y se iluminaba en medio de una tormenta de nieve. Sofía la esperaba con un chocolate caliente. Estaba sola y contenta de tenerla en su casa. Al poco, sonó el teléfono: era Marina para anunciarles que también los de Madrid habían llegado y que las esperaban a cenar.

Recibió la llamada con alivio. Apenas llevaba una hora en aquella casa y ya comenzaba a sentirse inquieta. La luz mortecina que alumbraba la sala de estar abrió la espita de sus recuerdos, trasladándola a la casa de su madre. Nada le causaba más congoja que el recuerdo de aquellas tardes de invierno, bajo la desgana luz de una bombilla solitaria. Y además... ¿Qué hacía ella allí? La perspectiva de todo un fin de semana en el pueblo le descorazonó. Pensó huir, aún estaba a tiempo, solo tenía que pretextar una urgencia y marcharse. Quizá lo hiciera.

Esa noche conoció a la familia de Elsa: su marido era un hombre que miraba de frente y sonreía a menudo; sus hijos, dos jóvenes grandes y desgarbados, rubio uno, pelirrojo el otro. Le gustaron. Elsa les habló de Sicilia y, por primera vez, ella contó anécdotas de su vida.

El amanecer olía a café, a pan recién horneado y a leña quemada. El pueblo comenzaba a desperezarse cuando Blanca salió de casa de Sofia. Las persianas de los bares se abrían y los primeros turistas intentaban sacudirse el frío a saltitos, mientras esperaban frente a la iglesia la llegada del guía. Caminó despacio. A pesar de que la nieve no había cuajado, un barrillo resbaladizo cubría el suelo. En el bolsillo del abrigo llevaba la llave grande y pesada que el abuelo forjó en hierro. Ni rastro de su prima. Parada frente al número uno de la calle Santa Engracia, se estremeció. Hasta donde la memoria le alcanzaba, aquella puerta siempre había estado abierta. Le costó encajar la llave en la cerradura. Cuando consiguió girarla, un quejido ronco descubrió el portalón; una alargada estancia de piedra sumida ahora en la oscuridad. Aún podía sentir la presencia de la abuela entre aquellos muros. Casi podía verla; la recordó con una cesta de melocotones colgada del brazo: «Los primeros, Blanca. Mira qué buenos, he comido uno y no puede estar más dulce», le dijo, tendiéndole el más maduro. Volvió a sentir el tacto aterciopelado de la fruta, su perfume... Pensó que la abuela era como aquellos melocotones; pequeños e imperfectos a primera vista, nada en ellos parecía especial; sin embargo, ella sabía que era excepcional. La llegada de Elsa cortó el hilo de sus pensamientos. Traía un hojaldre recién sacado del horno. Entraron juntas en la casa.

Echaron una ojeada a la bodega. Tal como Jon había dicho, encontraron varios utensilios de la herrería, pero no se entretuvieron. Hacía demasiado frío. Tampoco es que en la vivienda hiciera calor, pero, después de encender el fuego y un par de estufas de butano, se sintieron mejor. Para cuando Sofia y Marina llegaran, ya estaría caldeada.

Empezaron por la cocina: alacena y chapa, susceptibles de ser restauradas, mesas y sillas de formica, sin interés. Sobre una balda, ribeteada por unas cortinillas verdes y blancas, reposaba la gran radio que Luigi le regaló y que

aún funcionaba. Alineadas en la estantería del comedor, lucían impolutas sus figuritas de cerámica, y, dentro del aparador, una vajilla de porcelana con el borde dorado, regalo de boda de la abuela Pilar a Lucía y a Gregorio. En los cajones encontraron un juego de cubiertos grisáceos, que en su día debieron de tener un baño de algo —«alpaca plateada», apuntó Elsa— y que ninguna de ellas recordaba haber visto nunca en la mesa. Bajo la ventana, la máquina de coser de la bisabuela. La mesa de roble y las sillas con respaldos de cuero estaban bien conservadas. También el cabezal de la cama de la abuela y el armario. A los pies del lecho, un baúl enmohecido, que Elsa, con ojos de experta, calibró que valdría la pena restaurar. La jofaina blanca y azul tenía un par de desconchones y el espejo del mueble estaba picado. «Son recuperables», aseguró la experta. Blanca se emocionó al reencontrarse con aquellos objetos, algunos de los cuales habían pertenecido a su madre y formaban parte de sus recuerdos de infancia.

Para cuando las tías llegaron, ya habían terminado de confeccionar la lista. Excepto por un par de braseros de latón y la ropa blanca de cama, nadie había mostrado interés por ningún objeto. Tenían vía libre para hacer lo que quisieran.

Vaciar los armarios fue lo más difícil. Las lealtades de la abuela, las que Blanca siempre intuyó, quedaron expuestas sobre la cama: dentro de una maleta encontraron el traje de novia de su madre, un abrigo negro con el cuello y los puños de astracán, que perteneció a la abuela Pilar, y un faldón de bautizo, seguramente de Marina, al que ni la naftalina ni el papel de seda habían librado de una amarillenta vejez. En otra, la ropa de Lucía: sus faldas, sus chaquetas, el último traje que se hizo... verde, su color preferido. Encontraron también el gabán del abuelo Severino. Por un momento, casi pudieron oír el sonido de la gaita en la habitación. Las cuatro mujeres lo evocaron con su traje azul de músico.

—¿Estarán también los instrumentos? —preguntó Blanca.

—No creo —respondió Sofia—, el requinto se lo vendió a Tinín, y la gaita nunca apareció. Ni mi madre sabía qué fue de ella.

Abrumadas por los recuerdos, incapaces de decidir qué hacer con todo aquello, apilaron la ropa sobre la cama y bajaron a comer a un bar cercano. Todas se esforzaban por aparentar una tranquilidad que estaban lejos de sentir.



La comida, la charla y un par de copas de vino obraron el milagro. Al subir, habían recuperado el coraje y, ya de buen talante, continuaron con la tarea. Colgado de una percha, dentro de una funda de plástico, estaba el abrigo, granate, que Paulina llevó los últimos inviernos. Hastiada de tantos lutos, cambió, para asombro de todos, el negro por algo de color. Sofía les contó que el día que lo estrenó fue a la peluquería y que, al salir, su pelo blanco lanzaba destellos azulados. Aquella tarde paseó por el Collado y, al salir de misa, los invitó a un chocolate con churros.

Recuperaron del fondo de la cómoda la colcha de ganchillo que Marina tejió para Lucía y varios juegos de sábanas de hilo con las iniciales de Gregorio y Lucía bordadas. La abuela los guardaba segura de que algún día Blanca dejaría de huir del pasado. Y tuvo razón: al verlos, la joven leyó en ellos la historia desconocida de su madre. La imaginó enamorada, cosiendo el ajuar, con su traje de novia, embarazada... Dejó de pensar. El resto ya lo conocía.

Había caído la noche cuando decidieron dar por terminada la jornada. Continuarían al día siguiente. Aún les quedaba mucha faena. Varias montañas de ropa permanecían apiladas sobre las camas esperando su destino. Habían inventariado los muebles y objetos a restaurar. De deshacerse del resto se ocuparían los primos. No se ponían de acuerdo con los adornos, tan del gusto de Paulina, que aparecían desplegados por toda la casa. Aquellos objetos, recuerdos de viajes de hijos y nietos, algunos rotos y pegados varias veces, eran muy apreciados por la abuela, por lo que Sofía se mostraba reacia a desprenderse de ellos.

Sofía y Blanca se dirigían a casa, cuando vieron a Jon acercarse.

—Iba a buscarte, Blanca. No pongas esa cara, mujer —sonrió su primo.

—Pues ya la has encontrado —terció Sofía.

—Voy a cenar con unos amigos a un lugar muy especial y he pensado que te gustaría conocerlo.

Blanca rehusó la invitación, estaba cansada y necesitaba una ducha.

—Por eso no te preocupes, tienes tiempo de descansar y ducharte varias veces.

—¿Y qué sitio es ese? —preguntó Sofía.

Se trataba del calado de un hotel, convertido ahora en restaurante e

inaugurado hacía apenas una semana.

Blanca dudó. La idea de pasar la velada con Sofía frente a una estufa de la que emanaba un tufillo agrio, viendo la televisión o intentando leer bajo una luz macilenta, la descorazonaba.

¿A las nueve y media? —dijo su primo señalando una puerta iluminada—. ¿Te va bien?

—Allí estaré.

Había sido su cumpleaños e invitaba a un grupo de amigos a cenar.

El lugar era especial, una cueva rehabilitada y decorada con numerosas obras de arte. Su mesa, situada en un discreto rincón, era redonda y estaba cubierta por un impoluto mantel blanco, sobre el que relucía la vajilla y unas copas de cristal fino. Blanca se sentó entre Jon y uno de sus amigos, que la cuidaban anticipándose a sus deseos. La conversación fluía libremente; en apenas unos minutos, pasaron de cuestiones coloquiales a temas de más enjundia. Le interesó el proyecto de uno de ellos de repoblar con olivos un huerto familiar. Hablaron de la experiencia de unos jóvenes en un trujal cercano. Se ocuparon también del último cotilleo del pueblo y de la tontería más disparatada en la que se había visto involucrado uno de ellos. Blanca se estaba divirtiendo y, además, sentía clavados en su cara los ojos de aquel joven canoso de sonrisa ancha que se sentaba frente a ella. Lo miró mientras tomaba un sorbo de su copa y comprobó que no se había equivocado. Él le sostuvo la mirada. Sentirse deseada la estremeció.

Tenía cuarenta años, hacía tres que se había divorciado y desde entonces su vida sentimental había sido un desastre. Le resultaba imposible recordar cuándo fue la última vez que se sintió acariciada por la mirada de un hombre.

Tuvo que sujetarse a la mesa para no dar un traspié al levantarse. Había bebido un poco y lo notaba. Se estaba reencontrando con ella en estado puro: volvía a ser sutil y divertida, con la sensibilidad a flor de piel. No pensaba ponerse límites.

El dueño de aquellos ojos se llamaba Xabier, amigo de su primo desde la infancia, bodeguero, como muchos de ellos. Vivía en el pueblo.

—Te recuerdo de pequeña —le dijo.

—¿Ah sí?

Habían ido juntos a la escuela, incluso un trimestre compartieron pupitre.

—¿Te acuerdas de don Narciso, que iba pegando los mocos por las esquinas?

Claro que se acordaba; y de doña Carola que tenía una recua de hijos y de...

—Te vi alguna vez. Con un hombre.

—Era mi marido. Me separé.

—Vaya... Lo siento.

—Gracias.

Nevaba cuando salieron, y, aunque era tarde y hacía frío, no tenían ganas de despedirse. Recorrieron el pueblo buscando un bar abierto. No lo encontraron.

—Vamos, Blanca, que estás tiritando. Te acompaño —dijo Jon.

—La casa de Sofía me pilla de camino —añadió Xabier dirigiéndose a ella—. Si quieres, naturalmente.

Caminaban en silencio, a buen paso. Blanca buscaba la frase apropiada que los sacara del mutismo.

—Me gusta ver nevar —dijo por fin.

—Si vivieras aquí, ya te habrías hartado.

—¿Habrá cuajado en los árboles del Collado?

—Podemos mirar. Estamos al lado.

—Quizá se te haga tarde —respondió, consultando el reloj.

—Me pasa como a ti. No me espera nadie.

Desde el mirador contemplaron el mosaico de luces temblorosas que se extendía a sus pies.

—¡Precioso! —exclamó ella.

Mientras Blanca exhalaba vaharadas de vapor en sus manos, intentando calentarlas, Xabier le señalaba con el dedo los pueblos que veían.

—Aquello es Fuenmayor —dijo señalando el punto más alejado—, las luces esas que ves son las de Cenicero, ese resplandor viene de Elciego, aquí debajo está Páganos y Leza queda...

Sus mejillas se rozaron. Con el dedo apuntando aún la lejanía, la miró. Blanca le devolvió la mirada. En ese momento, las únicas luces que brillaron

fueron sus ojos anhelantes.

—Me gustas mucho —le dijo.

—Me gusta gustarte —respondió ella.

Se besaron despacio, hasta que el deseo no les dio tregua y selló sus labios en una caricia profunda.

Blanca no aguantaba el frío.

Xabier se abrió el tabardo y la acogió en su pecho.

—Estás empapada.

—Y helada.

—Ven —musitó tirando de ella.

Antes de refugiarse en el portal de Páganos, siguieron buscándose bajo las farolas. La nieve al caer formaba una cortinilla bajo el haz de luz, dándoles la sensación de hallarse a cubierto.

—Creo que me voy a convertir en estalactita. Mira mis manos rojas y congeladas —se las mostró.

Él las frotó entre las suyas. Después se metió una en el bolsillo y puso su mano encima. Así caminaron hasta la casa de Sofía. Le besó cada dedo y le sonrió sin entusiasmo. Aquello era una despedida. Por mucho que la deseara, y la deseaba intensamente, no iba a tomar la iniciativa. Blanca era la prima de su amigo y acababa de conocerla.

El primer paso que lo alejó de ella tensó sus brazos. El segundo estuvo a punto de deshacer el nudo que habían trenzado con los dedos. Se detuvo. Blanca permanecía quieta, mirándolo. Después se acercó a él y lo abrazó. Así bajaron la cuesta, camino de su casa.

## MOMENTOS DE VIDA

*Al día siguiente por la mañana*

**L**a joven apenas llevaba tres horas acostada cuando Sofía abandonó la cama. Lo hizo en silencio, cuidando de no despertarla. Después se vistió y salió a desayunar para no hacer ruido en la cocina. Unos minutos después llegaba a casa de Paulina. Elsa y Marina ya la esperaban.

—Tu prima ha vuelto a las mil y monas. La he dejado durmiendo —les informó—. No sabéis lo que me alegró que viniera Jon a buscarla. ¡Qué pinta esa moceta conmigo en casa a las siete de la tarde! —concluyó Sofía.

Esperaban ansiosas la llegada de Blanca. Sentían curiosidad por saber si la comida de aquel restaurante era tan elaborada como decían, si era cierto que de las paredes colgaban cuadros de artistas locales y, por supuesto, con quién había estado y cómo lo habían pasado. Dedicaron un buen rato a guardar la ropa y los objetos de Lucía, para que Blanca decidiera qué hacer con ellos. Sesenta años después, Marina recuperó su faldón de bautizo, primorosamente bordado por su abuela. Elsa se quedó con el abrigo de la abuela Pilar, que parecía hecho para ella, y Sofía con el de su madre. El resto lo metieron en cajas para enviarlo a la parroquia. De nuevo, aquellos objetos vistieron de añoranza el recuerdo de sus seres queridos y regresó el dolor. Elsa tuvo que emplearse a fondo para desviar algunos temas de conversación y encontrar anécdotas que les hicieran más llevadera la mañana.

En este contexto surgió la idea.

—¿Y si Blanca comprara esta casa?

Sofía y Marina la miraron como si hubiera perdido la razón.

—¿La Blanca? No creo que le interese —contestó Sofía.

—Pues a mí no me parece ningún disparate. Tiene muchas posibilidades. Podría hacerle un proyecto de restauración. Quedaría preciosa —añadió Elsa, moviéndose por las habitaciones con los brazos extendidos.

—Me encantaría que fuera para ella —suspiró Marina.

Para cuando Blanca llegó, ya habían madurado el plan. Cuantas más vueltas le daban, más sentido le encontraban. La joven solo tenía que decir que sí y ellas se ocuparían de todo.

A pesar del buen humor con que Blanca había amanecido, la propuesta le heló la sonrisa. Pensó que era una broma, pero vio la determinación en sus miradas y, aunque no daba crédito a tamaño disparate, no le cupo duda de que hablaban en serio.

—Esta casa tiene que ser para ti —dijo Marina, convencida de sus palabras—. Tú no dejarás que se hunda.

—Ni te imaginas lo bonita que puede quedar —continuó Elsa.

—Di que sí, hija. Nadie de la familia la quiere y se me parte el alma pensando que se la va a quedar cualquiera. —Apostilló Sofía emocionada.

Les sonrió con desgana. Tres rostros expectantes le devolvieron una mueca esperanzada. «¡Esto es demasiado!», pensó. «Se quedan solas un par de horas y me organizan la vida».

El recuerdo de una noche de pasión y la falta de sueño la tenían en un estado de aturdimiento, incompatible con el hecho de tomar decisiones; y, por otra parte, le daba pena echar por tierra tanta ilusión. ¡Que la dejaran en paz! Ella solo quería dejarse mecer por el recuerdo de su amante.

—Lo pensaré —respondió sin entusiasmo.

—Piénsalo con calma. Hay tiempo —aseguró Sofía sonriendo.

Iba a añadir algo, pero recordó el sabor de los besos de Xabier y el tacto de su piel en la suya y se estremeció.

Al calor del fuego, abrieron las cajas de fotos. Encontraron a las abuelas con sus trajes de novia: Paulina lucía un traje negro con un broche en la solapa; entre sus rizos oscuros, chispeaban los pendientes de brillantes de la boticaria; del brazo izquierdo le colgaba un rosario y con la mano sujetaba un ramillete de flores de campo atado con un lazo de raso blanco; con el otro, se aferraba a su esposo, al que miraba arrebolada. «Qué empaque tenía mi padre», murmuró Sofía. Y era cierto, además de porte, Severino tenía unos

ojos almendrados y una sonrisa soñadora, que lo hacían irresistible. Su mirada juguetona, su gesto entre pícaro e ingenuo, desarmaba. «Qué belleza, si parece Rita Hayworth», exclamó Elsa, mostrando la foto de boda de sus abuelos: Pilar llevaba un vestido de raso blanco que le había hecho su madre, unos guantes hasta el codo y un tul prendido en la nuca. La media melena ondulada y sedosa, brillante como el fuego, enmarcaba su níveo rostro; en los labios, una pizca de carmín. Junto al pecho, una solitaria rosa blanca, que sujetaba con la mano. «Tan bella y espinosa como su corta vida de casada», señaló Marina, apesadumbrada. Genaro, joven, hermoso, con un clavel blanco en el ojal del traje oscuro, lanzaba un guiño a la cámara.

Las fotos pasaban de una mano a otra, mientras ellas luchaban contra los suspiros mal disimulados y las lágrimas ocultas bajo insistentes parpadeos. El retrato de la bisabuela Cesárea, la de la memoria feliz, era el más antiguo. Sofía y Marina la recordaban por su bondad, sus ojos azules y su gran delantal. Aquel mandil fue el mástil al que sus nietos se asieron en sus inciertos primeros pasos. Su pico secó las lágrimas de todos ellos y también las de su madre. La evocaron cuando su memoria se negó a seguir albergando miserias y tristeza y cambió los pesares por noches de opereta y viajes en transatlánticos de lujo.

Bajo el resplandor de la tormenta que se había desatado, recorrieron emocionadas aquellos momentos de vida congelados. Blanca acarició las fotos de sus padres; de ella no encontró ninguna hasta la primera comunión. La abuela Paulina, con una mantilla negra sujeta por un broche y un pañuelo de encaje blanco entre las manos, posaba orgullosa con aquella niña de trenzas rubias y sonrisa tímida. Había fotos de boda de todos los hijos de Paulina, y de bautizos y comuniones de sus nietos y alguna de sus hijos cuando eran jóvenes. Entre ellas, una de Matías vestido de militar. Le llamó la atención una sacada a Francisco, el más alto de sus tíos, en el puente de hierro de Logroño. Lucía como un *dandy* con camisa blanca, chaleco y zapatos de dos colores.

—¡Si estoy aquí! ¡Madre mía! ¡Qué pinta! —exclamó Sofía.

La foto estaba sacada en medio de la calle y, además de Paulina y Sofía, que llevaba un bebé en brazos, aparecían varios vecinos. Al dorso podía leerse: «Vecinos de la calle Santa Engracia, 1957».

Estaba guapa Sofía y, a pesar de mostrarse reticente, terminó aceptando los

cumplidos.

—Veinte años tendría aquí, si no estaba guapa entonces, ya me diréis cuándo.

—No sé vosotras, pero yo tengo un hartazgo de llorar que no me aguanto. ¿Qué os parece si lo dejamos y nos vamos a tomar un café o lo que se tercié? —intervino Marina, levantándose de la silla.

La propuesta fue acogida con entusiasmo. Apartaron las fotos que querían conservar, cerraron las cajas y las guardaron. Sofía se las llevaría para repartirlas entre la familia.



## LÁGRIMAS DE AMOR Y DESAMOR

*Diciembre de 1959 — Diciembre de 2000*

— **T**engo que darte una noticia —le dijo Marina al llegar a casa. Luigi la miró sorprendido.

—Quizá Blanca compre la casa de Paulina.

—*La vita dà molti giri, ma alla fine le cose si mettono a posto* —sonrió Luigi—. Y Elsa podría restaurarla.

—*Ottima idea.*

—Esta noche volveremos a cenar juntos.

Luigi abandonó alegre la cocina, mientras Marina comenzaba a preparar la masa de la *pizza* que serviría en la cena. Tenía razón su marido: la vida da vueltas y más vueltas y a veces las cosas se colocan solas. Pero solo a veces. Ella había tenido suerte y, en su caso, así había sido. Hacía años que dejó de hacer conjeturas con lo que pudo haber sido. La madurez le había traído la serenidad. Tenía un marido que la adoraba, una hija y un yerno maravillosos y dos nietos encantadores. ¿Qué más podía pedir? El ímpetu que estaba poniendo en la tarea la hizo reaccionar. ¡Claro que podía pedir más! Hubiera dado la mitad de los años que le quedaban de vida por sentir la emoción de entonces. Contó con los dedos: cuatro meses, eso fue lo que duró su noviazgo con Germán, a quien siguió viendo durante aquel verano. Los cuatro meses más felices de su vida.

Siempre encontraba una excusa para volver a Oyón, y allí se veían. Vivieron con alivio el comienzo de curso, que les permitía pasar algunos domingos juntos, pero, a finales de octubre, Luigi se presentó una tarde a buscarla. Su hermano, Gregorio, estaba ingresado en el Sanatorio de Leza con

una pleuresía y Lucía, embarazada de siete meses, no encontraba consuelo. Aquel otoño, el italiano la recogía los sábados por la tarde y la llevaba de vuelta a Oyón el domingo por la noche.

Durante la semana, cuando alguien le prestaba una bicicleta, Germán iba a verla. Soñaban con casarse y comenzar una vida juntos. Él había encontrado trabajo de mecánico en Oyón. Pronto empezaría. Marina iba a hablar con los suyos. No pensaba renunciar a él. Lo quería. Pero el destino también tenía sus planes.

La ropa de luto no había encontrado acomodo en el baúl cuando tuvieron que volver a sacarla. Gregorio murió el doce de diciembre dejando un hijo a punto de nacer, una mujer trastornada y una familia rota de dolor. No había muros capaces de contener los lamentos de Lucía. Durante varios días con sus noches, los vecinos fueron testigos de su dolor. Paulina no se separó de su lado. Dudaban de que pudiera dar a luz en aquel estado, temían por su vida y la del niño. Sin embargo, cuando sintió los dolores de parto, se entregó, con la mirada extraviada y casi sin quejarse, a la tarea de traer al mundo al hijo de Gregorio. Después, abrazada a la criatura, lloró.

Marina quedó huérfana de nuevo. Gregorio era la roca a la que siempre se había agarrado. Jamás pensó que pudiera ocurrirle nada malo y mucho menos que fuera a morir.

Tan grande era su dolor, que no era capaz de mostrarlo. Los vecinos alababan la entereza con que la joven afrontó la desgracia: apenas lloraba, aceptaba con una tímida sonrisa las palabras de consuelo y parecía resignada ante aquella nueva jugarreta del destino. Solo Paulina se dio cuenta de que su mente se negaba a admitir lo ocurrido.

A Gregorio lo enterraron diez días antes de Navidad. Dejaron a Lucía al cuidado de sus hermanas mayores y, junto a Paulina, Severino y Luigi, Marina encabezó el duelo. Camino del cementerio, vio acercarse a Germán, aminoró el paso hasta quedar a su lado. Él le besó las manos.

—Me muero por abrazarte —le susurró.

—Aquí no —exclamó al ver que Paulina la buscaba con la mirada.

—Te esperaré junto al pilón.

—No sé cuándo podré ir.

—No importa. Allí me quedaré hasta que amanezca.

Vio a Paulina y a su prima hablar con Luigi cuando se reincorporó a la cabeza del duelo. No la miraron. Suspiró aliviada. Después, Paulina echó en falta el rosario y le pidió al italiano que fuera a buscarlo, «antes de que vuele», le dijo. Luigi asintió con un movimiento de cabeza y desapareció.

Esa fue la última vez que Marina vio a Germán. Se escapó de casa de madrugada y pasó lo que quedaba de noche junto al pilón de la Plaza Nueva. No apareció. Cada día lo esperaba en el camino de Logroño, preguntando a los viajeros por él y rogándoles que, si lo veían, le dijeran que viniera a buscarla. Más de una vez su corazón se desbocó al confundirlo con algún mozo que llegaba y otras tantas lloró desconsolada al ver que no era él. A ratos, su memoria emborronada recuperaba un atisbo de lucidez, para volver a refugiarse en el olvido. Aún era incapaz de aceptar que Gregorio, su hermano, hubiera muerto, y que Germán, el hombre que le había jurado que no volvería a abandonarla, se hubiera ido. Sofía iba a buscarla para llevarla de vuelta a casa cada atardecer. Dócil y sumisa, Marina se dejaba hacer. Después se quedaba como embobada mirando a aquella criatura de piel transparente, que lloraba desconsolada, porque a su madre se le habían secado los pechos y se resistía a que otra mujer la amamantara. Tenían que arrancársela de los brazos para dársela al ama de cría.

Tan concentrada estaba en sus recuerdos que no oyó llegar a Elsa hasta que la tuvo delante.

—¿Te he asustado?

—Un poco. Estaba a lo mío.

—¡Y tan a lo tuyo! ¡Menudos golpes le estás arreando! —sonrió, señalando la masa—. Salimos a dar una vuelta, ¿te esperamos?

—Quiero terminar. Os llamo.

Oyó el alboroto de su familia al salir, la puerta al cerrarse. Después, silencio.

Volvió a evocar el pasado...

Solo Paulina se dio cuenta de su estado.

—¿De cuánto tiempo estás? —le preguntó.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? ¡Dios mío! ¡Si ya se te nota!

Al verla tan asustada, Paulina la meció entre sus brazos y le habló como a

una niña pequeña.

—No te preocupes, y no se lo digas a nadie, que ya hemos de encontrar la manera de arreglarlo. Tú quédate tranquila y, sobre todo, no hables con nadie.

Una semana después, Luigi partía a la Toscana a expandir su negocio. Lo acompañaba Marina. Paulina lo justificó ante los suyos, alegando que, en apenas cuatro años, la joven había perdido a su familia y que, si no se alejaba de sus recuerdos, terminaría perdiendo la razón. La mandaba para que se distrajera, conociera algo de mundo y olvidara, porque, de seguir así, iba a terminar en un manicomio. Además, era maestra, a Luigi le sería útil con las cuentas.

El sonido del timbre volvió a sacarla de su ensueño. Eran Blanca y Sofía.

—Sois las primeras en llegar. Elsa se los ha llevado para que pueda hacer la cena tranquila. No tardarán. Pero pasad. No os quedéis ahí. Acabo de poner la mesa, solo me falta bajar a la cueva a por el vino.

—¡Si ya sabía yo que se me olvidaba algo! ¡El vino! —exclamó Sofía fastidiada—. Me voy a por él.

—Déjalo, Sofía. ¡Será por vino!

—Que no me cuesta nada. Además, quiero que lo probéis. Es el que hizo mi hijo para la boda de mi nieta.

La puerta se cerró tras ella. Blanca admiró la mesa.

—Preciosa —dijo.

—La ocasión lo merece. Y tenemos mucho que celebrar. Sobre todo yo. Reencontrarme contigo es un regalo que no pienso desaprovechar. Quiero cuidar de ti como lo haría tu madre.

—Cuando ella murió, pensé que vendrías a buscarme.

Lo dijo sin pensar, pero ya estaba dicho. El reproche que durante años le quemó en los labios se llenó de palabras y resonó en el aire.

—¿A buscarte? —Marina la miró sorprendida.

—Te esperé durante años. Cada noche cerraba los ojos y apretaba los puños para que supieras que te llamaba. Pero no funcionó.

—¡Por Dios, criatura! Nunca creí... —respondió Marina con un ligero temblor en la voz.

—Te adoraba, pensé que tú ocuparías el lugar de mi madre —continuó Blanca, mientras sentía que hablar de aquello ya no dolía.

La desolación que vio en la mirada de Marina y los gruesos lagrimones que rodaban por sus mejillas le hicieron arrepentirse de sus palabras.

—Te fallé. Te fallé. Mi niña, tan dulce, tan silenciosa, ¡lo que tuviste que pasar! —murmuró la tía atrayéndola a su pecho.

—No pretendía disgustarte. Debía haberme callado —exclamó Blanca, preocupada.

—Me alegra que lo hayas dicho.

—Eran cosas de niña. No le des más importancia —contestó aparentando despreocupación.

—No. Tenía que haberme dado cuenta —repetía la tía—. A pesar de que no hubiera podido llevarte conmigo.

Y, como viera el gesto de Blanca, continuó:

—Tu abuela quería cuidar de ti. Eras lo único que le quedaba de Lucía —Marina recuperó el dominio de la voz—. El día que murió tu padre nos cayó la ruina encima. No pude quedarme a cuidar de vosotras. Después, tu madre y yo nos distanciamos...

—La muerte de mi padre fue la mayor calamidad que nos pudo pasar, ¿verdad?

—Así fue. Tú y yo lo superamos, pero tu madre no pudo.

Las lágrimas rodaban dóciles por sus rostros. Marina la atrajo hacía ella.

—Dame la oportunidad de reparar el daño que te hice —le suplicó mientras le levantaba el rostro buscando su mirada.

El destino que les robó el dulzor de las palabras amables, la seguridad de las sonrisas confiadas y la ternura de las caricias tempranas les brindaba ahora el consuelo de los abrazos tardíos y del llanto calmo de dos mujeres adultas. Apenas habían tenido tiempo de deshacer el abrazo y secarse las lágrimas, cuando sonó el timbre.

—Ve a abrir, que deben de tener hambre —le dijo Marina guiñándole un ojo.

## RECORDANDO A LUCÍA

*Un rato después*

**L**e hizo bien hablar con Marina; por fin se había enfrentado al fantasma del abandono. Una vez más, quedaba demostrada su teoría de la inutilidad del sufrimiento. Se había pasado la vida cargando con un agravio inexistente. Tanta rabia acumulada, tanto dolor, sin motivo.

Hasta Luigi, absorto siempre en sus pensamientos, se divirtió aquella noche. La cena estaba deliciosa, el vino que trajo Sofía era excelente, las tías hicieron gala de un humor socarrón que arrancó más de una carcajada y los hijos de Elsa pusieron el contrapunto de frescura. A media noche se despidieron. Blanca y Sofía caminaban hacia casa, cuando una voz las detuvo.

—¡Alguno ha de aparecer mañana en cualquier ribazo! ¡No tenéis peligro ni nada cuando salís de dos en dos! —gritó aquella horrible mujer desde una ventana.

—Anda *pa'dentro* a dormir la mona —le respondió Sofía.

—Sí, sí, la mona. Anda tú a limpiar la conciencia.

—¡Esa mujer! ¡Es la del otro día!

—¿Qué? —preguntó Sofía.

—Nos cerró el paso cuando íbamos a despedir a la abuela y dijo que ya le podíamos rezar, que buena falta le hacía.

Sofía dio un respingo.

—No le hagas caso, que cuando le da al frasco no sabe lo que dice y últimamente le da mucho.

—¿Qué tiene contra la abuela?

—Supongo que antiguas rencillas. Cuestiones de lindes y cosas así.

Siguieron caminando cada cual con sus pensamientos. Al llegar a casa, Blanca se volvió hacia Sofía.

—Quizá no sea el momento, pero hay algo que quiero preguntarte.

—¡Uy, qué miedo! —bromeó la tía, intentando banalizar su inquietud—  
¡Mira que en esta familia somos mucho de secretos!

—Ya veo, ya.

—Está bien. Dispara.

—Mi madre y Marina no se llevaban bien, ¿verdad?

La tía suspiró con cierta afectación, intentando disimular el alivio.

Sentadas frente a la mesa camilla, al calor del brasero, Sofía le habló de la historia de amor de sus padres, de la alegría que sintieron al saber que ella estaba en camino. Renegó después de la maldita enfermedad que en tres meses se llevó a su padre y recordó consternada la desolación que su muerte les dejó: «Lucía nunca volvió a ser la misma. ¡Pobrecita mi hermana! ¡Tan guapa! ¡Tan enamorada! ¡Ay, *chiguita*! ¡Qué fue aquello!».

Con la mirada perdida y la voz vacilante, la tía siguió hablando del pasado: «También la Marina quedó trastornada. Debió de sentirse muy sola y mira que mi madre la quería como a una hija, pero la sangre es la sangre. ¡Pobrecita Marina! Lo que sufrió», continuó Sofía templando la voz. «Tenía un novio del que nunca volvió a saber. Lo esperó durante días, pero aquel cabrón no apareció. Menos mal que mi madre la mandó a Italia con Luigi; si se queda, se muere». Después de secarse las lágrimas, Sofía le contó lo unidas que su madre y su tía estaban: «Además de cuñadas, eran amigas» siempre juntas. Cuando Marina no estaba en el colegio, vivía con ellos.

La tía calló, meneó después la cabeza y salió de la cocina para regresar con una botella de licor y dos copas. Sirvió las copas, bebió un sorbo como para darse ánimo y continuó: «Yo creo que tu madre nunca le perdonó que se fuera y la dejara rota de dolor. Pensaba además que era una indecencia casarse por dinero con un hombre tan mayor. Las cosas se torcieron entre ellas. Casi ni se hablaban. La Lucía se ponía muy nerviosa cuando venían, yo creo que tenía miedo».

—¿Miedo de qué? —preguntó Blanca.

—De que Marina quisiera llevarte con ella.

Blanca apuró su copa. Hacía un rato que le estaba pareciendo que Sofía

hablaba desde muy lejos.

Durante años había intentado borrar de su memoria el recuerdo de aquella madre débil, incapaz de ocuparse de ella. «No molestes a tu madre con esa tontería», le decía la abuela cuando se acercaba buscando consuelo o reclamando su atención. Recordó su empeño por hacerla despertar del letargo en que se encontraba y su impotencia porque lo único que conseguía de ella era una sonrisa ausente.

—¿Crees que Marina se casó con Luigi por dinero? —preguntó Blanca, obligándose a detener el curso de sus pensamientos.

—No lo creo.

—¿No fue un matrimonio raro?

—Marina tenía casi diecinueve años, no era ninguna niña. Él era un hombre atractivo. Se enamoraron.

Aquella noche Blanca se abrazó al recuerdo de Xabier. Necesitaba emborracharse de presente para dejar atrás el pasado, pero en aquel abrazo también sus viejos fantasmas encontraron acomodo. Allí meció el recuerdo de su madre enferma. El del padre, al que no conoció, el de su querida abuela Paulina, el baluarte de la familia. También la abuela Pilar, aquella belleza pelirroja que parecía una actriz de cine, encontró su hueco, y el abuelo Severino, que tocaba el requinto en la banda de música y le daba la paga los domingos y el abuelo Genaro, del que tan poco sabía.

Al amanecer, sintió que ya era hora de que el pasado y el presente comenzaran a convivir.



## DEUDAS DE LEALTAD

*Domingo por la mañana*

**E**lsa y su familia se fueron temprano: tenían un largo viaje por delante y querían llegar antes de que anocheciera. La tarde anterior, Elsa había sacado un montón de fotografías de la casa de Paulina y estaba impaciente por ponerse a trabajar con ellas. Quería que Blanca tuviera el proyecto en sus manos para Navidad. «Solo para que veas cómo puede quedar», le había dicho. Blanca asintió, intentando ocultar su falta de entusiasmo; por ella podía ahorrarse el trabajo.

Marina los acompañó hasta el coche y allí los despidió. La idea de volver a casa con Luigi y sus recuerdos la descorazonaba. Desde la muerte de Paulina era incapaz de detener el carrusel que giraba en su cabeza. Cada día pensaba más en el pasado.

Al llegar, encontró a su marido dormitando en la terraza de invierno. Se sentó a su lado, se estaba bien allí. El mismo sol que le acariciaba la espalda doraba las peñas de la sierra. Aún se acordaba de cuando trepaba por los riscos como una cabra salvaje. Aquellos montes eran como la vida misma: abruptos y descarnados por una cara, ondulados y cubiertos de vegetación por la otra. Después, entornó los párpados y se dejó ir a una tierra lejana, pero muy parecida a la que veía a través de la cristalera.

Cuando llegaron a La Toscana, Marina apenas era consciente de su estado y, aunque Luigi se lo había dicho, no sabía dónde estaba. Se instalaron a las afueras de una aldea, en una casa rodeada de viñedos. Luigi contrató a la mujer de un campesino para que la cuidara y la asistiera en el parto. Cuando la criatura llegara, la dejarían en el torno de un convento cercano. Eso es lo que

habían acordado. Pero en cuanto tuvo a su hija en brazos, Marina se negó.

Nada más ver a la niña, Marina dejó de pensar en su desgracia. Germán no era digno de ella ni de su hija. Lo olvidó. Lo que aún dolía era el recuerdo de su hermano Gregorio, tan bueno, tan noble, y el de Lucía, siempre pendiente de todos... Aún recordaba el desconcierto con que a veces la miraba, como si no entendiera lo que estaba pasando. ¿Se estaría criando bien la niña? Pobre criatura sin padre y con una madre desgajada. También ella estuvo medio ida. Ese fue el motivo por el que no pudo cumplir la promesa que le hizo a su hermano. Lo único que le consolaba era saber que Paulina se ocupaba de ellas.

—No puedes volver al pueblo con esta niña. ¿De dónde dirás que la has sacado?

—Es mía —protestaba.

—¿Y el padre? ¿Quién dirás que es el padre? —respondía Luigi, irritado.

Incapaz de hacerla entrar en razón, el italiano juraba y maldecía su suerte. Caminaba después durante un rato y, ya más calmado, se sentaba a su lado y le hablaba dulcemente: «Eres muy joven, tienes toda la vida por delante, no seas cabezota, no la arruines»; y le prometía que él se ocuparía de que a su hija no le faltara de nada; que si no quería dejarla en el convento, le buscaría una buena familia. Todo era inútil. No había manera de convencerla.

—La niña ya tiene tres meses. ¡Por Dios, Marina! Tenemos que hacer algo.

—Cásate conmigo —le soltó a bocajarro.

—¿Te has vuelto loca, criatura? ¡Tú tienes diecinueve años y yo cuarenta y uno!

—¿Y eso qué importa?

Esa noche lo oyó revolverse en su cama. Al amanecer se había ido. No volvió al día siguiente, ni al otro. Cuando ya empezaba a temer que le hubiera ocurrido algo, apareció en una flamante motocicleta azul. Venía cargado de paquetes.

—Aquí está tu traje de novia y un faldón para la niña. Mañana a las ocho de la mañana nos casamos. Y estas son las escrituras de aquellas viñas — señaló una extensión de terreno en la falda del monte—. Las he comprado todas.

Fue una ceremonia rápida en la que Marina apenas entendió lo que decían.

Francesca, la mujer que se ocupaba de ella y de su hija, y Gino, su marido, actuaron de testigos. Se casó con la niña en brazos. El cura los declaró marido y mujer mientras Elsa le sonreía. Después marcharon todos a desayunar. A media tarde, los recién casados y la niña cogieron un tren para Siena. Volvieron dos días después con un ajuar para Marina, un vestido para Francesca y un chaleco para Gino. Elsa venía en un cochecito blanco.

Marina se interesó por las viejas vides largos años olvidadas, leyó, preguntó y, con la ayuda de Gino, convertido ahora en capataz, podando acá e injertando allá, consiguió su primera cosecha. Gino pregonaba a los cuatro vientos, con aquella sorna que le caracterizaba, que se había esforzado tanto en enseñar a su ama que su vino era mejor que el de él.

Luigi y Gino compartieron con ella sus conocimientos, pero no se conformó. Su inquietud la llevó a recorrer la comarca. Mientras Francesca cuidaba de Elsa, ella visitaba bodegas y hablaba con la gente. De todos aprendía. Pronto empezaron a vender el vino a la cooperativa del pueblo. Al año siguiente fundaron su propia bodega.

Para cuando se dio cuenta, ya lo quería. Además de atento y cariñoso, tenía un gran sentido del humor. Eran la pareja perfecta: ella imaginativa y un poco alocada, él bromista y divertido. La vida con él era fácil. Nunca hablaron del pasado, aquel fue un pacto que sellaron en silencio. Luigi fue el mejor padre que Elsa pudo tener, hizo de ella una niña feliz y, cuando creció, se convirtió en su aliado y confidente. Jamás sintió que era la hija de otro.

Tres años tardó Marina en volver al pueblo, llegó con su marido y su hija, feliz de reencontrarse con los suyos, amable y sonriente con todos, como si no le importara el reguero de cuchicheos que iba dejando a su paso. Pero, al ver el estado en que Lucía se encontraba, se desesperó. Paulina no se lo había contado. Se volcó en su cuidado y en el de la niña. Consultó con los mejores especialistas y, viendo que no mejoraba, quiso llevársela a Italia. No lo consiguió. Lucía nunca le perdonó que las abandonara.

## CARTAS DESDE SIENA

*Unos días después*

**L**o buscó con la mirada mientras se dirigía al coche por el camino más largo, pero apenas quedaba nadie en la calle; solo un grupo de viajeros esperaba frente al ayuntamiento para ver danzar a los bailarines del reloj. Decepcionada, aligeró el paso y se marchó.

Pensó en él durante el viaje de vuelta a casa. Posiblemente su encuentro no tendría ninguna trascendencia; sin embargo, entre sus brazos había recuperado la pasión y eso la reconciliaba con la vida. «Resulta paradójico volver a ser feliz donde fui tan desgraciada», pensó. También la conversación con las tías había influido en su estado de ánimo. La realidad se había impuesto desbancando de un plumazo las aterradoras fantasías de su infancia. Por dura que fuera la verdad, siempre era mejor que dejarlo a la imaginación de una cría. Ahora se enternecía al pensar en aquella niña que pasó parte de su infancia asustada y que empezó a recelar demasiado pronto de todo.

La rutina le sentaba bien. Con la cercanía de la Navidad, los ingresos psiquiátricos aumentaban y no le importó quedarse a trabajar un par de tardes. Estaba tranquila, ni siquiera se alteró cuando tuvo que hacerse cargo de una guardia imprevista. Fue un cambio sutil, casi inapreciable; la sonrisa más luminosa, más viveza en la mirada, algo que no pasó desapercibido a los más cercanos.

—¿No hay nadie especial en ese pueblo? —le preguntó una compañera a la hora del desayuno.

—Sí. Mi familia.

—Pues te da muchas alegrías esa familia tuya. Tú sigue yendo, que te

sienta muy bien.

El recuerdo de Xabier la acunaba por las noches, evocaba su voz, la suavidad de su piel, su olor. Lo recordaba riendo, sin parar de hablar, mientras extendía una manta frente al fuego. Después, el sabor de sus besos, sus labios recorriéndola... Se sentía feliz de que la hubiera traído de vuelta del inhóspito lugar en que había estado. Aunque solo fuera por eso, el encuentro había valido la pena. Sin embargo, aquel hombre le gustaba y deseaba que no fuera una aventura.

Oyó el zumbido del teléfono cuando se disponía a cenar. Se sobresaltó. «Qué absurdo, si Xabier no tiene mi número», pensó; pero, mientras buscaba el móvil en el bolso, cayó en la cuenta de que su primo podía habérselo dado. Decepcionada, comprobó que era Elsa.

—Hola, Blanca, ¿cómo estás? —la voz de su prima sonaba alegre e impaciente—. Que quería preguntarte si tienes alguna preferencia a la hora de colocar la cama en la habitación.

Blanca no entendía.

—Sí, mujer, si prefieres que la cabecera esté al norte o... ya sabes, para algunos eso es importante.

Le daba igual y así se lo dijo.

—Estupendo, estoy pensando montarte el cuarto como si fuera una caja de cristal en la terraza. Será increíble, el cielo sobre tu cabeza y la Sierra frente a ti —Elsa no podía ocultar el entusiasmo—. Yo creo que en un par de semanas podré mandarte algo, será provisional, pero bastará para que te hagas una idea.

Le hacía gracia imaginar una habitación transparente; desde luego Elsa había tenido una idea original, solo que no recordaba que aquella casa tuviera terraza, aunque sí la de Marina, que vivía unos portales más abajo. Una idea comenzó a rondarle la cabeza: iría sola. Quería pasear por la casa, detenerse en cada habitación, empaparse de su esencia y sentir. No lo pensó más, al día siguiente libraba. Cogió el teléfono y llamó a Sofía.

La tía tenía que subir a Vitoria, le dejaría las llaves en la panadería.

Llegó al mediodía, el sol iluminaba la mitad de la vivienda; la otra mitad, permanecía sombría. Allí estaban la cocina, una habitación y el comedor; al otro lado, dos habitaciones más. La más pequeña había sido la suya, aunque

durante años amaneció en la de la abuela. Cuando la *noche* dibujaba sus sombras más apretadas, ella saltaba de su cama y se acurrucaba junto a la abuela. Aún podía sentir la tibieza de su cuerpo, la seguridad que le transmitía el abrazo con que la recibía. Aquellos eran sus dominios, de las dos. Las tías iban y venían, trajinaban en la cocina, se sentaban a charlar y a tomar café en el comedor, pero el ritual que cada noche tenía lugar en aquellas habitaciones les pertenecía solo a ellas. Jamás oyó que Paulina le contara a nadie que, a pesar de su edad, aún dormía con ella.

La sierra la tranquilizaba, había pasado muchas horas observándola. Le gustaba ver el vuelo caprichoso de los pájaros recortándose entre sus picos, las abultadas nubes colgadas de las rocas siempre a punto de caer, el avance inexorable de la niebla engulléndolo todo, los diferentes matices que el sol estampaba en las piedras. Por aquellas montañas llegaban los Magos de Oriente, venían los tíos que trabajaban fuera o se iba la gente a buscar un futuro; por allí, le contaba la abuela, se llegaba a la senda de la traición.

Quien comprara la casa debía contratar a Elsa para restaurarla. Estaba segura de que encontraría una solución para llenar de luz las habitaciones más sombrías, quizá una claraboya en el tejado. Recordó de pronto el tragaluz sobre la cama de la abuela; seguro que encima estaba el terrado, donde Elsa pensaba construir su habitación. Empujó la cama hacia un lado, colocó una escalera y se dispuso a subir. Apenas había puesto un pie en el segundo peldaño, cuando sintió que el suelo cedía; una tabla mal encajada le hizo tambalearse sobre la escalera. Solo un salto decidido evito que diera con sus huesos en el suelo. Vio la madera desencajada y la levantó para ajustarla, pero antes de hacerlo observó el hueco que quedaba. Aunque con cierta aprensión, la curiosidad le llevó a meter la mano en el agujero, hasta que tropezó con algo áspero y pegajoso. La retiró asqueada; llevaba una tela de araña pegada en los dedos. Se tranquilizó; lo que había tocado parecía un trozo de saco cubierto de telarañas. Alargó de nuevo la mano y palpó la trama tensa y abultada. Lo sacó; se trataba de un paquete envuelto en arpillera. Como si al tocarlo hubiera sufrido una descarga eléctrica, lo soltó mientras se sacudía los dedos. ¡No era posible! ¡Aquellas cosas solo sucedían en las novelas!, pensaba sacudida por una risa floja. «¿Y si me encuentro aquí un brillante o una esmeralda, o un puñado de doblones de oro que algún antepasado pirata

escondió? ¡No te amola!», pensó divertida. «Las joyas de la familia. De una familia de campesinos», pero seguía mirando el atado sin decidirse a abrirlo. «¿Y si contuviera la apasionada correspondencia de una tatarabuela ligera de cascos?». Divertida por la posibilidad de descubrir una frivolidad en la familia, consciente de estar hurgando en la intimidad de alguien, lo abrió. Al soltar la cinta, Blanca no podía imaginar que el contenido de aquel paquete haría tambalear sus más profundas convicciones.

Dentro encontró un puñado de cartas dirigidas a la abuela Paulina. Le llamó la atención un matasellos antiguo, en el que aparecía la estampa de una santa: «S. Caterina da Siena», rezaba el sello. Un vistazo más detallado le sirvió para comprobar que toda la correspondencia procedía de aquella ciudad italiana y que era Luigi quien las enviaba. Caminó inquieta por la habitación. Aquello no era suyo, pero daba igual, su dueña había muerto y el remitente no iba a reclamarlas. Por su profesión, estaba acostumbrada a guardar secretos, ella sabría hacer buen uso de la información. Convencida de que las cartas no podían haber caído en mejores manos, intentó tranquilizarse, aunque no dejaba de resultarle extraño el lugar donde las había encontrado. Alguien, posiblemente la abuela, había utilizado la tabla mal encajada como escondrijo. ¿Cómo se explicaba si no que no estuvieran con el resto de los documentos?

Todo era muy extraño. Si la abuela no quería que las encontraran, ¿por qué no las destruyó? ¿Las había escondido y se había olvidado? No era propio de ella. Aunque quizá la memoria había comenzado a jugarle alguna mala pasada. ¿O buscaba tentar a la suerte? Impaciente e inquieta, colocó la cama en su sitio y se sentó a leer:

Siena, 30 de enero de 1960

Señora Paulina:

Valga la presente para hacerle saber que llegamos con bien después de un largo viaje.

Pasamos los primeros días en la fonda de un pueblo cercano y desde hace una semana estamos instalados en una casa de campo, con

jardín y huerto, en una aldea próxima a la capital. La Marina está tranquila, no habla mucho, pero le gusta ocuparse de las flores y dar paseos por el campo, acompañada, claro está, por mí o por la aldeana que he contratado para que cuide de ella y de lo que ha de venir.

Blanca sonrió. Ahora entendía: eran las cartas que Luigi le escribía a Paulina cuando Marina y él, de recién casados, se fueron a vivir a Italia, lo que le parecía extraño es que fuera él, y no Marina, quien las hubiera escrito. Las palabras de Luigi la enternecían, le decía lo mucho que aquel lugar le recordaba al pueblo y que Marina estaba bien cuidada y atendida. Sobre todo la tranquilizaba, repitiéndole varias veces que confiara en él, que todo iba a ir bien. Qué extraño, pensó Blanca, ¿acaso la abuela dudaba de que Luigi no fuera un buen esposo para Marina? Claro, con tanta diferencia de edad, no le extrañaba que tuviera ciertas reticencias. La carta terminaba con unas palabras que no entendió:

El hijo del *Rubio* va camino de Argentina y no creo que se le ocurra volver porque marchó bien servido. Esperemos que la Marina recobre el conocimiento y podamos dejar aquí lo que trae encima y volver al pueblo para empezar una vida nueva. Trasmítame mis mejores deseos a la Lucía y saludos a Severino y a sus hijos.

Suyo que lo es:

Luigi

¿Quién era el hijo del *Rubio*? Confundida por las palabras de Luigi, empezó a leer otra carta...

Siena, 15 de marzo de 1960

Señora Paulina:

Nosotros seguimos bien de salud y espero que, al recibo de la presente, usted y su familia también. Tal como me insistió en su carta,



he hablado otra vez del asunto con la Marina. Cerca hay un convento que admite expósitos y podría dejarlo cuando nazca, pero ella no dice nada, me mira con esos inmenso ojos vacíos y a veces hasta dudo que me entienda...

Blanca se frotó los párpados y caminó nerviosa por la habitación. Jamás hubiera imaginado que su abuela y Luigi, buena gente, temerosa de Dios, estuvieran involucrados en algo semejante. No era posible que Paulina y su propio padre quisieran abandonar a Elsa en un orfanato. Aquello era muy extraño.

Incapaz de controlar la ansiedad, se dio prisa en ojear las siguientes cartas... Marina seguía bien, aunque no mostraba interés cuando Luigi le hablaba, pero él estaba seguro de que accedería.

Siena, 25 de junio de 1960

Señora Paulina, esta madrugada ha nacido la criatura. Es una niña. A la Marina la ha atendido la mujer que la cuida y, gracias a Dios, está bien. Al estar los caminos anegados por la tormenta que ha caído durante la noche, no he podido llevarla aún al convento. Rezo a Dios para que el temporal amaine pronto y pueda acabar cuanto antes con este penoso asunto.

Suyo que lo es:

Luigi

Elsa había nacido y querían abandonarla... Con la impaciencia martilleándole en las sienes, Blanca siguió leyendo. Así se enteró de que Marina se negaba a separarse de su hija, de la desesperación de Luigi porque no había manera de convencerla, de la intención de ella de volver al pueblo con la niña, de los ruegos de él para que no lo hiciera, porque la vida no era fácil para las madres solteras, del temor de Paulina por que la recién nacida hubiera heredado la mala sangre del abuelo paterno. Las cartas se iban

sucediendo y una y otra vez se volvía al mismo tema. Hasta que encontró una fechada a finales de agosto, escrita con trazo tembloroso:

Siena, 25 de agosto de 1960

Señora Paulina:

No soy capaz de encontrar una solución y tampoco tengo valor para apartar a una madre de su hija. Marina está cuerda, en sus cabales y feliz con la cría, que, por cierto, es una preciosidad. Tiene los mismos ojos que la Pilar y ya empieza a reírse y nos conoce.

Ayer volví a hablar con la Marina sin conseguir que entrara en razón. Me ha pedido que me case con ella. Cuando me lo dijo, me pareció un disparate, pero, después de pensarlo mucho, he decidido que es la mejor solución. Como usted ya sabe, y espero que quede entre nosotros, yo estuve enamorado de su madre y, si debo casarme con ella para salvar su honor, lo haré. Bien poco pude hacer por la Pilar. Ahora que se me presenta la ocasión de hacerlo por su hija, no dudaré.

Le pido su bendición y tenga la seguridad de que seré un buen marido para ella y un buen padre para la niña, a la que, por cierto, vamos a llamar Elsa.

Suyo:

Luigi

Las siguientes cartas se sucedían hasta marzo de 1963, pero sin demasiado interés; le hablaba de la boda, de las viñas que había comprado, de cómo se estaba criando la niña...

La mente de Blanca galopaba entre los recuerdos confusos de su infancia, las confesiones de las tías y sus conjeturas: Marina no había podido quedarse a cuidar de su madre porque estaba embarazada de aquel novio que desapareció. Recordó sus palabras: «Me hubiera gustado quedarme para cuidar de vosotras, solo que no pude». ¿Se estaba refiriendo Luigi a su novio cuando decía «el hijo del *Rubio* no creo que vuelva»? ¿Tuvo algo que ver en

su desaparición? Buscó con nerviosismo un papel que había visto entre las cartas. Era la copia del pasaje de una línea marítima. Le temblaba la mano al leerlo:

IBARRA y CÍA.  
Sevilla  
Línea a Sud-América  
Bilbao-Río de la Plata  
10 de enero de 1960

Billete de pasaje en Clase Económica en Entrepunte  
Buque Motor Cabo San Roque.  
Extendido a nombre de:  
D. Germán Marquínez Fuidio

Se habían librado del novio de Marina, al que llamaban el hijo del *Rubio*, y la abuela temía que la niña hubiera heredado la mala sangre del abuelo. Echó cuentas y se encontró que *el Rubio* debió de vivir en plena Guerra Civil. Al abuelo de Elsa lo mataron al acabar la contienda.

Sentada sobre la cama de la abuela, Blanca dejó que las lágrimas rodaran libres por sus mejillas. Mientras su madre y ella vivían su desdicha, Marina y la abuela cargaban con su cruz y cuidaban de ellas. Caminó despacio por la casa, acariciándola con la mirada. Apenas había cambiado desde que vivió allí. Aquellas paredes seguían siendo su hogar, el único lugar donde se sintió segura. Miró el reloj; iban a dar las cuatro. Se estaba haciendo tarde y no quería encontrarse con Sofía. Metió las cartas en el bolso y salió.

El bullicio de los niños al abandonar la escuela detuvo el hilo de sus pensamientos; levantó la vista y vio a Xabier caminando hacia ella con una niña de la mano.

—Hola, Blanca, qué raro encontrarte un día de labor por aquí —le dijo mientras le plantaba un beso en la mejilla y, sin darle tiempo a responder, continuó—. Quiero presentarte a Ane. Mira, Ane, esta es una amiga, se llama Blanca.

Una niña de unos seis años, con coleta y semblante tímido, le sonrió.

—Hola, Ane —le dijo, acariciándole la mejilla—. ¿Es tu hija? —le

preguntó.

—Sí —respondió Xabier, sin ocultar su orgullo—. ¿Te vas ya? ¿Tienes tiempo de tomar un café?

—Quiero llegar antes de que anochezca.

—Aún te quedan un par de horas —consultó el reloj— mando a la niña a casa y...

—No —le interrumpió—. En otro momento. He de irme.

Se irguió sobre las puntas de sus pies y tratando de disimular el azoramiento que sentía, le dio un beso descuidado en la mejilla, después se despidió de la niña y caminó hacia el coche.

«¡Por Dios que acabe ya el día! ¡No puedo con una sorpresa más!».

## PASEO POR EL PRAO DE LA PAÚL

*Por la tarde*

**P**ero el día no iba a acabar aún. Todavía le quedaba una sorpresa más. ¿No era aquel el coche de Marina? Sí. Era ella. «¡Lo que me faltaba!», masculló, deseando que se la tragara la tierra. Se sentía como una niña pillada en falta. «Joder, joder, joder», exclamaba mientras se encogía en el asiento.

Un insistente toque de claxon le hizo saber que Marina la había visto. Detuvo el coche junto al suyo.

—¿No sabía que ibas a venir! —dijo sorprendida.

—Lo decidí ayer a última hora, tenía el día libre y pensé darme una vuelta.

—Aparca por ahí y charlamos un ratito —señaló varios huecos.

Blanca metió la mano en el bolso y apretó el paquete de las cartas. Se sentía como una vulgar ratera a punto de ser descubierta. Iba a farfullar una excusa pero no tuvo valor. Le costó decidir si lo guardaba en el coche o lo llevaba con ella. Sin demasiado convencimiento, optó por no sacarlo del bolso, aunque mantenerlo tan cerca de Marina le parecía casi obsceno.

La observó mientras se acercaba: tenía el andar cansino, como sin brío, y una cierta desilusión pintada en el rostro. Cuando la tuvo cerca, observó su mirada apagada, sus profundas ojeras. Se acercó a ella y la besó. Marina improvisó una de sus radiantes sonrisas.

—¿Cómo ha sido eso de venir? —le preguntó mientras enlazaba su brazo con el de ella.

—Quería ver la casa sola, sin ninguna de vosotras danzando alrededor.

—¿Para tomar una decisión?

—Para eso.

—¿Y la has tomado ya? —preguntó anhelante. Miró a su sobrina esperando una respuesta, pero, al ver su mohín juguetón, prosiguió—. Me da a mí que tendré que torturarte para que me lo digas.

—Aún tengo que hablar con las propietarias y hacer cuentas con el banco, pero creo que me podría interesar.

Marina se tapó la boca con la mano para contener un grito de alegría. Después le apretó el brazo.

—No te vas a arrepentir.

—Eso espero.

Le contó que volvía de una tensa reunión de bodegueros, le dolía la cabeza y había pensado dar un paseo antes de volver a casa. Le pidió que la acompañara.

—Ven, bajemos al Prao de la Paúl. No tengo ganas de encontrarme con nadie.

—¿No estás bien? —le preguntó inquieta.

Si de pequeña la admiraba por su imaginación y belleza, ahora sentía una inmensa compasión por ella. Por primera vez la veía achicada, como si le pesara la vida.

—Acabas de alegrarme el día y no quiero estropearlo, pero sí, llevo una temporada tristoná.

Le propuso bordear la laguna. «Son poco más de dos kilómetros, yo vengo a menudo, es mi paseo preferido», añadió.

La escasa vegetación contrastaba con la majestuosidad de los montes cubiertos por las primeras nieves del invierno. Varias nubes algodonosas se miraban en las aguas, como si emergieran del fondo. Una familia de patos se deslizaba impasible por la superficie. Todo invitaba a la calma.

—¿Duermes bien? —le preguntó Blanca.

—Últimamente no.

—Si quieres, puedo ayudarte.

—Déjalo, Blanca, ya pasará. Es solo una mala racha. La muerte de Paulina me ha removido y no dejo de pensar en las cosas de antes. Cuando pasó lo de tu padre y eso... —guardó silencio y después, como reflexionando, continuó—. Supongo que me siento un poco sola. El invierno aquí es muy duro. Quizá

debiera darme una vuelta por Italia.

Estaba segura de que Marina desconocía la existencia de aquellas cartas. Metió la mano en el bolso y se aseguró de que seguían allí. El contacto con el paquete la tranquilizó. La casualidad era caprichosa; el mismo día que descubría su secreto, con las pruebas aún encima, Marina se confiaba a ella. Intentó buscar un tema amable de conversación:

—¿Llegaste a conocer a las carboneras? —preguntó, señalando la sierra.

—Claro que sí. Aún me acuerdo de una que venía por casa; traía la cara tiznada de carbón y se protegía la ropa con telas de saco. Venían en grupos, dejaban los animales en la cuadra pública y...

—¿Cuadra pública? —preguntó Blanca sorprendida.

—Sí. Donde está ahora la farmacia, cerca de la puerta de Carnicerías, había unas caballerizas para los viajeros. Después de vender el carbón, iban a quitarse el frío a los hornos de los panaderos. Cambiaban tocino por vino... Se llevaban el peor vino. Eran solo niñas —añadió pensativa.

—La próxima vez que venga bajaré por ahí —dijo, señalando el monte—. Tengo ganas de pasar por esos pueblos y por Oyón. ¡Los años que hace que no he estado en Oyón! —exclamó.

—¿Sabes que fui maestra en Oyón?

—No. Casi ni me acordaba que lo eras.

—Estudié Magisterio en Vitoria y ejercí un curso entero y casi cuatro meses del otro en Oyón.

—¿Por qué lo dejaste?

Se sobresaltó al escucharse. A pesar de que conocía el motivo, su nerviosismo le había llevado a preguntar. Debía controlar esa impulsividad suya. Intentó arreglarlo:

—Supongo que, como todas las mujeres de aquella época, al casarte, ¿verdad?

—Así fue —respondió Marina.

Subieron al mirador para contemplar el crepúsculo: el sol había incendiado el horizonte y, como de un volcán, las nubes rojizas escapaban del cráter, extendiendo sus hebras rosadas sobre la laguna. Fue Blanca quien rompió el silencio.

—Bufff. ¡Impresionante! —exclamó.

—Volvamos. Ya te he entretenido bastante. Tienes un largo viaje por delante.

Se despidieron junto al coche de Blanca.

—¿Se lo puedo contar a Sofía? —preguntó Marina, guiñándole un ojo.

Blanca asintió. «Ahora mismo me paso por su casa», le oyó decir mientras se alejaba.

La miró por el espejo retrovisor; le pareció que caminaba más ligera. Después arrancó el coche y resopló. Necesitaba poner la mente en blanco. Buscó un CD de Aretha Franklin y cantó con ella a voz en grito.

La venció el agotamiento al llegar a casa. Extenuada por los acontecimientos del día, se quedó traspuesta en el sofá. Le pareció que el teléfono sonaba, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, volvió a dormirse. Apenas habían dado las cinco cuando despertó lúcida y fresca. Sacó las cartas del bolso, se preparó un café y las ojeó de nuevo. Con una precisión que a ella misma le sorprendió, comenzó a encajar las piezas del puzle: Elsa nació en junio, contó nueve meses atrás; septiembre, fue concebida en septiembre. En esa fecha Marina estaba en Oyón. Su noviazgo debió de transcurrir allí, lejos de la vigilancia de Paulina. Quizá su novio fuera del pueblo. Cuando Luigi escribió la primera carta, Marina estaba embarazada de cuatro meses. Se la llevaron a Italia para apartarla del hijo del *Rubio*, al que metieron en un barco y mandaron a Argentina. Aquel documento, que relejó de nuevo, y las palabras de Luigi lo probaban. ¿Es que su novio no querría casarse con ella? Y, si fue así, ¿qué necesidad había de quitarlo de en medio? Blanca siguió con sus deducciones: Marina tenía veinte años en 1960, por lo tanto, nació en 1940 y, si no recordaba mal, la guerra acabó en el 39. Su novio sería más o menos de su edad, por lo que era de suponer que, cuando nació, en plena Guerra Civil, o al final de ella, tendría un padre joven que seguramente fue movilizado. Y quién sabe si hasta tuvo algo que ver con la muerte de su padre o de su abuelo. ¿Serían las familias de bandos opuestos? Esas cosas se sabían. Aunque, si el novio de Marina era de Oyón, sus deducciones no tenían sentido, pero una frase seguía resonando en su cabeza: «Espero que la niña no haya heredado la mala sangre del abuelo paterno». Solo de una persona con muy mala entraña se podía hablar así. Consultó el reloj: las siete. Recogió las cartas y se precipitó a la ducha, sin dejar de darle vueltas al asunto. Muy



gordo debió de haber sido aquello para que la abuela y Luigi actuaran como lo hicieron.

Le costó olvidar a Marina; la imaginaba destrozada por la muerte de su hermano, encinta y abandonada por el hombre al que quería, pero con el arrojo suficiente para casarse con alguien mucho mayor que ella y poner a salvo su reputación, o quizá la de su familia. Pensó en Paulina involucrada, o por lo menos conocedora de semejantes artimañas. Tenía que existir una razón. La compartiera o no, debía haber un motivo que justificara su comportamiento. Su abuela no era una farsante.

Miró el teléfono: dos llamadas perdidas, una de Elsa, la otra de un número desconocido. Había también varios SMS. Leyó el primero: «Blanca, soy Xabier, volveré a llamarte mañana. Un beso».

Había intentado no pensar en él, verlo con la niña la había desconcertado. No le había dicho que tuviera una hija, aunque, en realidad, sabía poco de él. Las horas que pasaron juntos, apenas hablaron de sus respectivas vidas y ella tampoco preguntó. Hasta era posible que tuviera esposa. Ahora recordaba sus palabras: «Me pasa como ti, a mí tampoco me espera nadie». En su precipitación, probablemente les había dado un sentido equivocado: que ese día no lo esperaran no significaba que no existiera nadie en su vida. Había cometido una estupidez.

Se esforzó por concentrarse en el trabajo y mal que bien lo consiguió. Al salir, aunque la tarde amenazaba lluvia, decidió dar un paseo. Necesitaba poner un poco de orden en sus atropelladas ideas. Le estaba dando vueltas a su simpleza cuando sonó el teléfono: era Xabier. En un tono amable y cariñoso le dijo que le gustaría verla: «Si quieres, puedo acercarme mañana a Bilbao». El silencio se espesó: «Entiendo tu reticencia, pero, por favor, Blanca, déjame que te explique», le rogó. Escuchó sus palabras con alivio y aceptó la invitación para comer con él.

Sentados uno frente al otro se miraban. Hacía unos segundos que habían agotado los formalismos y Blanca no pensaba ponérselo fácil. Dio un sorbo a su copa de vino, le sonrió y siguió esperando.

—Supongo que al verme con mi hija pensaste que... —comenzó Xabier con cierto embarazo—, pero quiero que sepas que no hay otra mujer. Soy viudo desde hace cinco años.

Blanca intentó ahogar en su copa un suspiro de alivio.

—Di por sentado que no tenías pareja, pero, cuando te vi con la niña, dudé. Debería haberte preguntado...

—Tenía que haberte hablado de Ane. No sé por qué no lo hice.

—Me sentí estúpida al veros.

—Tú no eres estúpida —le susurró.

—No te creas. Engaño mucho.

Le cogió una mano y jugó con ella. Se contaron todo lo que la primera noche habían callado. Xabier le habló de su esposa. Le dijo que estaba embarazada cuando le detectaron el tumor. No quiso tratarse. Murió poco después de que la niña cumpliera un año. «No quiero pensar más en el pasado, tenía ganas de verte y deshacer el malentendido».

Después pasearon por la ciudad. El roce de sus manos los estremecía, el deseo bailaba en sus miradas, sus labios aguardaban ansiosos el momento de encontrarse.

—¿Tienes que irte? —le preguntó Blanca.

—Me muero por quedarme, aunque mañana he de estar en Vitoria a mediodía para recoger a Ane —respondió Xabier.

Entre beso y beso, él preparó la cena. Blanca observaba cómo se movía en su cocina, con la misma soltura que si fuera suya. A veces, abandonaban lo que estaban haciendo y se miraban fijamente con el gesto idiota de los amantes recién estrenados. Cenaron sin apetito y bailaron estremecidos por el contacto de sus cuerpos. Navegaron después por mares embravecidos hasta que el temporal los devolvía a la playa y allí charlaban y reían, mientras el deseo se lo permitía. Luego sus labios se reencontraban y volvían a surcar las olas de aquel océano inexplorado. Se durmieron cuando el día ya clareaba y las líneas del amanecer se colaban por las rendijas de las persianas. Blanca despertó al sentir que él abandonaba la cama.

—Te llamo, se me hace tarde —le dijo.

Volvió a dormirse.

Durante unos segundos fue incapaz de identificar la melodía que atronaba en la habitación. Solo cuando vio que el teléfono se movía, supo que la

estaban llamando.

—¿Sí?

—Blanca, ¿eres tú?

—Sí, Ah... Hola, Elsa —respondió somnolienta.

—¿Te he despertado? —titubeó Elsa—. Lo siento. Hablamos más tarde.

—Te llamo yo. Dame un rato para despejarme.

Volvió a la cama. Ni rastro de la tibieza de Xabier en las sábanas. Rescató de la almohada restos de su aroma y se empapó de él. Aún remoloneó un rato; le costaba dejar atrás la calidez que la envolvía, pero debía llamar a su prima.

Fue una larga conversación llena de momentos divertidos. Blanca le agradeció que se lo hubieran puesto tan fácil: «Solo tuve que dejarme llevar. Y mira que cuando me lo propusisteis pensé que os habíais vuelto locas», exclamó entre risas. «Yo estoy emocionada, pero Sofía y mi madre, ni te cuento», confesó Elsa. «Les he dicho que han debido de hacer brujería para influir en tu decisión. No veas cómo se reían», añadió.

«Ahora que lo dices, sí que son un poco brujas», rio también Blanca. «Mi madre tenía una espina clavada contigo. No sé por qué, es mejor no preguntar, y Sofía se parece a Paulina, siempre cuidando de todos», respondió Elsa en un tono más serio. Hablaron después de Marina: «La encontré tristonza», le dijo Blanca. «No termina de aceptar que mi padre es un anciano. Lo lleva mal». La voz de Elsa sonaba sombría. «Oye Blanca», prosiguió en un registro más amable, «¿qué te parece si nos vemos el próximo fin de semana en el pueblo? Y, con lo que he dibujado y sobre el terreno, vamos hablando». «Estupenda idea. Hasta el sábado, pues», aceptó Blanca.

Llamó después a Sofía y también con ella se emocionó:

—Ay, *chiguita*, si tu abuela viviera, se volvería loca de alegría. Lo que sufrió porque te quedaste sin nada: esa pobre moceta, sin casa, sin viñas... — la voz de Sofía se quebró en un sollozo—. Mira que soy tonta.

—No llores, tía, que empiezo yo y no paro, pero de alegría, por haberos encontrado. ¡Yo sí que he sido tonta! —concluyó.

—Un poquito chulica sí que eras —exclamó Sofía con la voz entrecortada aún.

—Prometo resarcirte de toda mi tontería.

—Ay, calla, *chiguita*, que lo he dicho sin pensar.

Cuando colgó el teléfono, no sabía si reír o llorar. Se dio una ducha rápida, se calzó las deportivas y salió a caminar. Solo la tragedia de Marina le inquietaba. Sacudió la cabeza en un gesto reflejo para apartar aquellos pensamientos. No podía permitir que la duda enturbiara el recuerdo de la abuela. Necesitaba conocer la historia completa. El sábado siguiente se acercaría a Oyón.

El doble *bip* de los mensajes la sacó del ensimismamiento:

«Ya estamos en el pueblo. He comido con la nena y hemos ido al cine, pero no me he enterado de nada. Solo pensaba en ti. Besos».

## LA MAESTRA DE OYÓN

*Una semana después*

**E**l sol de una mañana de finales de otoño iluminaba la ciudad cuando Blanca se puso en camino. No habían dado las diez y las calles ya mostraban el trasiego de un sábado cercano a la Navidad. Se detuvo en Genevilla para comprar alubias. «Ya verás qué ricas», le había dicho Xabier. Dejó atrás Navarra y se internó en Álava, paró en Santa Cruz de Campezo y en Moreda, donde se hizo con unos litros de aceite. De allí a Oyón. Llegó cuando salían de misa mayor.

Recorrió el pueblo con el pensamiento puesto en «la maestra». La imaginaba de camino a la escuela, bailando en la plaza con su novio, riendo con sus amigas: feliz. Escrutaba el rostro de los treintañeros, segura de que alguno había sido alumno suyo. Las calles le devolvían el sonido de su risa confiada resonando en cada esquina, adivinaba su alegría en el rostro de las muchachas con las que se cruzaba.

Estaba segura de que no quedaba ni rastro de la antigua escuela, pero aun así la buscó. Preguntó por ella a una pareja de mediana edad, que resultó no ser del pueblo. Por un momento pensó que debía dejar en paz el pasado, romper las cartas y olvidar, pero no podía permitir que nada enturbiara el recuerdo de su abuela.

Deambuló sin rumbo, atormentada por las dudas. Buscaba algo que la condujera al pasado; un vestigio irrefutable de que Marina había sido feliz. Tan distraída estaba, que se dio de bruces con una mujer que salía de un portal.

—¿Es usted de aquí? —le preguntó tras disculparse.

La mujer afirmó sonriente.

—¿No sabrá dónde estaba la antigua escuela?

—Ya no existe. Se hundió hace un montón de años.

—¿Conoció a una maestra llamada Marina Viana? —se aventuró a preguntar alentada por su sonrisa.

—¿Le ha pasado algo a la Marina? —se alarmó.

—Ni mucho menos, está bien, muy bien —Blanca intentaba ocultar su alegría—. Soy su sobrina. Pasaba por aquí y he sentido curiosidad por conocer la escuela.

Se llamaba Maricruz y había formado parte del grupo de amigas de Marina. Solo una vez volvió a verla, pero de eso hacía ya muchos años y, aunque prometieron mantener el contacto, el encuentro no se repitió.

—Tengo que hacer un recado. Si me esperas, te enseño dónde estaba la escuela y dónde vivió tu tía.

Camino de la antigua escuela, Blanca le dijo que era la hija del hermano de Marina, del que murió. «Qué pena, primero, su madre y, unos años después, su hermano. Pobre Marina. Su muerte le cambió la vida. Nunca volvió por aquí. Dijeron que se había ido a Italia. Y tampoco se supo nada de su novio. No hacía ni un mes que había alquilado una casa... y mi tío Cirilo le había dado trabajo en su taller. Debió de volver a Logroño», concluyó melancólica Maricruz.

—¿No tendrás alguna foto de aquella época? Me encantaría ver cómo era.

—Toda una belleza, y Germán no se le quedaba atrás; la una morena, con los ojos verdes, y el otro rubio también, pero creo que tenía los ojos azules. Hacían una pareja impresionante.

Volvieron sobre sus pasos y subieron a casa de Maricruz. De una caja moteada de Cola Cao, sacó un manojo de fotos.

—Estas son de aquella época. Espera que me ponga las gafas, que están todas mezcladas. Sí, mira. Aquí.

La imagen mostraba a un grupo de jóvenes en una comida campestre. No le costó reconocerlos: Germán, el hijo del *Rubio*, miraba a Marina embelesado, mientras ella le ofrecía un racimo de uvas. Debía de ser finales de septiembre, porque ya estaban maduras.

Se despidió de Maricruz, la próxima vez vendría con ella, le dijo al

marchar, aunque sabía que la tía jamás regresaría. Ya se iba cuando recordó algo.

—Por cierto, Maricruz, solo por curiosidad, ¿sabes cómo se apellidaba Germán?

—Pues yo creo... espera, déjame pensar —tras unos segundos de indecisión, se rindió—. Lo siento, hija, no me puedo acordar.

Nada más llegar a la calle, oyó la voz de Maricruz llamándola desde la ventana: «Marquínez, se apellidaba Marquínez».

Llegó tarde a la cita con Xabier. Apenas era capaz de centrarse en la conversación. Sus sospechas se habían confirmado, pero no conocía el motivo.

—Blanca, ¿te pasa algo?

—¿Tus padres viven?

—Vaya pregunta más rara —contesto él.

—Necesito saber quién era un tipo al que apodaban *el Rubio*. No sé si era de este pueblo, pero vivió aquí, por lo menos durante la guerra.

Xabier la miraba sorprendido.

—No me mires con esa cara. ¿Se lo puedes preguntar? Pero con discreción, por favor.

—De acuerdo, preguntaré con discreción.

El proyecto de Elsa les encantó, pasaron la tarde situando espacios, imaginando cubos de cristal en azoteas, maderas nobles tuteándose con planchas de acero, enchapados con pinturas. Hablaron de muebles, de telas, de texturas...

—La visita turística va incluir tu casa como curiosidad —bromeó Sofía.

Blanca había reservado mesa en el restaurante nuevo. «Ese que tenéis tantas ganas de conocer», les dijo.

—Por Dios, Blanca, con la de gastos que tienes —exclamó Marina.

—¡Eso no es nada comparado con todo lo que tengo que celebrar!

—Di que sí, *chiguita*, que las cosas buenas hay que festejarlas como se merecen; yo pienso ponerme de punta en blanco —añadió Sofía.

Sentadas a la mesa, las tías evaluaban la calidad del algodón de los manteles, la finura de la cristalería, la procedencia de la porcelana.

—Solo nos falta que nos den bien de cenar —soltó Elsa, mirando la carta. Acababan de pedir cuando Blanca sintió vibrar el teléfono: era Xabier.

—Si me disculpáis —exclamó mientras se alejaba.

—¿Te he interrumpido? ¿Estáis ya cenando?

—Aún no.

—Tengo la información que me has pedido.

—¿Tuvo algo que ver la familia del *Rubio* con la mía? —le apremió Blanca.

—Más de lo que imaginas. Si vienes esta noche, te lo cuento.

—¿Y Ane?

—Se ha quedado con mis padres —ella no respondió.

—Blanca, ¿estás ahí?

—Sí.

—Te espero. Dejaré abierta la puerta de la calle.

Volvió a la mesa en el momento en que un batallón de camareros les servía la cena. Estaba siendo una noche memorable y no pensaba dejar que nada la estropeará. Marina hablaba de Paulina con devoción y el trato con Sofia era afable. Ellas habían saldado sus cuentas con el pasado y, cuando conociera la historia completa, también ella lo haría.

A los postres, cantaron con los comensales de la mesa de al lado.

—Hacía que no lo pasaba así, ni me acuerdo —exclamó Sofia.

—¡Lo rico que estaba todo! ¡Y lo bien que nos han atendido! —asintió Marina.

A Elsa no había manera de llevarla a casa y, ya en la calle, continuaba repasando el cancionero con sus vecinos de mesa.

—Yo me voy —dijo Blanca, echándole valor al momento.

—¿Al hotel? —preguntó Sofia.

—No exactamente. Ya os contaré.

Sofia y Marina la miraron pasmadas mientras se alejaba calle arriba. Elsa continuaba cantando.



—Lo que tengo que decirte no te va a gustar —le susurró Xabier.

—Dímelo ya.

—Cuando le he mentado el nombre del *Rubio* a mi padre, se ha puesto nervioso y me ha soltado un discurso: que si aquello ya pasó y hay que olvidar... que este es un pueblo pequeño y no hay que hurgar en las heridas... que qué sé yo... No quería hablar de ese tipo, y el caso es que el asunto me ha mosqueado, porque nunca le había visto así.

—¿Cómo?

—Tan alterado. He tenido que mentirle cuando ha querido saber quién me había hablado de él.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Blanca inquieta.

—Que alguien dijo algo del apodo y, como no lo había oído nunca, por eso le preguntaba.

—Entonces... ¿Quién te ha contado? —insistió Blanca.

—Salía yo de casa de mis padres dándole vueltas al asunto, cuando me he dado de bruces con don Antonio, el cura, que iba a celebrar misa. En cuanto lo he visto, me he dado cuenta de que era la persona adecuada para preguntar. Le he dicho que quería hablar con él y me ha citado al acabar la misa en la sacristía.

Blanca contuvo el aliento y, con un gesto, lo invitó a continuar.

—*El Rubio* era un falangista, un mal tipo que campó a sus anchas por el pueblo durante la guerra —continuó Xabier titubeante—. Dicen que... que fue él quien mató a tu abuelo. Parece ser que se encaprichó de tu abuela y... Por desgracia esas cosas pasaban —Xabier se acercó a ella y enroscó un dedo en su pelo. Blanca necesitó un instante para encajar aquella información con lo que ya tenía. Cuando lo hizo, todo cobró sentido.

—¿Lo sabe Sofía? —preguntó, visiblemente nerviosa.

—Todos los de su quinta lo saben —Xabier guardó silencio y la miró con pesar—. Hay algo más.

—¿Tan grave es? —preguntó al ver la expresión de su cara.

—Según se mire —sonrió turbado—. Poco después de la muerte de tu abuelo, *el Rubio* apareció muerto en un ribazo, al pie de unas viñas. Parece

que se despeñó. Pero... esa noche vieron llegar a tus abuelas con las ropas manchadas de barro, despeinadas y magulladas, y algunos murmuraron... pero nadie las acusó formalmente.

—¿A las dos? —exclamó Blanca incrédula.

—Eso parece.

—¿Y... cómo se supone que lo mataron? —era incapaz de ocultar su asombro.

—A pedradas.

Blanca contuvo un grito de horror.

—Quizá se despeñó —exclamó, incapaz de creerlo.

—Pudo ser.

—¿Y mi familia sabe esto?

—Supongo que sí.

—¿Marina también?

—No lo sé. Ella ha vivido mucho tiempo fuera.

Se tapó la boca con la mano, mientras miraba a Xabier sin verlo.

—¿Y no puede ser que a mis abuelas les pasara algo? Qué sé yo... Que las atacara alguien por esos caminos. Quizá un animal.

—Claro que sí. El tipo era un mal bicho. Más de uno querría verlo muerto.

—Pero tú no lo crees.

—Yo no sé. Ni siquiera conocía la historia.

Blanca se levantó del sofá, cogió el bolso y el abrigo y se dispuso a salir.

—¿A dónde vas?

—Necesito aire.

Xabier buscó su tabardo y salió también.

Deambularon por la calle hasta que ella pudo hacerse cargo de tanto horror. «Acompáñame», le dijo él, cogiéndola del brazo. Se sorprendió al ver que sacaba el coche del garaje: «¿A dónde vamos?», le preguntó. «Ahora verás».

Se detuvieron en un camino cercano al pueblo. La luz de la luna, más brillante ahora, les mostró un túmulo compuesto por varias losas dispuestas en círculo. «¿Lo conoces?», le preguntó Xabier. Blanca negó. «Es el Dolmen del Sotillo, un monumento funerario. Durante los últimos años, he venido aquí muchas veces, algunas de noche, como ahora», le confesó. «Me sentaba en el

suelo y pensaba en los que estuvieron aquí». Blanca lo miraba sin entender. «Escucha», le dijo sujetándola por los hombros: «Aquí yacen tus antepasados y los míos. Esta tierra que pisamos es la misma que ellos tuvieron bajo sus pies, y ese cielo», dijo alzando la vista, «el mismo que vieron». «¿Crees que lo tuvieron fácil? El hambre, el frío, las bestias, las epidemias... y aun así siguieron adelante. La prueba es que tú y yo estamos aquí... ¿Qué me dices?». «Hay tanto dolor en sus vidas: las abuelas, Marina...», sollozó ella. «Pero lo superaron, porque el recuerdo que tengo de la señora Paulina no es precisamente el de una mujer triste, y Marina es una señora estupenda con una sonrisa capaz de quitar el sentido», susurró Xabier. «Lo superaron, solo mi madre...». No terminó la frase, miró a Xabier y le tendió la mano.

Se deslizó de la cama con cuidado para no despertarlo. Antes de abandonar la habitación, tuvo que enfrentarse al deseo de volver sobre sus pasos y abrazarlo. No lo hizo, lo miró de nuevo y salió. Regresaba a casa.

Iba pensando en llamar a Elsa, cuando volvió a ver a aquella horrible mujer en mitad de la calle.

—Déjame pasar —le dijo.

—Así que tú eres la Blanqui, la de la Lucía —la mujer la miraba desafiante con los brazos en jarras—. Pues tú tienes que ser la peor, porque eres nieta de las dos. Uy, qué miedo. Qué miedo —repetía mientras se contoneaba a su alrededor con los brazos extendidos.

El tufillo agrio que rezumaba le revolvía el estómago. Aun así, la escuchó impasible.

—Bien caro lo habéis pagado. Desde entonces no os ha salido una a derechas. De poco le sirvió a tu abuela tanta belleza, bien pronto se la llevó a la tumba, y, al poco, murió tu padre y oí a tu madre aullar hasta quedarse medio idiotizada.

Blanca comprobó que no había nadie en la calle. De un empujón la metió al portal y, a trompicones, tirando de ella, la condujo al rincón más oscuro. Tuvo que sobreponerse a la repugnancia que sentía cuando con su cuerpo la inmovilizó contra la pared. Después, le apretó el cuello con las manos.

—Sí. Soy la peor y la más loca de todas —hablaba en un susurro sin

molestarse en contener la furia que sentía—. Así que ten cuidado conmigo y no se te ocurra volver a nombrar a mi familia, porque como lo hagas... —hizo una pausa y observó su gesto de terror—. Como lo hagas, ten por seguro que a ti también te encontrarán en cualquier esquina.

La soltó asqueada al sentir que un líquido viscoso le salpicaba los pies.

## LA VIÑA DE LA ABUELA PAULINA

*Mañana de Navidad de 2000*

**U**n par de campesinas eran las asesinas de un mandamás al que todos temían. Aquello no tenía sentido. Sus abuelas, como la mayoría de las mujeres de aquella época, vivían para trabajar y satisfacer a sus maridos. Solo fueron dos mujeres valientes, como tantas, que plantaron cara a la vida para sacar adelante a los suyos. Dos mujeres incapaces de hacer daño a nadie, temerosas de Dios, que jamás se saltaron una cuaresma o una fiesta de guardar. Sin embargo, Xabier parecía tan seguro...

Su mente trataba con desesperación de dar sentido a los hechos. ¿Cómo pudieron hacerlo solas? ¿Nadie las vio? ¿Lo sabía el abuelo Severino? ¿Hubo un pacto de silencio a su alrededor? Xabier le contó que el alcalde mandó llamar a Paulina y que medio pueblo contuvo el aliento tras las ventanas, cuando la vieron dirigirse al ayuntamiento. Por mil vueltas que le daba, era incapaz de imaginarlas planeando un asesinato. ¿En qué momento se reunirían las estrategias a urdir el crimen? Seguro que entre trabajar en la herrería, dar de mamar a un par de mocetes, aviar a los otros, preparar la comida, zurcir, coser, bajar a las viñas y ocuparse de la huerta, encontraban un rato para conspirar. «¡Anda ya!», exclamó irritada. Pero no se daba por vencida y una y otra vez volvía a plantearse el enigma: seguro que, después de matar al abuelo, *el Rubio* intentó forzar a la abuela Pilar. A saber lo que tuvieron que soportar las dos mujeres antes de matarlo a pedradas. Esas palabras resonaban una y otra vez en su cabeza como si en ellas se hallara la clave: «A pedradas, a pedradas», repetía, y, efectivamente, ahí estaba. De repente, todo cobró sentido. Si lo habían matado a pedradas y en el campo, no debió de ser

premeditado. Se defendieron con lo que tenían. En ese momento, el rompecabezas encajó.

Con inmenso alivio pudo entonces evocar el recuerdo de la abuela Pilar, un ser de fábula, que vivió una vida desdichada y murió joven. El de Paulina, que la sobrevivió y cuidó de que la sangre de su amiga no se mezclara con la del asesino de su marido. «¡Dios mío! ¡Elsa es la nieta del *Rubio!*», exclamó horrorizada. Un instante después, sonrió convencida de que Elsa era la criatura más dulce y cariñosa que había conocido.

Se sentía orgullosa de ser la nieta de aquellas mujeres, que tejieron una urdimbre de lealtad capaz de vencer a la muerte y de la que Marina y Sofía también formaban parte. Buscó las cartas de Luigi y, con ellas en la mano, cumplió con una labor largo tiempo aplazada, y, sin saberlo, lloró con el mismo llanto calmo que antes lo hicieran sus abuelas. Acercó después una cerilla a las cartas y las quemó, dejando que la ceniza se deshiciera entre sus dedos.

Regresó al pueblo para celebrar la Navidad. Había elegido con cuidado los regalos, se había estrujado la cabeza pensando en lo que le gustaría a cada cual. Había disfrutado previendo sus reacciones, sus comentarios, su alegría. Por la mañana dejó los paquetes en casa de Marina, junto al árbol, donde ya había varios.

—En cuanto vengan Sofía y su familia, los abrimos —anunció Marina.

Con la impaciencia de los ancianos que tanto desesperaba a su esposa, al mando de su silla de ruedas, Luigi no dejaba de dar vueltas alrededor del árbol. Un error de cálculo hizo que arrollara varios paquetes, que, maltrechos y arrugados, asomaban entre las ruedas. En ese momento llegaron Sofía y los suyos.

Entre gritos y exclamaciones de sorpresa, los fueron abriendo. Nadie parecía reparar en la decepción de Blanca. Ya no quedaba ninguno y ella no había recibido el suyo. Fue Sofía quien exclamó:

—¡Pero si se nos ha olvidado el de la moceta!

Blanca alzó los hombros con gesto resignado, aunque sentía en el alma el dolor de aquel descuido.

—Anda, ponte el abrigo antes de que te echas a llorar y vamos a buscar tu regalo —le dijo Marina.

—¿Dónde?

—Ya verás —le contestó Sofía.

Montaron en el coche de Elsa, Sofía delante y ella, con Marina, detrás.

—Pero ¿vamos a comprarlo? —preguntó extrañada—. Últimamente todo el mundo me pasea en coche.

—Cierra los ojos —le pidió Marina.

Unos minutos después se detuvieron.

—No los abras aún —dijo Sofía.

La ayudaron a bajar. Caminaba desconcertada sin entender a qué venía tanto secreto. Comenzaba a sentirse impaciente, el corazón le latía desbocado. Los cuchicheos de las tías le ponían nerviosa. Unos segundos después se detuvieron.

—Ábrelas.

Estaban en el Prao de la Paúl, el lugar donde había paseado con Marina. Se habían detenido en una esquina del camino, frente a un mar de viñas.

—¿Me habéis traído a recoger leña? —preguntó.

Fue Sofía quien se lo dijo:

—No. Te hemos traído para darte tu regalo.

Blanca la miró confusa.

—Esta viña es tu regalo —dijo Sofía, señalando frente a ella—. Fue de tu abuela Paulina, que la heredó de su madre. Es una viña vieja —continuó emocionada—, vides viejas para sangre joven. Ahora es tuya. Todos tus tíos hemos estado de acuerdo en que sea para ti.

Entre aquellos troncos retorcidos, sobre la tierra arcillosa, con un incierto sol sobre su cabeza y el aliento de los suyos, Blanca imaginó un futuro. Hasta hacía poco su vida era como aquellos troncos resacos; costaba imaginar que de ellos brotaran pámpanos tiernos que se convertirían en vides.

—Tendré que echar un discurso —sonrió y se secó las lágrimas.

—Luego, a los postres, ahora ven conmigo —le dijo Marina.

Caminaron entre las vides hasta que Marina se detuvo.

—Y esto —señaló un árbol enclenque de ramas grises, deslucidas y roñosas—, esto es nuestro regalo: un melocotonero que cuidará de tu viña y te

avisará cuando las cosas no vayan bien.

Sofía contemplaba la escena llorando sin recato, mientras Elsa trataba de sorberse las lágrimas en silencio. Solo Marina y Blanca se miraban con tanta intensidad que sus ojos parecían contar la historia que sus labios callaban.

El sol de una mañana de invierno batallaba por abrirse paso entre las nubes colgantes de la sierra, mientras cuatro mujeres caminaban disputándose la palabra: hablaban de historias que empezaban, de proyectos compartidos, de vendimias que vendrían...





**LOLA LÓPEZ DE LACALLE** (Amorebieta, 1955) Si bien parte de sus raíces familiares se encuentran en la Rioja Alavesa.

«Escribo historias desde pequeña, pero en mi cabeza, y no fue hasta hace apenas diez años cuando decidí que había llegado el momento de empezar a trasladarlas al papel», explica. Desde entonces ha participado en varias publicaciones colectivas y ha conseguido algunos reconocimientos literarios.

Melocotones de viña es su primera novela.